

# CURSOS y DESPLEGADO CONFERENCIAS

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores



## SUMARIO

ALICIA ORTIZ. — El realismo en la literatura rusa contemporánea: I.

MARIO MARIANI. — D'Annunzio en el cuadro de la literatura contemporánea: II.

JOSE TUNTAR. — El antiguo imperialismo romano y el neo-imperialismo italiano. Cartago-Túnez.

HANS A. LINDEMANN. — Introducción al empirismo radical a base de la Lógica moderna: V-VI.

**AÑO VII**

**NUM. 12**

**VOLUMEN XIV**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

**MARZO  
1939**

**DESPLEGADO**

**CANGALLO 1372  
BUENOS AIRES**

# CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES  
Aparece el 30 de cada mes

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50  
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

---

## Sumario del No. 10-11 del Año VII

---

Mario Mariani. — D'Annunzio en el cuadro de la literatura contemporánea: I.

Hans A. Lindemann. — Introducción al empirismo radical a base de la Lógica moderna: III-IV.

J. Imbelloni. — Atlántida, de Platón a Wegener: III-V.

Ignazio Silone. — De "La escuela de los dictadores".

Adolfo Dorfman. — Evolución de la economía industrial argentina: VI.

Ramón Pardal. — A propósito de una afección tumoral en un cráneo indígena de Mendoza.

---

En la próxima entrega aparecerán trabajos de:

HECTOR LAFAILLE

ALICIA ORTIZ

JOSE BABINI

MARIO MARIANI

RAUL FERRAMOLA

BOLESLAO LEWIN



MAXIMO GORKI



## El realismo en la literatura rusa contemporánea

Por ALICIA ORTIZ

### INTRODUCCION

En instantes en que el mundo literario se plantea el problema de la decadencia de la novela por considerarse agotadas sus fuentes de inspiración, nos parece oportuno volver los ojos hacia la creación contemporánea rusa, capítulo de la literatura universal que, en los interrogantes de todos los debates, se mantiene al margen.

No nos parece que esté en decadencia la novela contemporánea. Por el contrario, la vida le ofrece hoy, como nunca, motivos vitales de inspiración. Vivimos en un mundo convulsionado por transformaciones trascendentales que hacen imposible desoir los rumores de la calle. Es necesario penetrar en el tumulto de los pueblos para extraer su verdadero latido, lo que hay en ellos de palpitante y auténtico, el ritmo nuevo que se percibe en la vida, rica y múltiple. Eso debe brindarnos la novela de hoy, novela realista, desde luego. Pues el realismo es la corriente vital, permanente, de la literatura. Sin embargo, a través de todas las épocas de la humanidad, circunstancias ajenas al arte, trabaron siempre su libre fluir. Ya sea la corta visual del escritor, consciente o inconsciente miope, ya la celosa vigilancia de la sociedad que teme la verdad porque pone al descubierto sus puntos débiles. El realismo resulta, sin duda,

muchas veces pese al escritor mismo, expresión revolucionaria. Marx, en su admiración por Balzac, señala el caso típico de este escritor realista cuyos libros desmoronan el andamiaje de una sociedad con la cual estaba, sin embargo, muy de acuerdo. La literatura rusa es un ejemplo desde los tiempos de Pushkin. Aristocrática o burguesa, hay en su permanente vena realista, un elemento revolucionario que es factor de disgregación para la sociedad analizada.

Para los argentinos que hemos explorado la literatura clásica y prerrevolucionaria rusa; que hemos admirado una novela de Tolstoi, de Turgueniev o de Goncharov; que hemos seguido con idéntico placer estético la vena creadora de un Chejov; que nos hemos estremecido con los sombríos relatos de un Andreiev o ante la vigorosa y afirmativa prosa de un Gorki, es lamentable que nos detengamos, quizá por prejuicios de orden social, ante la Gran Guerra como ante una barrera. Pues, si indudablemente lo fué, separa sólo dos orillas de una misma literatura en distinto momento histórico. Hendidos y trastocados todos los sistemas por un gran acontecimiento que ningún espíritu inquieto, preocupado por todo lo humano, debiera ignorar, la literatura rusa ha renacido, después de los años de pausa contemporáneos a los hechos, reanudando su vieja tradición en moldes nuevos. La opinión personal, ya sea adversa o simpatizante, acerca de las realizaciones de aquel Estado, no debiera gravitar sobre la crítica literaria; lo ideal es que ésta se mantenga siempre en un plano de objetividad sin dejarse trabar por discordancias o prejuicios que corren un velo, sistemáticamente, sobre lo que no por eso deja de existir. Las consideraciones de naturaleza político-social sólo debieran atenderse para ver en ellas elementos nuevos, susceptibles de sumarse a la experiencia del escritor, enriqueciéndola y, por ende, enriqueciendo el arte.

Es muy sensible, pues, que este gran acontecimiento del mundo contemporáneo, la literatura de los pueblos de la U.R.S.S., nueva manifestación del admirado realismo ruso, espectadora de una realidad vislumbrada lejanísima en las páginas de la época clásica, no interese, sea relegada deliberada o indiferentemente.

Por eso tentaremos un somero análisis, —incompleto, desde luego, ya que debemos atenernos sólo a lo que llega traducido,— cuya finalidad estaría plenamente lograda si contribuyéramos con él, ya sea en parte, a despejar un camino poco explorado.

# I

## HASTA 1917

En los alrededores de la quinta década del siglo XIX, el aflojamiento de la cuerda autocrática, tirante desde la conspiración Decembrista, daría lugar a desarrollarse en Rusia una gran literatura.

Las revueltas campesinas, que menudeaban desde 1830, y los motines, que desde 1825 eran frecuentes entre los obreros siervos o semi-siervos de la naciente industria, sujetos al derecho de "adscripción", habían conducido a tal estado de cosas y darían por resultado, finalmente, la liberación de los siervos.

La literatura rusa atraviesa por una etapa floreciente con escritores como Gogol y Lermontov y luego con Turgueniev, Goncharov, Tolstoi. Sin embargo, las esperanzas que se habían abrigado en Rusia en vísperas de decretarse la liberación de los siervos, se derrumban ante las ambiguas reformas. Este decreto, arma de doble filo, redundaba en perjuicio de los intereses campesinos cuyas mejores tierras pasan a manos de los terratenientes. Las protestas, que no se hacen esperar, son ahogadas en sangre.

En la estructura social se operan grandes transformaciones. El campo se debate en la más negra miseria y comienza a eliminar, cada año en proporciones mayores, la mano de obra sobrante. La economía agraria se desarrolla con gran lentitud y este exceso de mano de obra que el campo no puede sostener, va a engrosar las filas de los desocupados en las ciudades. Es la reserva para las fá-

bricas y talleres que, trabajando por salarios irrisorios, en peligrosa competencia, permitía al fabricante explotar despiadadamente a las masas. Los obreros, a consecuencia de tales abusos, empiezan a organizarse. Tienen lugar las primeras huelgas.

Es entonces cuando surge una categoría de intelectuales pertenecientes a una burguesía empobrecida, empapados en las ideas de 1848 y de la Revolución Francesa que, aspirando despertar a las masas campesinas a la conquista de sus derechos contra el régimen feudal, organiza el movimiento populista cuya consigna era "ir al pueblo". El gobierno, instrumento en manos de los terratenientes, desata sobre ellos su reacción feroz. Los populistas responden con el terror, que no se detiene hasta el atentado contra el zar Alejandro II cuya muerte da lugar a la más acerba represión.

Los campesinos se doblegan a los funcionarios locales, creados entonces por el gobierno para vigilarlos y reducirlos. La intelectualidad revolucionaria vacilante, desmembrada con la destrucción de las agrupaciones "Tierra y Libertad" y "Libertad Popular", pierde las esperanzas de levantar a los campesinos y no comprende el significado de la clase obrera ya nacida. Sólo ésta se mantiene firme, sin embargo, en su lucha contra la autocracia, primer paso hacia su ulterior liberación.

Y así como en lo político-social, reacción y liberalismo se alternan en lucha agudizada, en el clima de la literatura repercuten los efectos de tales cambios. En torno a esa fecha, 1880, las letras rusas entran en un período de esterilidad. Para la gloriosa generación de mediados del siglo había pasado su momento, pero las condiciones sociales no eran propicias para que fertilizara el suelo ruso, la tradición de esos maestros. La literatura maniatada, atemorizada, prefiere guardar silencio.

Durante los años de paréntesis, paralelos a la reacción gubernamental, sólo Garshin y Korolenko se destacan. El primero prometía transformarse en una gran figura a juzgar por sus relatos de guerra, "Notas del Vulgar Ivanov". Hay en este libro escenas de un vigor digno de la tradición realista rusa, como la del estudiante antiguerrero, impulsado por amor propio viril al campo de batalla, que permanece durante cuatro días herido y desangrado, junto al cadáver descompuesto del que ha tenido que matar y que, como soldado, debe considerar enemigo. Aunque familiarizados con los rela-

tos de la Gran Guerra, llama la atención en Garshin, el realismo con que ha sabido ver en ella su faz descarnada e inhumana. Sin embargo, este escritor defrauda todas las esperanzas y termina por poner fin a su vida después de un período de pesimismo sombrío y morbosa manía de persecuciones. Dice Bruckner: "Parece que llevara en sí el signo de la época".

Korolenko que, a pesar de relatos tan idealizados como "El Músico Ciego", prometía ser un valor en la moderna literatura rusa, diluyó su capacidad creadora entregándose a sus aptitudes de publicista, en valientes alegatos contra la pena de muerte, las condiciones infrahumanas de las prisiones, y ha llegado hasta nosotros como el paladín de la justicia y del progreso.

A fin de siglo muere el feroz autócrata Alejandro III, defensor de los privilegios de nobles y terratenientes como ninguno. Las persecuciones implacables de este gobierno no habían hecho sino fomentar la oposición militante que, desde luego, sufría en las prisiones o epilogaba en la horca sus ansias de libertad.

Coincide ese hecho con una crisis industrial que se prolonga hasta los primeros años del siglo XX empeorando todavía más la situación obrera. Las huelgas se intensifican, aunque frecuentemente sean reprimidas con saña. La economía agraria también sufre las consecuencias de la crisis. En cuanto a la intelectualidad, sobre todo el medio estudiantil, contagiada por el espíritu tenaz del proletariado, ya volvía hacia él los ojos, buscando un acercamiento.

Bajo la influencia del populismo, no desaparecido a pesar de sus quebrantos y coexistente con la social-democracia revolucionaria, que lleva a Rusia ideas corrientes ya en el resto de Europa, el terror se desata con renovada furia. Ante tal estado de cosas el gobierno se muestra vacilante y parece retroceder.

Una nueva pléyade de escritores realistas ocupa el primer plano de las letras. Todos ellos pulsarían la misma cuerda: pesimismo, incredulidad, amargura, sin encontrar salida para el complejo problema de la vida. Divorciados de los sectores de vanguardia de la sociedad, encastillados en el seno de la clase a la cual pertenecían, es lógico que el mundo que los rodeaba les devolviera una imagen tan gris y desalentadora. Sin embargo sus obras venían a añadirse, como nuevos síntomas de una situación social insostenible, al descontento general, que si en la literatura es observación desalentada de

una realidad sin esperanzas, en la vida es el clamor humano pujante hacia mejores realizaciones.

Este período literario del realismo recibe el nombre de "decadente". Pero aunque su temática carezca de la savia de la literatura clásica, fué, sin embargo, un nuevo período de florecimiento, otoñal, del realismo ruso.

Chejov, jefe de esta escuela de fin de siglo, nos da de la Rusia campesina y provinciana, del ambiente de comerciantes en el que él mismo creció imágenes grises y juicios acerbos. Por ninguna parte la más tenue esperanza rasga la monotonía de sus lamentaciones o su sombrío desprecio para tanta vulgaridad, tanta mezquindad. En sus libros retrata la mediocridad de la vida tal como se presenta a su propia mentalidad de escritor burgués, ahogado por el ambiente, pero que no ve o no quiere ver salida para todo lo malo, descompuesto o informe que observa en el mundo.

Los relatos de Kuprin expresan un mismo estado de ánimo, pintan una misma realidad vista por idénticos ojos. Su mirada urge en los rincones más sombríos de la vida rusa. "Moloch" expresa su desdén por una sociedad minada en sus bases espirituales y morales: el servilismo, el vicio, la codicia más allá de la dignidad. Moloch, el dios insaciable, es el patrono de esta ralea humana denigrada.

Sólo Gorki, escritor llegado de otro medio, espectador de una realidad subterránea para las miradas de un escritor de gabinete, sorprende a la literatura quejumbrosa y amarga, con una visión audaz, optimista en medio de la descripción de tanta miseria. Y es que él ve más lejos, no se debate a ciegas en un laberinto sin salida, vislumbra la claridad de una solución, sabe que la humanidad marcha, a pesar de todo, con paso firme y apretado, hacia la conquista de sus verdaderos atributos.

En 1900 un grupo de escritores jóvenes, entre ellos Schemeliiov y Andreiev, vino a unirse "al estado mayor de los realistas", como los llama Pozner.

Los comienzos del siglo XX se traducen, en lo social, por la prolongación de la crisis que despidió el siglo precedente. A las huelgas obreras que se intensificaban en la lucha contra el capitalismo en crisis, se añadieron las revueltas campesinas en pugna contra el régimen semifeudal, contra el poder de los terratenientes que, tras despojarlos de sus tierras desde la reforma de 1861, trataban de

oprimirlos en todo sentido imponiéndoles arrendamientos desventajosos o multas fabulosas a los que conservaban aún miserables parcelas. Además la crisis industrial arrojó de nuevo, a las aldeas, el excedente de los obreros desocupados, que llevaban al campo su experiencia revolucionaria. Las revueltas campesinas, las huelgas obreras, se suceden.

En 1904 se produce la guerra ruso-japonesa cuyas consecuencias desastrosas para el zarismo, minan la autocracia y acercan la revolución. El movimiento obrero y campesino, que obliga al gobierno a hacer concesiones, a transar en cierta medida, repercute en el espíritu de los intelectuales que se dejan influenciar por ese clima y, más confiada y abiertamente, comienzan a descender a la arena.

Veresaiev, Garin, Bunin, los escritores antes citados y muchos otros entran entonces, en la escena literaria. Hasta los simbolistas, atraídos por los murmullos de la calle, iban a gravitar en esa hora. La revolución de 1905 se aproximaba. Sin embargo, instantes muy amargos habían de llegar para Rusia, después del 9 de Enero.

Los años posteriores a 1905 se caracterizan por una reacción implacable. El gobierno disuelve la segunda Duma de Estado, librándose así de la fracción social-demócrata, y se lanza contra todas las organizaciones políticas y económicas. Los trabajos forzados, el destierro, las torturas, la horca, los "pogroms", se multiplican. Los movimientos obrero, campesino e intelectual son perseguidos y aplastados sin piedad.

La derrota de los obreros y campesinos originó la desmoralización, sobre todo entre los intelectuales. Los partidos políticos de izquierda se minaron de provocación y de traición.

En cuanto a la literatura, que antes y durante la primera revolución había dado brillantes producciones, como "La Madre" de Gorki, sufre el mismo proceso de descomposición. Las cuestiones sexuales orillando la pornografía, son los temas preferidos por una joven generación que ha dado espaldas a la lucha. Otto Weininger, con su libro "El Sexo y el Carácter", era autor obligado y comienzan a gozar de la más intensa popularidad Andreiev y Kuprin, que dan lo más sombríamente descarnado de sus producciones. Es el momento de "En la Niebla" y "El Abismo" de Andreiev y Kuprin, desde las páginas de "Yama" su alegato contra la prostitución que señala con sus tintas más recargadas, lanza su escepticismo hacia

un futuro en el que pudieran extirparse tales lágrimas. En cuanto a Artsibashev, se convirtió en el ídolo del momento. Su "Sanin" que provocó recias polémicas, es un sensual y un cínico que ama la libertad de hacer cuanto le place sin la angustia del remordimiento ni la pusilánime vacilación. Pasea su alegría por todas las páginas del libro, pero esa alegría animal que quiere ser pura y libre, encierra el vacío y la pobreza de los destinos estériles. La novela analiza al intelectual de la época, creador de teorías superficialmente audaces que ocultan la entrega de sí mismo a la inacción y al renunciamento.

En "Los Millonarios", junto a la perversión increíble de los comerciantes ricos que describe, aglutina una humanidad ávida que va a los millones como las mariposas a la luz. Artsibashev se muestra, en este libro, un Kuprin agudizado.

"El límite", obra que supera a "Sanin" en valor literario, es, sin embargo, la negación de toda humanidad. Amor, maternidad, el más elemental respeto humano, todo queda hollado por un impasible, desconcertante cinismo que si no le quitó, como obra literaria de valor, ni lectores ni méritos, da una idea de las vías que siguió la literatura en consonancia con la época.

Las tendencias literarias de este período oscilan, sin embargo, entre el realismo y el simbolismo. Chejov, que acababa de morir, y Merejovski, que emigrara a París, son los maestros preferidos por esta generación.

Junto a Artsibashev, surgen al primer plano literario Schmeliov y, sobretodo, Andreiev, cuyos relatos terroríficos hacen decir a Tolstoi: "Andreiev quiere aterrorizarme pero yo no tengo miedo". Así como aquel había de ser el vocero de los anhelos de licencia sexual en una generación desesperada por el fracaso, Andreiev arrastraría al público por las tortuosas sendas de sus relatos de espanto, representando la caricatura grotesca del realismo de fin de siglo retorcido hasta la fantasía. Sin embargo en algunos de sus relatos, como "Los siete ahorcados", se eleva sobre sí mismo dando una de las mejores obras del momento. En cuanto a Schmeliov, más sereno como escritor realista, aunque principiante, sabe observar sin deformar. Este joven escritor, siguiendo la corriente realista chejoviana, escribió algunas novelas, la más conocida de las cuales, "El Camarero", desentraña, a través de las reflexiones de un ca-

marero de restaurant de lujo, la vida detestable de una casta de millonarios rusos disolutos, pervertidos, y la tragedia menuda de una familia humilde donde nacen los ideales de un joven revolucionario y las ambiciones de una muchacha sensual.

Antes de la Gran Guerra, esta corriente realista dió lo mejor de sus obras. Las posibilidades del simbolismo estaban casi agotadas por entonces. Sin embargo, como todo intento literario, dejó en la literatura elementos positivos. Abrió nuevos horizontes al estilo, creando una nueva forma literaria donde lo real y lo simbólico se enlazan y se funden.

Hasta ahora hemos hablado de la corriente realista de la literatura rusa prerrevolucionaria. Es claro que el realismo, que seguiría por las vías de sus antecesores literarios en la Rusia Soviética, es un fenómeno que obedece a otras leyes.

Desde 1910, el movimiento revolucionario, aplastado en años anteriores, nuevamente comienza a rehacerse. Las crueldades y vejámenes sin nombre de que se hacía objeto a los presos políticos, las represiones brutales de algunos movimientos aislados que comenzaban a surgir, electrizan a las masas populares y sublevan la opinión pública que se lanza a huelgas de protesta y a mitines. La oposición vuelve a ser amenazadora. El gobierno zarista trata de detenerla concediendo algunas reformas, pero nada puede ya contra la marea que se levanta unánime y como vigorizada después de los años de silencio. La guerra mundial, trama de intereses económicos, no aplacó las energías del movimiento revolucionario. Antes bien, aceleró su avance.

## II

### LA LITERATURA RUSA DESPUES DE 1917

El año 1917 escindió la corriente realista de la literatura rusa, que se preparó a iniciar un nuevo capítulo. Sin embargo, antes de llegar a su equilibrio, la literatura post-revolucionaria habría de pasar por un período de tentativas contradictorias.

Ya años antes de la revolución, el número de novelistas había disminuído notablemente. Hasta 1920, casi puede decirse que la

prosa no existía. Además, los tiempos inmediatamente posteriores a la revolución no eran propicios, desde ningún punto de vista, para la novela. La realidad brindaba al escritor una humanidad lacerada y sangrante cuyos dolores se imponía mitigar primero antes de sacar de ellos materia de inspiración. El panorama trágico estaba demasiado cerca de los ojos para poder abarcarlo con la serenidad indispensable en el arte. Nunca la novela es absolutamente contemporánea de los hechos.

Los jóvenes escritores de la época estaban ocupados, también, en la vida. Babel, combatiendo en el frente rumano; Ivanov, análogamente, tomando parte activa en la guerra civil, después de una existencia rica en aventuras.

La generación de preguerra había quedado desmembrada. Algunos pocos, sobre todo poetas simbolistas y futuristas, tomaron, en ese momento de encrucijada, la vía revolucionaria; otros, los realistas quejumbrosos de principios del siglo, huyeron de lo que consideraron la vuelta a la barbarie. En general la vieja literatura desaparecía con la vieja sociedad derrumbada. Así Schmeliov como Andreiev, Kuprin, Artsibashev y hasta Gorki, emigraron de Rusia. Merejovsky, entre los años 1918 y 1920, vegetaba en Moscú, y, con posterioridad a esa fecha, emigraría definitivamente como otros simbolistas.

Schmeliov, ejemplo clásico de un escritor que ha pintado una realidad detestable sin el menor deseo de transformarla, en el fondo satisfecho de pertenecer a ella, se desconcierta con la revolución. Sus simpatías van para los vencidos. En 1919, después de huir de Rusia con los ojos aún llenos de aquella realidad sangrante donde se debatía un pueblo, sólo atina a escribir "El Cáliz Inagotable", una obra mística, milagrera, con la mirada vuelta al pasado remoto de la servidumbre. Estos son los restos de una carrera literaria que ya no se podría reanudar.

Bunin, gran artista de la Rusia desaparecida, da aún algunas obras en las que se repite, envuelto, también, en las reminiscencias del pasado. Artsibashev, como Schmeliov, pierde toda capacidad creadora. En cuanto a Andreiev y a Kuprin, se sumergen en el odio corrosivo y estéril (1).

(1) Hoy el cable nos transmite la noticia de la muerte de este último, producida en Leningrado a la edad de 68 años. En ocasión del

Gorki, horrorizado, asimismo, con la sangre y la muerte, huyó de Rusia en los primeros años de la revolución, pero regresaría años después, cuando se disiparon sus incomprensiones, para reanudar brillantemente su carrera literaria.

#### PROBLEMAS LITERARIOS

Las primeras novelas soviéticas se bifurcan en dos tendencias. Por un lado se reanuda el futurismo, del que dice un crítico soviético que "en él no empieza la literatura proletaria sino que se descompone la burguesa". Por otro, la corriente realista de la novela rusa, temporariamente suspendida, vuelve a fluir apenas la sociedad turbulenta y desorganizada comienza a levantarse del marasmo de la guerra civil.

Pozner afirma que "en el plano de la literatura, la revolución no ha tenido lugar". Es cierto que el futurismo, el imaginismo y otras corrientes literarias que germinaron en Rusia conquistando a los más valiosos poetas del momento, como Mayakovski y Esenin, ya estaban en boga en el resto de Europa. Es cierto que esta fiebre innovadora, demoledora del pasado, que había invadido todos los círculos, sólo señalaba la decadencia del período literario que desaparecía. Pero lo innegable es que, en la corriente paralela del realismo ruso, pese a todos sus errores, la revolución, clima y estilo de esta joven literatura, palpitaba ya desde los primeros tiempos. El material rico y varió que trajo la revolución, no era su único bagaje tampoco. Nuevos puntos de vista, nuevos horizontes, se abrían para el arte; nuevos problemas, creación de nuevas formas artísticas, surgirían también. La literatura penetra en un terreno en el cual las teorías a veces más contradictorias prolongan, durante largo tiempo, inacabables polémicas.

Extinguido el éxito efímero del imaginismo y otras corrientes ultraístas, los núcleos intelectuales se encontraron frente al complejo problema de la auténtica creación literaria. ¿Qué caminos debía seguir el arte realista? Dominaba, en general, la negación del

XXº aniversario de la Revolución Rusa, había regresado a su patria donde se le rindieran grandes honores. Desde entonces realizaba allí una labor útil en el terreno de la cultura pero su evolución definitiva, un poco tardía, no ha podido verse reflejada, por lo tanto, en su obra de escritor.

pasado, nacida de la convicción de que la literatura debía transformarse, desde sus cimientos, siguiendo un proceso análogo al social. Gran número de escuelas y agrupaciones enarbolan sus propias teorías. Coincidían muchas de ellas en que debía cavarse la fosa para la literatura burguesa. Así surgen a la palestra literaria, infinitas tendencias entre las que el constructivismo dió su palabra más sensata.

Esta ola respondía, claro está, a una exigencia lógica del momento. La revolución, al destruir el viejo régimen, debía dar al arte un compás nuevo. "Los Hermanos de Serapión", agrupación literaria de Leningrado, fundida después con los llamados "compañeros de ruta", opinaba, entre tanto, que "una obra puede reflejar la época, pero puede también no reflejarla". En esta afirmación, errónea a todas luces, se vislumbran las adherencias del pasado, pero en la práctica, los "Serapión" estuvieron por encima de su teoría. Lo prueban las obras de Vsevolod Ivanov y Constantino Fedin, que no pudieron menos que reflejar la realidad que los rodeaba.

"Los Forjadores" constituyeron en esta época, la primera agrupación de escritores proletarios que, a pesar de significar un paso adelante, adolecieron de esquematismo; representaron sólo los primeros balbuceos de la literatura proletaria en su fase dogmática. Formaron parte de esta agrupación, que se disgregó pronto, entre otros, Fedor Gladkov.

Salvo los "Forjadores", todos los demás movimientos literarios de la época, a pesar de sus resonantes declaraciones, fueron segmentos de la vieja literatura desmembrada.

Un movimiento de trascendente repercusión, el "Prolet-Kult", llenó, sin embargo, el escenario. El problema literario más importante, el de las relaciones entre la cultura burguesa y la nueva literatura proletaria, seguía en pie. Opinaba el Prolet-Kult, que el camino hacia el socialismo tiene tres sendas coincidentes en el mismo fin: la económica, la política y, — la tercera en el proceso del afianzamiento de una clase —, la senda de la cultura proletaria. El Prolet-Kult proclama su independencia en todo sentido, no sólo frente a la cultura burguesa, sino al estado soviético y afirma que, para la emancipación total del proletariado, es necesario que la cultura proletaria vaya, contrariamente a la realidad, a la vanguardia del proceso del socialismo.

El Prolet-Kult, si no llegó al extremo grosero de la ruptura, sin reticencias, con la vieja cultura, subrayó que el proletariado debe apoderarse de ella nada más que como instrumento aunque, en general, su influencia sobre la educación proletaria, sea nociva.

Sin embargo Lunacharski, oponiéndose a los errores del Prolet-Kult, decía terminantemente: "Lo digo y lo repetiré mil veces: el proletariado debe armarse con todas las armas de la cultura humana; el proletariado es una clase histórica y debe avanzar en estrecho contacto con el pasado". Y Lenin, que reconoció que el arte es una enorme fuente de elevadas emociones, y al decirlo hablaba de las viejas realizaciones del arte, agrega: "Para construir nuestra cultura nos es necesario ante todo poseer todo lo que ha sido acumulado por la humanidad".

En cuanto a la forma y al contenido, el Prolet-Kult se pronuncia abiertamente por el segundo, desdeñando la forma como un adorno superfluo. Esta tesis ha sido rebatida inteligentemente: "Donde hay arte hay expresión artística del material. La forma y el contenido representan en sí un todo único".

Con su esquematismo y sus sectarias y vulnerables teorías, el Prolet-Kult tuvo una influencia enorme entre los núcleos proletarios adeptos de "la dictadura cultural del proletariado". Pero luego la literatura va liberándose de este período infantil. La petulancia del revolucionario que quiere ser maestro aún en terrenos inexplorados, da lugar a una más inteligente manera de encarar la cultura, en cuya evolución Lenin y Lunarcharki influyeron dando la palabra más justa. Además, gran parte de estas teorías, felizmente, se redujeron a palabras, pues, en la práctica, el verdadero arte realista siguió las sendas más llanas que le dictaba la simple observación de la vida. Su bagaje sería la técnica literaria de la cual no se puede prescindir "dictatorialmente" sin caer en un círculo vicioso; sería, también, la experiencia del pasado transformada, desde luego, por el sólo hecho de haberse transformado la sociedad pero respetada en lo que tienen de permanente y eterno las alturas alcanzadas por el pensamiento humano en las diferentes etapas de la historia.

Muchas agrupaciones dividirían aún, durante la N. E. P., a los escritores soviéticos: izquierda, derecha, centro; escritores campesinos, escritores proletarios, aunque estos años significan la eta-

pa del afianzamiento de la literatura soviética después de la etapa revolucionaria de dislocamiento de los antiguos valores.

El Plan Quinquenal marcaría, posteriormente, una delimitación más neta de la literatura soviética y una evolución del núcleo de escritores vacilantes hacia la victoria de la literatura socialista y proletaria.

En 1932 se resolvió disolver las diversas agrupaciones y fundar una sola. Las ideologías se habían ido acercando y ya no había mucha diferencia entre escritores proletarios y no proletarios. Dice Zelinski: "Ha pasado la época en que hasta la posibilidad de una literatura proletaria era puesta en duda por Trotski y sus partidarios".

En el Congreso de Escritores realizado en París en 1935, Gorki expone la teoría del realismo socialista en la cual todas las tendencias y tentativas ciegas de los años de gestación, limadas, fundidas, encuentran su equilibrio.

#### REALISMO CRÍTICO Y REALISMO SOCIALISTA

Hoy la perspectiva histórica nos permite medir las semejanzas y básicas diferencias que la escisión revolucionaria produjo en el campo de la literatura realista rusa.

Lo que la literatura prerrevolucionaria, anhelaba vaga o conscientemente, es realidad social para la otra. Lo que una literatura execraba, la realidad social en que la otra se desenvuelve, lo ha derribado. Una literatura es exponente de corrosivo escepticismo o de rebeldía vibrante con proyecciones hacia el futuro; la otra, optimista, actúa frente a las esperanzas realizadas. En la una, el individualismo egoísta es resultado de la situación social de caos; en la otra, el escritor se siente miembro de la colectividad donde tiene su puesto de combate. La una, se dirige a una sociedad decadente en la que no cree y que vé desmoronarse ante sus ojos sin esperanzas de que algo mejor vaya a reemplazarla; la otra, refleja una sociedad recién nacida en la que todo está en vías de formación. Una, individualista, centraliza sus observaciones en existencias aisladas actuando por y para sí mismas; la otra, socialista, pinta a sus héroes desenvolviéndose dentro de la actividad social, que es su verdadero medio.

El realismo del período capitalista, por su posición frente a la sociedad que describe —desprecio, censura, desesperación—, es un realismo crítico, aunque esta crítica no sea resultado de un fecundo, positivo, deseo de cambiar, sino consecuencia, en muchos casos, de la observación objetiva. Kirpotin dice del realismo crítico: "Fustigaba el mal social, ponía sus defectos al desnudo, pero no tenía nada que afirmar". Y este es, precisamente el punto de donde ambos realismos parten en diagonal. La literatura realista rusa pre-revolucionaria, a través de los Chejov, los Andreiev, los Bunin, los Schmielov, sólo critica y denuncia, pero no tiene nada que afirmar, puesto que nada esperaba frente a la realidad que nada prometía. Pero aún así esta literatura realista rusa ha desempeñado, en muchos casos a pesar suyo, su misión histórica demoledora.

Balzac mismo, escritor monárquico y reaccionario, por prohibición artística expresa en sus obras mucho más de lo que quisiera. "No será culpa del autor, dice Balzac, si las cosas hablan por sí mismas y hablan tan alto". Sin embargo, dice Freville: "sólo las clases revolucionarias tienen interés en la verdad", pues la verdad, según Marx y Engels, "está de parte del realismo socialista".

La trayectoria de Gorki, lo hemos dicho, es muy distinta que la de sus contemporáneos. Gorki, es el primer escritor proletario que, ya antes de la revolución, se sumergió en la lucha junto a las masas trabajadoras adquiriendo, con este contacto, su visión clara y optimista de las cosas. Por esa causa supo dar en sus novelas, una interpretación dinámica de la vida frente a la estática de los Chejov. Tenía la convicción, brotada de su experiencia revolucionaria, de que la humanidad, pese a sus períodos de pausa aparentemente inmóviles, siempre puede extraer de sí misma fuerzas intactas que impulsen su misión de realizarse. Sabía que circunstancias adversas pueden aplastar a la humanidad que se muestra, entonces, para las miradas que no profundizan, despreciable; pero que su destino es más grande e inexorable que todas sus depresiones y que en otras condiciones sociales se produce el reconfortante despertar. Esto lo vemos en su gran novela que es un canto de optimismo, "La Madre". Vemos surgir esta vida inquebrantable hasta en el tugurio sombrío de "Los Orlov", de donde la embrutecida Matrena, habituada a los golpes de su marido borracho, puede todavía rehacerse, tiene todavía un porvenir. El realismo de Gorki, realismo

romántico como se ha dicho, como es en cierto modo, el realismo socialista, prueba que la literatura de los países burgueses puede producir escritores de esta tendencia literaria ya que no es necesario, para ello, actuar frente a una sociedad transformada desde sus cimientos, sino sólo poseer el arma que haga, criticándola, interpretarla, buscando el camino para sus problemas.

Eso fué Gorki en Rusia antes de la Revolución.

El realismo socialista consiste, pues, en pintar la realidad social pero no reproduciendo inmóvil, estática, la imagen de esa realidad, como el realismo crítico, sino señalando al hombre el camino que conduce a la solución de sus problemas.

### III

#### LA GUERRA MUNDIAL Y CIVIL EN RUSIA A TRAVES DE LA NOVELA.

Desde los primeros años posteriores a 1920, una pléyade de jóvenes escritores que habían pertenecido al Ejército Rojo, como Ivanov, Fadeiev, Furmanov, Babel; otros llegados de ambiente campesino y obrero, como Nevierov, Gladkov, Seifullina, Libedinski, Tarassov-Rodionov; otros de formación intelectual, como Leonov, Pilniak, Fedin, Serafimovich, Lavrenev, que habían presenciado la guerra civil y sentido palpitar la nueva Rusia, experimentan la necesidad, todos ellos sin distinción de nivel cultural, hermanados por ideales comunes e idénticos motivos de inspiración, que les brinda la vida misma, de escribir, como dice Brückner, "acerca de ella en forma nueva".

Así aparecen las primeras novelas cuyo ambiente será el heroico y terrible de la guerra civil.

Babel publica "Los jinetes de Budionny", breves escenas del avance de la caballería de dicho general sobre Varsovia. La desolación y la estela de sangre que deja a su paso por las aldeas judías la retirada del ejército blanco, como en "La hija". Psicología de los soldados rojos, antiguos campesinos, como en "Historia de un caballo", "El diácono sordo", "La canción". La lucha contra una retaguardia mechada con elementos descompuestos, como en "La

sal". Sin embargo, la lectura de este libro decepciona. Ni la campaña épica de ese héroe nacional, en un ambiente más panorámico; ni la palpitación colectiva que sentimos vibrar en otros libros de guerra engendrados en legítima y cálida inspiración; nada de esto. "Los jinetes de Budionny", unas cuantas pinceladas aisladas, intrascendentes, al margen de la lucha, no es obra característica dentro de la producción soviética y si aludimos a ella es sólo a manera de información.

En "El tren blindado Nº 14-69", Ivanov, incorporado también al ejército rojo, nos transporta, en escenas entrecortadas, a otro frente de guerra: la lejana Siberia, teatro de la lucha contra Kolchak y los japoneses. Con su estilo un poco incoherente, desconcertante, narra la lucha entre un tren blindado contrarrevolucionario y las bandas rojas dirigidas por el jefe rojo Verschinin. A través de las sucesivas estampas en que se desenvuelve el duelo a muerte entre ambos bandos, el autor subraya la diferente moral de unos y otros combatientes y nos ilustra, más allá del límite de la simple fuerza, acerca del valor insobornable de la convicción y del amor con que se abraza una causa, junto al espíritu mercenario de los que luchan sin ideal.

#### EL TORRENTE DE HIERRO

Serafimovich, escritor de la época prerrevolucionaria a quien Bunin expulsara de la Asociación de Escritores por haberse "vendido" a los bolscheviques, produce "El Torrente de Hierro", cuyo escenario es el Kuban, la Ucrania incendiada por los cosacos blancos. Esta epopeya de la Guerra Civil, en nuestra opinión la obra más valiosa de su época, quizás todavía no superada, se reduce a narrar la travesía de una columna soviética, que huye de la contrarrevolución al encuentro del grueso del ejército.

Empresa aparentemente irrealizable, sólo el esfuerzo de un pueblo entero, —semi-ejército, semi-tribu trágicamente nómada—, que se encuentra ante la encrucijada de la vida o la muerte, podía multiplicar su resistencia más allá de lo concebible, para continuar, ininterrumpida, su marcha sin fin.

En el transcurso de esta odisea sin igual a través de estepas, montañas y desfiladeros, la persecución implacable de los blancos.

Muerte y hambre entre aldeas hostiles. Marcha incesante, noche y día, hacia la incógnita del mañana. Koyuj, el jefe, silueta borrosa que personifica el alma anónima de la masa, tiene que enfrentarse a una responsabilidad llena de problemas. Por ejemplo, los que le plantean los marineros.

Elementos revoltosos e indisciplinados éstos, que después de su heroica actuación se dispersaron por Rusia, se han unido, en parte, a la columna de Koyuj sin reconocerlo como jefe. En varias ocasiones ponen en peligro su eficacia militar hasta que, finalmente, subyugados por la fuerza superior de la victoria, se entregarán, incondicionalmente, a sus órdenes.

Hay, en este libro, escenas de una fuerza dramática extraordinaria. Algunas, de una conmovedora sencillez aldeana; otras, de una cueldad bélica desgarradora. Cuadros de amor o trágicos momentos de lucha. Y en todas, la palpitación del alma colectiva traducida por la pluma de un gran escritor. Los aspectos varios, contradictorios, de la vida doméstica y guerrera, cotidiana y heroica, animan, cinematográficamente, en rápidos enfoques, a la masa anónima.

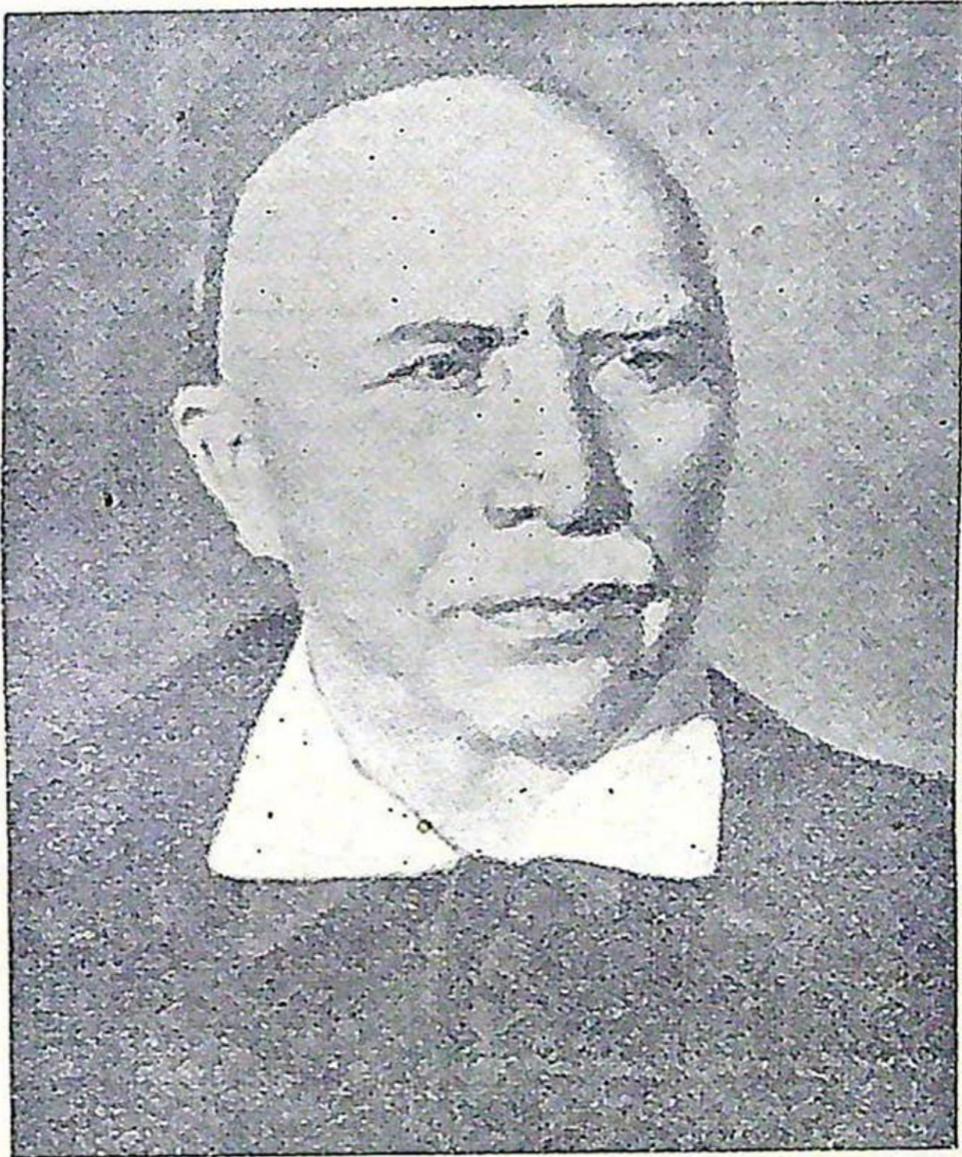
Una vez será la joven madre orgullosa de su bebé robusto al que habla como si éste pudiera entenderla, instándolo, tiernamente a tomar su tibio seno. Momento de dulzura hogareña que luego se agudiza en tragedia cuando la metralla, penetrando en su carreta, mata a la criatura en sus brazos. Enloquecida, la mujer no quiere desprenderse de su niño ya rígido; lo arrulla y lo arropa, como si su ternura pudiera devolverlo a la vida.

Otro cuadro nos acercará a la anciana Garpina y sus eternas disputas con el marido dormilón y con la hija coqueta; sus preocupaciones caseras tan disonantes en ese ambiente de peligro y de muerte.

A través de una ciudad minada por el tifus, cuyo puerto barren los cañones de los barcos enemigos y los cosacos blancos desde las cimas de las montañas, cruza, en otro pasaje del libro, la columna impasible de Koyuj. Nadie aminora la marcha ante los ruegos de los mutilados y enfermos que le salen al paso, ante el hambre, el cansancio o el fuego; a nadie sobrecoge el espectáculo de la metralla que abate al camarada más inmediato o a la carreta habitada

por una familia; un mismo ritmo los arrastra; una misma resolución.

Durante otra etapa de su trayectoria extraordinaria, la columna de Koyuj despoja una aldea enemiga. Un fonógrafo destartado, elemento detonante en medio de esos seres con hambre y con



A. SERAFIMOVICH

sueño, viene a desempeñar, sin embargo, una misión útil: distraer en el camino inacabable las angustias de los fugitivos. Transcurren horas y días. El rumor sordo de los pasos, el chirrido enervante de las carretas, el sonido destemplado del fonógrafo que lleva, por estepas y montañas salvajes, el reflejo de una vida frívola e intrascendente. De pronto alguien coloca en el viejo aparato, un disco que reproduce las carcajadas de un payaso. Las tonalidades y los matices cómicos de esa risa inextinguible contagian, y todos comienzan a corear el disco, los más sin conocer el origen de tales carcajadas por encontrarse lejos del sonido. Y, de pronto, de un extremo al otro, la columna entera, enloquecida, se

retuerce con los espasmos de una risa histérica, espantosa, por la que parece desbordarse, desatada, toda su contenida angustia. Koyuj también la oye. Alarmado, sale de su tienda, recorre la columna buscando la causa de esa locura colectiva. El fonógrafo, infatigable, desgana todavía, su risa sin fin. Koyuj lo detiene y ordena silencio. Su mirada acerada, la energía de "sus mandíbulas de piedra", corta la risa, cuyo eco se va apagando desde una punta a otra de esa masa humana que vibra y se sacude bajo las mismas impresiones.

Detrás de las montañas, los bien equipados cosacos esperan, en otro instante del libro, al ejército harapiento y famélico de Koyuj. Imposible eludirlos: hay que pasar sobre ellos o morir. Koyuj lo sabe. ¿Decírselo a sus hombres? Un explorador le refiere que de cuatro patíbulos improvisados en árboles penden los cadáveres de cuatro jóvenes comunistas salvajemente mutilados por los blancos. Koyuj resuelve dar un rodeo a fin de que su ejército desfile frente a ese jurado macabro. Soldados, mujeres, niños, toda esta banda heterogénea en marcha vió los cuatro despojos trágicos entre graznidos de cuervos. Todos escucharon la lectura del mensaje enemigo prendido en los harapos de uno de los mártires. Sobrecogidos primero, un nuevo vigor los hace marchar después; una nueva resolución nacida del odio robustecido. ¿El hambre, el cansancio, los muertos llorados? No; algo había detrás de las montañas, algo nuevo y terrible había sido escrito, con sangre y fuego, en el gran corazón unido de la masa. Derrotas, triunfos, obstáculos sin fin, y siempre adelante, como una fuerza demoníaca, el ejército de Koyuj.

Inconsciente primero de la misión histórica de su paso, pero ansioso de vida, este pueblo ha descubierto, en el transcurso de la marcha, algo más grande que la propia existencia por lo cual luchar y triunfar: la afirmación de sus derechos en la satisfacción de su venganza.

Serafimovich, compenetrado de aquella magna empresa a través del relato de Koyuj, oriundo de la región que cruzara la columna cosaca huyendo de la contrarrevolución, capta el verdadero espíritu de esa epopeya y nos da un fruto legítimo del arte nuevo.

Muchas polémicas dividían el mundo literario cuando Serafimovich produce su libro. Pero ni la teoría ni la creación literaria habían hallado aún el auténtico camino de un arte que elevara la

masa al primer plano de la acción. La masa que nunca fué heroína, sino representada por reflejo a través de la psicología o de las características individuales de uno o de varios personajes, es, en "El Torrente de Hierro", un todo homogéneo, palpitante, del cual sobresalen, a penas, seres diluídos en la fisonomía colectiva.

Sobriedad y exaltación a la par, es el clima que envuelve el avance de esta ola desbordante, por momentos agigantada en un poder sobrehumano, pero que es, en definitiva, sólo la fuerza invencible, latente en el alma de todos los pueblos, pese a la opresión y al sojuzgamiento.

#### OTROS ASPECTOS DE LA GUERRA

En "Chapaiev" Furmanov expone una faz de la lucha de guerrillas. Anárquico y primitivo, sin nivel político, aunque con un sentimiento popular intenso, Chapaiev era como muchos guerrilleros que dió la época. Empecinado en su ansia de independencia, su rica naturaleza debe ser guiada para que la borrachera del poder no lo haga descarrilarse. Furmanov mismo, que relata aquí un trozo palpitante de su nutrida y, desdichadamente, breve biografía, lo aparta con tacto del error; le hace comprender suavemente, en su calidad de instructor político, que ya no hay generales blancos en Moscú pero que la disciplina es necesaria; que no es humillante acatar órdenes, pues el triunfo sólo podrá surgir de la centralización del comando. El libro, epopeya siberiana, refiere uno de los espontáneos levantamientos campesinos que defendieron la revolución amenazada. Sin alardes de estilo, sin pretensiones literarias, ha venido a incorporarse, por su realismo, por el relieve que adquiere la curiosa personalidad del guerrillero rojo, a las obras que la nueva literatura rusa cuenta en su acervo.

"La Derrota" de Fedeiev observa, entre los episodios de la lucha contra los blancos, el reverso de la medalla. Libro de guerra también, nos hace asistir a la vida azarosa de campaña. Escenas de hospital, psicología de los distintos tipos de bolscheviques, desde el consciente, responsable Levison, jefe de destacamento, hasta el primitivo Morozca, espíritu oscuro e indómito pero dotado de una lealtad inquebrantable. La insignificante figura de Miechik, joven-cito recién egresado del bachillerato, pone la nota intencionada, y

no es casual que, en gran parte, sea ese estudiantillo pusilánime, llevado por simple romanticismo al campo de batalla, el culpable de la derrota. Varia, la enfermera, lógica equivalencia de Morozca, es una sana hija de la tierra, como ésta elemental y pródiga. Chiy, el cínico y obsceno perseguidor de Varia, el sargento Goncharenco, Baclanov, en una gama de matices psicológicos, se destacan sólo con breves rasgos del montón informe de la tropa; son ellos mismos la masa personificada. Pero hay en la novela un instante que llena el libro, por encima de las escenas de campaña y de hospital, por encima de la psicología de estos personajes aún capaces de amar y de odiar al margen de la guerra: es la batalla por sorpresa en que perece el ejército.

El irresponsable Miechik, que va adelante para vigilar el camino, deja que el enemigo entre a la ofensiva enteramente por sorpresa. La retirada, que se hace inevitable, debe realizarse a través de unos bosques pantanosos donde se hunden los animales con sus impedimentas. Levinson no desmaya. Encarga a la retaguardia la dura tarea de contener al enemigo mientras el resto de la tropa se dedica a construir rudimentarias balsas, derribando los árboles, apilándolos y arrastrándolos al pantano, cobijados por la sombra protectora del bosque, entre bombardeos ininterrumpidos. Titánicos esfuerzos no conducen a nada; la superioridad del enemigo es manifiesta. Pero, sin embargo, hay en esta lucha terrible, algo que nos sugiere el triunfo de los derrotados: la voluntad inquebrantable de vencer, que en "El Torrente de Hierro" recién nacía y que en "La Derrota", soldados ya formados en la escuela infalible de la guerra, es unánime. Diecinueve hombres, restos de la masacre, bajan la barranca en silencio. A sus espaldas queda una siembra de muerte, pero no hay desaliento en sus ojos velados todavía por el dolor.

De estilo sobrio, ni el menor asomo de teatralidad empaña la belleza de este final de batalla animado por la fe en el porvenir.

"La Semana" de Debedinski, que nos transporta al ambiente peculiar de los primeros tiempos de la revolución, — tipos humanos dispares, contradictorios, levantados por la efervescencia de la hora, — envuelve un conato de insurrección blanca fracasada. El intelectual cerebralmente conquistado por la revolución, cuyos sen-

timientos permanecen de espaldas a lo nuevo, en los tiempos desaparecidos; el intelectual de espíritu revolucionario que se pierde por horror a la sangre; el proletario que es un producto de la época, consciente de la trascendencia histórica de los momentos que vive; la muchacha maestra, tímida y sin capacitación política ninguna, que encuentra en la nueva sociedad su verdadero clima. Como la revolucionaria que llega de Moscú, todas criaturas humanas que actúan con naturalidad, con soltura, aunque en la novela se note, sin embargo, la intención propagandista que empaña el valor de muchas obras de esta época.

Trozos sangrantes de la Rusia de aquel período, en ellas las posibilidades fecundas de una etapa tan rica en acontecimientos novelables, han sido limitadas por el espíritu preconcebido del escritor, demasiado atento, hasta dañar el arte, en señalar el camino facilitando al lector el acceso a su verdad: el triunfo a pesar de todos los tropiezos, de la revolución proletaria. Lo ha dicho Engels: "Creo que la tendencia debe surgir de la situación misma sin que sea explícitamente formulada". Y: "Cuanto más escondidas permanecen las opiniones políticas del autor, tanto mejor para la obra de arte". La realidad pintada con sinceridad, con probidad literaria y con arte, dice mucho por sí misma sin que sea necesario acumular, impacientemente, las ventajas. Transformar la obra de arte en factor de propaganda es defecto corriente en la literatura surgida del Proleto-Kult, que opinaba que lo único importante en la obra literaria es la idea, lo cual viene a destruir el arte. El crítico soviético Zelinski dice al respecto: "Es el falso concepto revolucionario del pequeño burgués, siempre más papista que el papa". Mucho de esto puede decirse de obras posteriores; obras que, como las de Gladkov, pintan la realización de otra etapa.

Lavreniev, intelectual entregado a la revolución, nos da de la Rusia convulsionada de los primeros tiempos "El Séptimo Camarada", gran novela de este período donde un auténtico escritor pinta una rica y emocionante realidad. El anciano general Adamov está en Leningrado. Se desarrolla la guerra civil. Su vieja casa, donde todos han ido desapareciendo, queda todavía en pie, con sus recuerdos. El retrato de la anciana esposa ya fallecida, el *sécretaire* donde guarda las cartas y retratos de la familia. La existencia del general Adamov se desliza como trasto olvidado entre todas las bo-

rrascas. El mundo nuevo, para él incomprensible pero curioso, lo atrae a su pesar. Sus días se reducen a la búsqueda del precario alimento, adquirido de la venta de sus antiguos objetos. Pero todo cambiará. El nuevo régimen persigue a los burgueses que, tras apariencia inofensiva, minan desde dentro con su trabajo de zapa. Adamov es encerrado en una celda. Seres familiares para él lo rodean ahí: burgueses, antiguos oficiales. Pero ahora hay algo que los separa, los hace ajenos, aunque cada instante parece acercarlo al número de los desaparecidos en la noche para no volver. De pronto, su situación se clarifica y queda en libertad; pero sus habitaciones, abarrotadas de gente extraña, ya no le pertenecen. Es así como Adamov consigue permanecer en la cárcel en la humilde calidad de lavandero. El viejo general frente a su tina, rodeada su gruesa cintura con un burdo delantal, pasa las horas entre espuma de jabón. Un comisario que inspecciona esa cárcel lo descubre así. ¿Es lógico inutilizar, de esa manera, a un técnico militar en tiempo de guerra? Se lo lleva consigo para enviarlo al Estado Mayor. Durante el trayecto cae prisionero. Prisionero de su gente, de los oficiales burgueses. ¿Regresar al pasado? No; no quiere volver a ese mundo "que estaba ya muerto en su conciencia". Prefiere negarse a servir en el ejército blanco, condenarse a muerte por la verdad que iluminó demasiado tarde su existencia.

El "Séptimo Camarada", novela magnífica en su tocante y tierna simplicidad, embellece las letras rusas y quedará como una de las obras imperecederas de este período.

### EL HAMBRE

"El año del hambre" de Semenov y "La ciudad de la abundancia" de Nevienov, ambos escritores llegados a la literatura desde ambiente proletario, exponen un mismo problema: el hambre de la guerra visto desde la retaguardia.

En el primero, libro afiebrado, Semenov se introduce en la mísera vida de sus personajes, gente de campo empujada por el hambre a la ciudad con la vana esperanza de solucionar su situación. Un padre a quien el hambre precipita en un egoísmo anormal, morbooso y que, a pesar de todo, termina por morir de inanición. Una jovencita, llena de ideales, que se niega a admitir que todos los va-

lores morales puedan ser segados por el hambre, como en el caso de su padre, y que, poco a poco, empiece a experimentar análogo proceso de animalización. No aparece la revolución, ni el socialismo, en esta novela; sólo una humanidad sufriente, víctima de un enemigo contra el cual no puede luchar. Descripción de una realidad cruda de la guerra, el valor del libro es, sin embargo, relativo.

En "La ciudad de la Abundancia", Nevierov describe las penurias de una criatura de pocos años que, empujada por la miseria, deja a su familia y se dirige a la ciudad de Taschkent donde abunda el pan. La imaginación exacerbada por el hambre ve, en aquella ciudad privilegiada, algo así como el legendario El Dorado. El libro transcurre durante ese penoso viaje hacia el alimento inaccesible. Estaciones cargadas de hombres, de mujeres y de niños andrajosos que se miran como posibles rivales; cuadros tenebrosos en los cuales late, sin embargo, una vigorosa afirmación de vida. De todos los golpes se yergue esta humanidad que, como el niño Micha, su representante, parece decir: "No es el momento de lamentarse. Hay que empezar".

#### LA GUERRA MUNDIAL Y CIVIL EN EL CAMPO

La guerra mundial, su precipitación en la revolución rusa y en la contra-revolución, están representadas a través de varias novelas que enfocan el sector campesino: "Virineya" de Seifullina, "Los tejones" de Leonov, "Sobre el Don apacible" de Choloiov.

En "Virineya", Lidia Seifullina describe la transformación espiritual de una muchacha campesina durante los primeros tiempos de la revolución. Llegada a la aldea después de algunos años de ausencia, como compañera de un joven endeble y enfermizo, Virineya es, de inmediato, odiada por la madre del mozo que le reprocha la situación irregular de su vida. Esto termina por cansarla, si se le añade la aversión que comienza a experimentar por el hombre moribundo al que está unida.

El carácter de esta joven se impone desde las primeras páginas. Brusca, de contestaciones prontas e hirientes, es la última que se calla y de las discusiones con su suegra, es ésta la que sale siempre malparada. Pero hay en ella un descontento íntimo por la vida, un disconformismo constante que se trasluce en su mirada

ceñuda, en su eterno malhumor. El sentimiento popular está en ella latente, sin embargo, sin que sepa darle nombre. Su vida insatisfecha la arrastra por un camino turbulento. Ebria se la ve muchas veces en compañía de mineros, de obreros del ferrocarril, pero jamás consiente, en su existencia pródiga en amores de un día, en hacer un lugar para un "señor".

La guerra, que viene desarrollándose durante varios años, provoca descontento entre el pueblo ruso. Ideas nuevas, extrañas, llegan a la aldea, y comienzan a verse soldados con una pierna vendada o con un brazo en cabrestillo, hablar ante numeroso público en borrascosas asambleas.

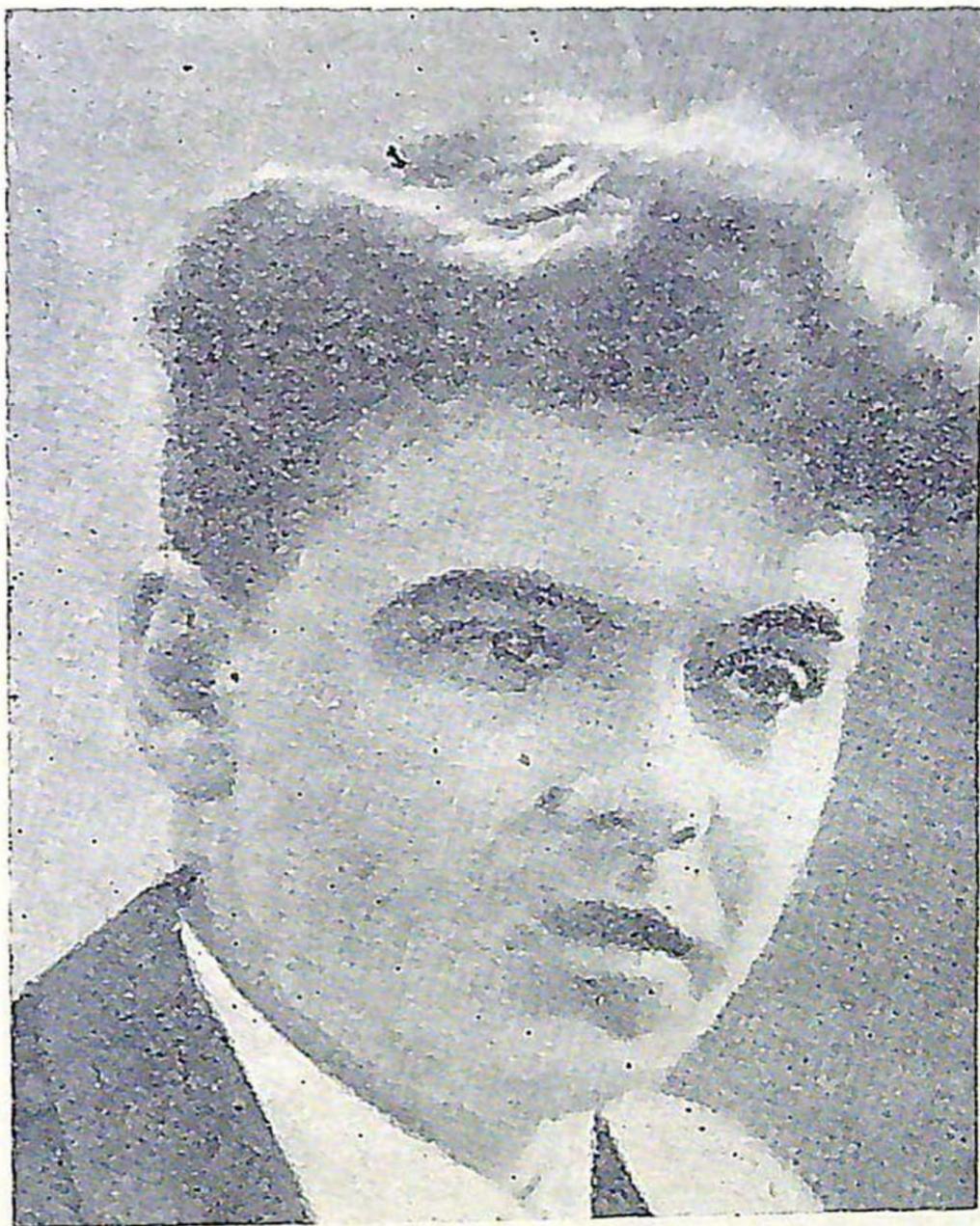
Así conoce Virka a Pavel, el ex-soldado a cuyo servicio entra con funciones de ama de casa. Entonces comienza para ella una vida nueva. Todos los rencores acumulados en su alma contra los "señores", surgen a borbotones en sus discursos antiguerreros, de los que muchas veces sale maltrecha. Sus instintivas, vagas rebelías, toman ahora cuerpo y nombre. Virineya va abriendo los ojos a los problemas de su clase; su evolución se produce a pasos agigantados. Hasta Pavel, el soldado revolucionario, advierte ahora en ella un tono nuevo. "Creo que llegará el día en que me ayudarás en algo más que en la cocina", le dice, y estas palabras tienen valor de recompensa. Más tarde, impulsada por ese mismo fervor durante la guerra civil, madre ya de una criatura de pocos días, la vemos caer bajo las balas contrarrevolucionarias.

Virineya es el despertar del campesinado, adormecido antes en la ignorancia, en la miseria, siempre en la pendiente de la desesperación,

De Seifullina, como de Ivanov, se ha dicho que en la personalidad del hombre ven sólo el bajo vientre. No trasunta esto "Virineya". Historia de una muchacha que está a un paso de la prostitución, es precisamente esta circunstancia lo que da relieve al proceso de su resurgir, que no es el perfeccionamiento individualista de un espíritu femenino depurado por el amor, sino por la causa grande de la liberación humana, que es su propia causa. "Virineya" es una novela que se lee con emoción; sus personajes, seres vivos, se mueven con naturalidad y desenvoltura.

En "Los Tejones" de Leonov, desfila la Guerra Civil, a través de las revueltas campesinas. El campo de la época zarista, como

en "Sobre el Don Apacible" la aldea cosaca, aparece en primer plano durante las primeras páginas del libro. Es la historia de un muchacho, Senia, que se ve obligado por el hambre a dejar su aldea para trabajar en la ciudad. Su juventud se desarrolla en un barrio suburbano de Moscú hasta que se desencadena la Guerra Mundial. Los recuerdos de infancia lo arrastran a la aldea después



L. LEONOV

de la revolución. Llega en instante en que los campesinos, convulsionados, resisten a los Soviets.

Durante aquel período, el gobierno revolucionario se vé obligado a decretar requisas de granos, ante el fantasma aterrador del hambre que comienza a azotar a las ciudades. La carencia de fondos para afrontar la compra de los productos indispensables, la carencia de mercancías para intercambio a causa de la paralización de la industria, conmina al gobierno soviético a ordenar esas requisas,

en calidad de préstamos, indemnizados, por el momento, con simples recibos. Esto provoca gran descontento entre los campesinos y da lugar a levantamientos armados que representan, a su hora, un serio peligro para la seguridad del nuevo régimen y una base para la contrarrevolución.

"Los Tejones" de Leonov, refleja un aspecto de la resistencia campesina a las medidas perentorias del comunismo de guerra. Los campesinos de Vory son materia dispuesta para la rebelión armada; sólo necesitan un jefe. Senia lo será. Los rebeldes se trasladan al bosque donde viven en cuevas de tejones hasta que son vencidos y dispersados por los soldados rojos.

La novela, en la que Leonov vuelve los ojos hacia el panorama social que lo rodea, reflejando la masa, pese a sus teorías acerca del arte, lo sindicamos como un escritor que se va acercando al realismo socialista.

El joven escritor soviético Choloiov, del país cosaco, escribe, también, una novela de la guerra civil en el ambiente campesino: "Sobre el Don Apacible". Es ella la extensa historia de una aldea cosaca con sus bárbaras y pintorescas costumbres, durante los años del zarismo. El absolutismo de los padres, la servidumbre de las mujeres, los castigos corporales y atropellos sin ejemplo, son resumen de la época que refleja la primera parte del libro. Rudas y recias escenas de campo que parecen extraídas del "Tarass Bulba" de Gogol, como la pelea de los dos hermanos. Reflejo de exóticas costumbres tradicionales, como los esponsales de Grigori y de Natalia. Pasajes llenos de agreste poesía, como los que describen las labores del campo, el regreso de Stefan y Axinia en el carro de labranza al atardecer. Brutales como los que provoca Dimitri, siempre detrás de una mujer aunque esta sea su propia hermana. Todos los personajes tienen relieve y personalidad a pesar de ser simples elementos de la vida cosaca con sus alegrías y dolores. El anciano padre de Grigori, absoluto y patriarcal, la sombría y apasionada Axinia, el violento Stefan, la cínica Daría, la tímida y dulce Natalia, tan delicada en medio de tanta violencia, el reconcentrado Grigori, figura interesante de cosaco joven, alrededor del cual la primera parte de la novela desarrolla un drama de amor y que luego la revolución, despertará a más trascendentales inquietudes. Desde el campesino pobre hasta el kulak y el comerciante rico, desfila por

estas páginas la aldea toda que durante la guerra civil, volcará sus simpatías y sus odios.

El estilo de la novela, a pesar de su rudo realismo, es honda-



M. CHCLOJOV

mente poético. Joven aún, este escritor promete ser uno de los grandes contemporáneos.

#### EL MEDIO INTELECTUAL Y BURGUES

La revolución y la guerra civil, vistas a través del ambiente intelectual y burgués de las ciudades, aparecen en "Los Artomonov" de Gorki, "Las ciudades y los años" de Fedin, "El callejón sin salida" de Veresaiev, "Caminantes" de Seifullina, "Soborno" de Tarassov-Rodionov.

Gorki pinta en "Los Artomonov" la trayectoria de parábola que, a través de tres generaciones, describe una familia. Es la histo-

ria de la burguesía industrial laboriosa y ascendente, cuyo origen es el campesino rico, que desemboca en el capitalismo para detener su marcha, agotadas sus reservas de energía, ante la arrolladora revolución proletaria.

Artomonov, siervo liberado, se instala con sus tres hijos en la ciudad, dispuesto a conquistar un lugar prominente. Gran fortaleza física y disposición para la dura actividad, espíritu optimista, gran seguridad en sí mismo, imprimen a su fisonomía una expresión enérgica. Está dispuesto a triunfar y triunfará. El mundo que lo rodea cede a su paso. Amor, dinero, éxitos sin tregua. ¿Sus hijos? Carecen, sin embargo, del impulso animador del padre. Pedro, el hijo mayor, es, sobre todo, un espíritu abúlico. Impulsado al matrimonio por obediencia filial, se resignará a ello y, por inercia, arrastrará una situación matrimonial indiferente, en la que primará el desprecio. De esta rama de la familia, surgirá la descendencia de los Artomonov. El segundo, un joven jorobado, es un ser tímido y soñador. Ingenuo, incapaz de actividad a causa de su defecto físico, vive enamorado románticamente de su cuñada. Alexis, el menor, de carácter alegre y audaz, es sólo hijo adoptivo.

A la muerte del padre, la existencia transcurre, para Pedro y su familia, con monótona tranquilidad.

Rico, sin dificultades, dueño de una importante fábrica, no es feliz, sin embargo; vive oprimido por inquietudes e interrogantes lanzados al por qué de la existencia.

A medida que va entrando en años se acentúan sus descontentos y se vuelve despótico. Los hijos, que están en la universidad, no lo satisfacen. Uno, Iliá, el hijo preferido entregado a la revolución, se aparece a la mentalidad de Pedro como un renegado. La otra, una intelectual pedante, permanece ajena a su espíritu en la misma proporción. El menor, gordo y tranquilo, con la misma mirada sin pensamientos de la madre, sólo inspira su desprecio.

La vejez, manifestándose a pasos agigantados, trae turbación a la mente de Pedro, caprichoso como un niño. Así lo sorprende la revolución. Gentes extrañas penetran en la fábrica. La familia está ausente. Sólo su mujer, con la mirada extraviada por el terror, le ofrece un trozo de pan enmohecido por todo almuerzo. ¿Qué ha pasado? Gruñe su mal humor pero ya no contempla nadie sus ca-

prichos; hasta su mujer, siempre tan dedicada, no tiene otra cosa que ofrecerle que una mísera corteza de pan.

Gorki escribe esta excelente novela en los años inmediatos a la guerra civil. Extraordinario escritor a través de "La Madre" y de sus relatos, de su palpitante biografía, nos da con los "Axtomov" una nueva prueba de su talento de novelista. Documento literario a cuya calidad artística se une la interpretación del fiel proceso histórico, el libro es síntesis de una etapa social vista a través de tres generaciones de la burguesía en su ascenso y descenso.

En "Callejón sin salida", Veresaiev desarrolla el problema planteado a la intelectualidad que estuvo con la revolución que derrocó al zarismo, frente al alud inesperado: la Revolución de Octubre.

Típica representante de esta reacción frente al Octubre, en el que sólo ven sangre y violencia, es en la novela, la familia Sartanov. La incompreensión de todos los intelectuales que, en tertulia murmuradora y descontenta, todas las noches censuran a los bolscheviques en casa del anciano Ivan Illich; sus fluctuaciones durante los años inquietantes de la guerra civil; las palabras de desaliento de todos los poetas, escritores, profesores que, en el fondo, no expresan sino su egoísmo ante una victoria que no sentían suya; las imprecaciones amargas de Iván Illich, los odios centelleantes de Mitia, las inquietudes agudas de Katia que duda, teme, razona, se siente atraída y, sin embargo, no comprende: esto es el libro. Su título, "El callejón sin salida", la situación de este grupo social desquiciado, del que sólo Vera se arrancó trasplantándose a otro medio.

La novela trasunta simpatía por Katia, por el anciano Iván, que se suicida incapaz de sobrellevar la ausencia de un ideal en el que ya no cree. En cuanto a Vera, personaje opuesto, desintegrada del ambiente por su liberación, es, sin embargo, una figura destañida, esbozada sin convicción.

Veresaiev no da una salida para este callejón espiritual en el que se debaten los personajes extraviados de su novela, incapaces de abrirse camino. Es evidente que el autor mismo no lo encontraba y la obra es reflejo de su propia desorientación.

"Caminantes" de Seifullina refleja esta etapa, analizando, también, la actitud de los intelectuales.

Estamos en la Guerra Civil. Colaboran todavía elementos dispares, tibios, inadaptados muchos de ellos. Bolscheviques y socialistas revolucionarios, del mismo lado de la trinchera. Las desorientaciones de los primeros tiempos, los tipos del antiguo régimen que todavía pululaban, el proceso de involución en que caen los socialistas revolucionarios, el sectarismo de algunos elementos bolscheviques anarquizantes, el equilibrio de los otros.

El libro ronda en torno a tres tipos de intelectuales de la época entre los cuales se desarrolla un duelo de tendencias. Uno, Litovcev, es socialista revolucionario. En asambleas de maestros, gremio del que forma parte, su posición se impone en el reducido núcleo opositor, mientras el elemento mayoritario, el bolschevique, se enardece en su contra. Su prestigio se desmorona y los bolscheviques pierden esperanzas de atraerlo al trabajo conjunto. Como factor de disgregación se resuelve prescindir de él, eliminándolo de puestos directivos.

Litovcev es un tipo de intelectual puro. Revolucionario en teoría, lo inquieta la realidad del socialismo. Opone sus puntos de vista con ardor combativo; se tortura por ellos pero, en el fondo, su actitud es impulsada, so pretexto de divergencias políticas, por sentimientos que vencen en su lucha interior, arrastrándolo hacia otras realidades. Pues no es casual que ame a Elena, la burguesita que escribe poesías a la luna y que, aunque intelectual fina, no es, en suma, sino una hembra esclava del hombre. Litovcev conoce sus ideas; ideas que ningún verdadero revolucionario aceptaría para su compañera, y que, pese a desagrados momentáneos, no gravitan sobre sus sentimientos hacia ella. "Las mujeres que aman y que están seguras del amor de sus maridos, le dice Elena en un pasaje del libro, se esconden en su rinconcito íntimo, apartado del mundo. Simpatizan con las opiniones políticas de sus maridos pero serían más felices si ellos no tuvieran opiniones. Todas nosotras preferimos para nuestros maridos, una ocupación tranquila, lejos de las inquietudes de la vida política".

Lebedev, antiguo socialista-revolucionario que ha adherido a los bolscheviques es, también, un tipo de intelectual puro, de esos que le merecen a Seifullina tanto desprecio. Atraído en el fondo por simple sentimentalismo, indeciso, sin verdadera convicción, él mismo define así su actitud hacia la revolución: "¿Llegaré a la

tierra prometida? Es posible que no... Sucumbiré en el camino. ¡Porque también soy un intelectual! Nosotros los intelectuales rusos somos unos Moisés. Es probable que no lleguemos hasta la tierra de promisión. Somos los primeros en adivinarla en un momento de revelación. Conducimos... Vamos... ¡Pero somos pocos



L. SEIFULLINA

para un país tan enorme! ¡Y nos agarramos sólo a nosotros mismos! No sabemos hacernos un haz, nivelarnos, afirmarnos en lo conseguido. Si logramos llegar, padecemos la nostalgia de una nueva tierra prometida. ¡Y otra vez al camino!... ¡Somos caminantes...”

Refiriéndose a casos concretos, los socialistas revolucionarios que se describe, estas palabras tienen un fondo de verdad. Pero Seifullina hace extensivo su análisis, globalmente, a los intelectuales y, en este aspecto, su teoría es errónea ya que no puede considerárseles, en bloque, como clase, inadaptados. Creemos que, en cierto

modo. los calumnia, por un prurito anti-intelectual y proletariante que se descubre en algunos escritores de esa etapa, a poco que se rastree.

No en vano se pierde en la novela, ese intelectual. De pronto desaparece de nuestro horizonte; abandona la revolución. ¿Dónde ha ido Lebedev? Viaja quizá no hacia una nueva "tierra prometida", sino hacia el viejo mundo en el cual podrá soñar, aún, con elegante nostalgia.

Seifullina opone, sin embargo, a estos intelectuales, la figura de Tipunov al que pinta como el tipo equilibrado que ha sabido escapar a sus defectos de formación. Pero es éste un personaje desdibujado y vago. Apenas actúa como simple contrapeso, y el libro, titulándose "Caminantes", será la vivisección de la clase representada por Lebedev y Litovcev.

"Virineya", primer novela de Seifullina en la que late la emoción de la vida, subjetiva e íntima, gana en un paralelo con "Caminantes", — exposición de ideas, palabras que suenan a polémica —, de la que está ausente la inspiración vital.

Constantino Fedin, joven intelectual maduro ya antes de la guerra, de quien nos dice Zelinsky, como de Leonov y de Ivanov en los primeros tiempos, que "no tiene preocupaciones colectivas de clase", en "Las Ciudades y los Años", encierra la contienda europea y la guerra civil en los límites del sector intelectual ruso emigrado, cabalgando entre Alemania y Rusia, fluctuando entre las inquietudes sociales y el amor.

Andrés Startsov, íntimo amigo del pintor alemán Kurt Van, está en la pequeña ciudad alemana de Bischosberg cuando se declara la guerra. Dolido ante el fracaso de una amistad que creyó perdurable, pues Kurt Van, en el que se ha despertado un nacionalismo agresivo, lo rechaza por el mero hecho de ser ruso, pronto olvidará, sin embargo, ante otro acontecimiento que llenará para siempre su existencia: el amor.

Mary, carácter independiente, formada sin vigilancia ni dirección, ha sido hasta entonces, novia y amante del barón Von Schönau, que ostenta el vetusto título de margrave. Durante el transcurso de la guerra, su espíritu ha sido teatro de una evolución. Así como para la madre, representante típica de la rígida, tradicionalista y prejuiciada aristocracia alemana, imbuída de un chauvinismo

sangriento, la guerra es su elemento, Mary, que por hastío siguió sus huellas, termina por saturarse con la visión perenne: jóvenes que se van y mutilados que vuelven. Ha encontrado a Andrés; su heroico barón Von Schönau, empeñado, también, en contribuir a la gloria de Alemania en cuyo triunfo ve la salvación de su clase, se pierde en la bruma de su pasado. La vida se reducirá para ella al amor oculto, apasionado y definitivo por el prisionero ruso a quien el barón salvara de la muerte ignorando las relaciones que lo unían a su novia.

La guerra pasa por el alma de Andrés, intelectual ruso indolente, sin rozarla. Mary llena sus horas. Y mientras Kurt Van, prisionero en Rusia, ha podido asistir a la gran transformación que revolucionará su propia existencia, señalando el camino de sus odios de rebelde; mientras el barón Von Schönau, fiel a su casta militarista, a la oligarquía moribunda de Alemania, ha caído prisionero en los lejanos confines del Este, Andrés, en la vieja fortaleza de Bischosberg, sólo alienta para su amor a Mary.

Termina la guerra y se decreta la repatriación de los prisioneros. Andrés, indeciso ante la perspectiva de dejar a Mary aunque sólo sea el tiempo indispensable para ubicarse, opta por partir para Rusia, pese a todo.

Allá se produce su primer encuentro con Kurt Van, después de su despedida enemistada. Kurt está desconocido. Una resolución y una firmeza desusada trasuntan sus ademanes que ya no tienen la languidez del artista de buhardilla. Andrés en cambio, ante su amigo transformado, sólo acierta a establecer esta comparación: "Ahora piensas de otra manera. Pero ni antes ni ahora te espantaba la guerra. ¿Has cambiado? Yo he seguido siendo el mismo: hasta la palabra guerra me es repugnante."

Era antiguerrero y antiguerrero permanece. No comprende las diferencias que puede haber entre los móviles de la guerra, siempre terrible pero a veces simplemente infame y otras dolorosamente necesaria. Andrés había permanecido estacionado. Ni ante el barón Von Schönau ve otra cosa que su despreciable generosidad. Alabándolo relata al pintor cómo su amistad había sido, para él, ante el barón que lo tomara prisionero, un verdadero salvoconducto. Nada de esto emociona ni ablanda a Kurt Van. ¿Acaso es posible admitir una generosidad de parte del aristócrata de raza degenerada

que lo había comprado y que, hambriento de gloria, aunque fuera por reflejo, acaparaba todos sus cuadros para ser el dueño exclusivo de un gran pintor? Sí, ese era el miserable ideal del margrave von Schönau: anunciar un día a Alemania y al mundo que él, el último de su raza, había descubierto un gran pintor desconocido. Sus instintos feudales, su megalomanía, lo inducían a hacer de Kurt Van, su artista. ¿Qué podía esperarse de tal hombre? Un hombre encastillado en su casta que, él mismo lo confiesa, le marca un derrotero: "Algunas veces envidio a hombres como Van... sólo conocen a sus padres. Están solos. La vida para ellos debe ser fácil. Siempre deciden por sí mismos, nada más que por sí mismos. Y para los seres como yo, todo está decidido hace mucho tiempo por los abuelos, los antepasados, la historia".

Pero Andrés no entiende. Ante el recuerdo del margrave, sólo su sentimental reconocimiento. Y para todo, el sentimentalismo egoísta del que no vive sino para escuchar su propio latido. La contemplación de la Rusia nueva, su patria en evolución hacia trascendentales transformaciones, sólo le inspira estas palabras: "¡Ay, Kurt, Alemania!... ¡Cuánto daría por encontrarme allí ahora!...". pues allí lo espera su amada.

Así, entre los dos amigos, frente a frente, en cada extremo del paréntesis definitivo de la guerra, sus destinos se plantean de esta manera:

—“¿Entonces, lo más grande de tu vida durante estos últimos años es el amor?

Andrés dijo:

—Sí.

Y unos minutos después, en la noche inmóvil, en la oscuridad, Kurt pronunció:

—Y en la mía, el odio”.

La ola de acontecimientos que se precipita en la novela y en la vida, nos lleva al Semidol, provincia rusa donde Kurt Van es presidente de los soviets de soldados alemanes prisioneros de guerra, y Andrés se esfuerza por seguir sus pasos, zancadas demasiado grandes para su espíritu. Pues Andrés es, fundamentalmente, aun en medio de todas las borrascas que conmovieron al mundo, un enamorado. Su existencia choca sin embargo con dos escollos: Rita, la hija del pope, que se prende de su brazo y a quien no tiene valor para apartar, pese a Mary; y el barón von Schönau. En rea-

lidad esos dos escollos o este sólo: su propia pusilanimidad. ¿Rita? Una figura borrosa e indistinta. Pero el verdadero nudo, como lo llama Fedin, es su desdichado encuentro con von Schönau donde se mezclan su debilidad frente al amor y su falta de responsabilidad que lo lleva hasta la traición incalificable.

Constantino Fedin fué duro con los intelectuales rusos al reflejarlos en la personalidad tan poco lucida de Andrés Startsov.

La figura medieval del barón von Schönau es una de las más perfiladas de la novela, así como los rasgos ligeros que graban las imágenes de la señora Urbach, née von Freileben, como se subraya siempre irónicamente, tan alemana y tan feudal, y del pintor Kurt Van, cuya evolución aparece tan lógica. En cuanto a Mary Urbach, una muchacha, audaz, sensible, que reacciona muy humanamente ante la guerra, pero en el fondo trivial. Baste recordar cuánto eco halla en su espíritu el estribillo "¡Qué guapas son las muchachas de Sajonia!", y aunque se trate de algo de importancia trascendental, no olvida las actitudes que estudiara en las revistas ilustradas.

"Las Ciudades y los Años" atisba todas las capas sociales de Alemania durante la guerra y pulsa, también en Alemania, las primeras consecuencias de la revolución rusa. Todo eso con la visión realista del que ha vivido aquella etapa. El obrero, el pequeño comerciante, el espía, el soldado, las mujeres del pueblo, la aristocracia, la burquesía; todas las capas sociales con su propia temperatura.

La manera original de manejar los resortes del relato; la forma tan característica de presentar a los personajes poco nítidos y, sin embargo, vivientes, individualizados; el estilo armonioso y poético de Fedin, dan a su obra una categoría artística superior. Desde el punto de vista del realismo, positiva; demoledora, para con la sociedad feudal alemana; crítica, con respecto a las almas inadaptadas que son incapaces de dar el gran paso; esperanzada, ante la nueva sociedad que se insinúa, que se vislumbra como fondo.

#### EL ESPIONAJE

En "Soborno", cuya traducción francesa se conoce con el nombre de "Chocolate", el novelista Tarassov-Rodionov observa otra faz de la guerra civil: los métodos subterráneos del capitalismo y de la contrarrevolución para abatir al régimen recién nacido, y la intervención del espionaje extranjero que no conoció límites.

La joven y bella actriz Elena Valtz es un instrumento inapreciable para los elementos conspirativos.

Coqueta, acostumbrada al lujo adquirido a través de sus amantes del gran mundo bajo el zarismo, no puede resignarse a la vida frugal, severa y de trabajo que le impone la revolución. Es un producto ya corrompido. El presidente de la Checa, camarada Zudin, abnegado y puro elemento revolucionario que la ha salvado del fusilamiento, le concede un puesto en la Checa ante sus afirmaciones de que quiere rehabilitarse y comenzar una vida nueva. Pero el alma de Elena, femenina en lo que este calificativo tiene de más deformado y ofensivo, alienta unas esperanzas confusas. Es entonces cuando la misteriosa, velada figura de Eduardo, el miembro de la embajada extranjera que antes de la revolución fuera su amante, aparece en la escena. Unos trozos de chocolate, lujo poco frecuente en tiempos de privaciones, es su tarjeta de presentación, su medio de evocar horas más alegres. Elena recuerda y suspira. ¿Alguna vez estuvo sincera y abiertamente con el nuevo régimen? Su alma estaba hecha para otras realidades. Se deja tentar. Ese chocolate inofensivo, ingenuo regalo en tiempos normales, revestirá características de soborno. Soborno de Elena; soborno, más tarde, del propio presidente de la Checa, cuando acusaciones más serias sacan a relucir la circunstancia agravante de que su mujer había aceptado parte de esa golosina.

El régimen de guerra hace sentir su mano de hierro. Así el presidente de la Checa, comunista que ha entregado su vida a la causa de la revolución, no tendrá atenuante para su fugaz debilidad frente a una mujer bonita ni para la tentación pueril de su esposa. Cosas más pequeñas pueden abrir paso al enemigo, parece opinar el autor; éso ha olvidado Zudin con su peligrosa benevolencia. La muerte será su castigo.

Tarassov-Rodionov nos pone, pues, frente al serio problema que fué, durante la guerra civil, el espionaje contrarrevolucionario que, desde dentro y en todas formas, trataba de minar la revolución. La obra es interesante y documental aunque su calidad literaria se resienta de cierta imperfección y falta de experiencia. Sus diálogos, débiles; sus personajes esquemáticos, así como la reacción de Zudin, en un momento cumbre de la novela, demasiado amanerada y teatral.

(Concluirá en el próximo número).

# D'Annunzio en el cuadro de la literatura contemporánea

Por MARIO MARIANI

Segunda clase del curso dictado en el Colegio, en mayo y junio de 1938.

## II

Aunque yo sea modesto en demasía, durante toda mi vida me ha interesado, en lo que se refiere a mis tentativas literarias juveniles, sólo el juicio de tres hombres: Giosué Carducci, Giovanni Páscoli y Gabriele d'Annunzio. El de los otros, me dejaba perfectamente sin cuidado y nunca insistí en pedirlo; pero cuando ellos se empeñaban en decírmelo a la fuerza; sus opiniones, favorables o desfavorables, me interesaban tanto como me interesa la salud de un general chino.

Carducci estaba ya caduco, chocho, cuando yo empecé a escribir, y, no obstante que la visión del titán impresionase profundamente mi niñez, como he referido en la lección precedente, la muerte truncó cualquier posibilidad de contacto. Páscoli le decía a mi padre que el terreno de mi cerebro no era malo, pero que todo dependía del estudio. Pensaba más o menos como Buffon: "le génie c'est de la patience" (el genio es paciencia). O como Moltke: "Genie ist Arbeit" (genio es trabajo). A mí me decía lo que dicen a los jó-

venes todos los escritores que han subido el calvario del éxito y del fracaso: "Es una fatiga dura y que nadie ni nada paga; no vale la pena. El fracaso es una amargura y el éxito, la gloria, algo que depende no del mérito, sino de la suerte y, en todo caso, un reconocimiento por los tontos, que puede satisfacer sólo a los tontos. De toda la lucha para llegar, queda un dejo agrio, un resabio de rencor, el cansancio y el sentimiento de la inutilidad del esfuerzo: sólo es bueno vivir y dejar vivir, cuando se puede".

Mi primer encuentro con d'Annunzio me dió la impresión completa del hombre y del artista, como mis encuentros con los otros. Las personalidades marcadas, descollantes, se revelan siempre de inmediato mediante señas inconfundibles, aún cuando procuran disimular su yo bajo barnices de descuido o modestia. Naturalmente, lo busqué a los diez y seis años para condenarle a escuchar mis versos. Estaba en el ápice de su gloria: eran los días que precedieron al estreno de *La Ciudad Muerta*. Yo era tan dannunziano en aquel tiempo, que *La Ciudad Muerta* me produjo una especie de fiebre, de delirio, que duró una semana. Iba por las calles solo, recitando trozos, con ademanes de embrujado. Es verdad que el espectáculo había sido fantástico, inolvidable. Mise en scène sugestiva; actores: Zacconi, la Duse, Carlo Rosaspina, la Borelli. El "Costanzi" de Roma, atestado de duques y de princesas y en cada acto, veinte o veinticinco llamadas de un público frenético. Noche inolvidable, repito, como la noche de la lectura de la *Canción de Garibaldi* en el Teatro Argentina, o del estreno de la *Hija de Yorio*. Espectáculos de arte y de belleza, que la profunda y vergonzosa decadencia en que se va abismando el mundo no permitirán volver a ver, pues la humanidad ha perdido todo interés por las cosas del espíritu.

Me presentó a d'Annunzio el poeta dialectal romanesco Augusto Sindaci, que con Pascarella, Tenneroni y de Bosis, había constituido la cuadrilla romana de los primeros admiradores intransigentes, de los propangadistas del genio del poeta. Nos recibió en el salón del Gran Hotel. Volvía de la caza del zorro, la diversión de la aristocracia romana y vestía el traje que los ingleses han puesto en boga para las cacerías: frac bermejo, gorra de montero de terciopelo negro, knickerboker blancos, botas de charol. A título de curiosidad diré que los pantalones anchos en el muslo y es-

trechos en la rodilla, se llaman knickerbocker por el apellido del protagonista de una novela de Washington Irving, que lanzó la moda de tal prenda en Norteamérica, allá por el 1850, sin sospechar que había conquistado el mundo para un siglo.

El traje me extrañó y más aun, el ofrecimiento de un licor de su invención: Quina-coca-kola-d'Annunzio, que no he visto mencionado por ningún biógrafo, tal vez, porque una biografía completa de este hombre extraordinario está aún por hacer. Nuestra primera conversación giró alrededor de las virtudes del Quina-coca-kola que, me dijo, reconstituía las energías y remozaba. Pensando en mis diez y seis años le hice notar que para mí no era conveniente, pues remozar habría significado volverme a la cuna. Suspiró: "Feliz tú". Tuteaba a todos y alababa a todos con evidente deseo de conquistar partidarios. Pero no era sincero, y su insinceridad se husmeaba de lejos. Antongini, el mejor biógrafo, si no de su vida y de su obra, por lo menos de su carácter, ha escrito que d'Annunzio dividía el mundo en dos partes: de una parte estaba él, de la otra todo el resto, que no le interesaba sino como terreno de explotación y de dominio; hablaba preferentemente de sí y cuando parecía obligado por la educación a ocuparse de los otros mortales, decía siempre: "gli altri affermano, gli altri pensano"... "Gli altri" era todo el mundo, y él ponía desprecio al pronunciar las dos palabras.

He aquí el retrato que me ha quedado de él en la retina o en la memoria. Cuando cierro los ojos lo veo aún: estatura menos que mediana y, en proporción al cuerpo, piernas un poco cortas; cuerpo de los hombres nacidos para jinetes, de los Bonapartes y los Saboyas, guapos sólo a caballo; flaco, sin ser nervioso, de ahí la impresión de que su energía y su resistencia a la fatiga, intelectual y física, fuera el resultado de un dinamismo oculto, misterioso, un regalo de los dioses. Pies y manos pequeños; lindas éstas pero un poco femeninas, regordetas, delicadas. Frente amplia, poderosa; arco de las cejas largo y bajo, "consular", según su definición; nariz recta, griega, más ancha y roma en la extremidad y con ventanas sumamente vibrátiles. Labios gruesos, carnosos, sensuales; rostro ovalado con el mentón un poco breve, brevedad que casi siempre disimuló con un ribete de barba. Tez de rubio, clara y rosada, que marchitaron demasiado temprano el cansancio de los placeres, el tra-

bajo y las luchas; entonces le veló el rostro una palidez cadavérica con tendencia al amarillento; a veces, cuando salía de una de las tormentas de su vida, ese tono se acentuaba, tornándose del matiz y la transparencia de los gusanos de seda en la cuarta dormida. Cabellos de oro, sutiles, sedosos, rizados; pero los perdió pronto y a los treinta años la calva era ya completa, resplandeciente, lunar. Se jactó de ello; acostumbraba decir a sus admiradores, y con más insistencia a sus admiradoras, que los cabellos son un residuo de bestialidad, que los hombres están tanto más elevados en la escala de la evolución cuanto menos pelo tienen; que los superhombres del porvenir serían sin vello, completamente lampiños. Y agregaba que, contrariamente a lo que se piensa, las mujeres se desviven por la calvicie, y que don Juan Tenorio era calvo y gastaba peluca, pero, en los momentos en que debía ejercer más decididamente su arte de seducción, cuando debía vencer el natural pudor y pundonor social de una Lucrecia, arrancaba la peluca y, con un grito de triunfo, descubría el resplandor de la calva. Cegada por el faro aquel, la Lucrecia se doblegaba, perdida.

Otro pormenor desagradable. Tampoco en la mocedad tuvo dientes bonitos. Se los había roído una enfermedad, quizás hereditaria, y si abría la boca mostraba sólo pequeñas puntas, melladas, negras, fragmentos de muelas en forma de sierras microscópicas, verdaderamente repugnantes. Se vé que ningún dentífrico ni dentista pudo remediar el daño y nunca se resignó a usar dentadura artificial. Por ello, poco y raramente abría la boca, la entreabría; nunca reía, se conformaba con sonreír. Y aquella boca me ha hecho pensar que las mujeres que le amaban debían tener valor. Pero, en verdad, los hombres se enamoran de la hermosura y las mujeres de la fuerza, del coraje, del talento. Y son ellas las que tienen razón.

Parecía su rostro ovalado, liso, sin músculos ni nervios visibles, suavizado por una capa adiposa que lo redondeaba, la careta impassible y fatúa de un hombre no destinado a la escena o a una vida dramática, a quien nada puede hacer arrugar la frente o fruncir el ceño, y que no puede exteriorizar las tempestades que rugen en su interior. Más tarde, en la vejez, la careta se espiritualizó, la piel se adhirió a la calavera con una blancura amarillenta de marfil antiguo y las sombras que se ahondaron en las órbitas y

bajo los pómulos, en los ángulos de la boca caída y en las sienes, pusieron en la pobre fisonomía, ya presa de la muerte, un sello extraño, raro, que le dió el aspecto, no exento de grandeza, de la momia de un santo hindú. Entonces amó los largos silencios y la inmovilidad de las estatuas con posturas de profunda meditación, los kimonos nipónicos de seda negra, los sayos franciscanos y rígidos; alrededor de su cabeza se dibujaba y desdibujaba ya la aureola de las imágenes sagradas, la irradiación del genio. Le faltaba la olímpica serenidad de Goethe, todo el dolor del mundo recogido en el rostro de Leopardi, las huellas de originalidad y locura de los rostros, tan parecidos, de Dostoievsky y Verlaine; la fuerza salvaje y desdeñosa de los de Carducci y Hugo. El genio parecía ocultarse bajo una patina de lóbrega ambigüedad, entre las sombras en que revoloteaban vislumbres de vicios; pero algo de sobrehumano vibraba en el silencio y animaba la inmovilidad, algo de la fealdad misteriosa y religiosa que refleja la momia reseca de Gandhi, el Mahatma.

Toda la vida de la fisonomía de los tiempos de la mocedad vencedora y de la madurez gloriosa, se concentró en los ojos y en los labios, que merecen capítulo aparte, aunque en verdad resulte difícil tarea describirlos. Los ojos, a fuerza de ser azules se tornaban verdes, eran de acero, irisados y cambiantes como el celaje de las nubes bajo las variaciones de la luz. Pero lo que asombraba en ellos, es que parecía que no reflejaban la luz del sol y sí que la recibían de adentro, del alma; eran fosforescentes como los de los felinos, y magnéticos.

He tenido siempre un prejuicio de irreverencia contra los grandes que, en la intimidad resultan a menudo insignificantes, y con instintiva rebeldía, cuando me acercaba a un ilustre, siempre lo hacía con desconfianza, aguzando mi sentido crítico, dispuesto y pronto, sobre todo, a descubrir defectos y ridiculizarlos.

Por ello nunca he sido víctima de fascinaciones. Pero confieso que, cuando d'Annunzio me clavaba la mirada, sentía una especie de malestar físico, el mismo que me produjo el ojo de Pickmann cuando, sin éxito, intentó hipnotizarme. En el umbral de la vejez perdió el poeta el ojo izquierdo —como Marconi—, y el derecho, que le había quedado, agotadas ya las energías vitales, se apagó. tomó el aspecto vidrioso y opaco del ojo de un besugo muerto. Pe-

ro en los tiempos en que los espejos del alma brillaban aún con el brillo de la mocedad, nadie pudo sustraerse al magnetismo de su mirada. Y fueron sus ojos las ventanas abiertas de par en par, de su genio, de su seducción, de su astucia y de su alegría.

Como no podía reír libremente con la boca, a causa de la fealdad de los dientes, sus carcajadas más francas brincaban, centelleaban en el cristalino; rayos de una esmeralda herida por el relámpago.

Y llegamos a los labios... Extraordinariamente expresivos. Se llamó a d'Annunzio en Italia: "Indefinible pintor de los indefinidos del alma", pero su insuperable maestría del lenguaje, la asombrosa riqueza de su vocabulario, le permitían expresarlo todo, asimismo en la conversación. Tenía un modo suyo particular y único de hablar, pausadamente, escogiendo las palabras más bellas y raras, más antiguas y sonoras, ensartándolas en el período con malabarismo tan habilidoso que siempre la frase halagaba y acariciaba el oído del interlocutor y le dejaba sorprendido y estupefacto. Mucho se ha discutido, de Bembo a Monti, de Manzoni a Carducci, sobre puristas y antipuristas y las polémicas han sido feroces. Pero la verdad es que, desgraciadamente, en Italia como en todas partes, el escritor de raza está condenado a forjarse una lengua personal, buscando en diccionarios y clásicos; lengua que nada, absolutamente nada tiene que ver con la algarabía del populacho y que además se distingue de las de otros escritores por la selección de los vocablos, los giros gramaticales y sobre todo por la parábola musical del período, la cadencia melódica de la frase, porque esta musicalidad responde a un ritmo interior.

Ahora bien, entre todas las lenguas personales de los escritores italianos la de d'Annunzio fué en sus labios y sigue siendo en sus libros la más rica y armoniosa. Inferior desde el punto de vista musical sólo a muchos versos de la Vida Nueva y de la Divina Comedia de Dante y desde el punto de vista de la fuerza y la eficacia sólo a algunas páginas de Maquiavelo y Carducci.

Y lo más maravilloso, milagroso, en d'Annunzio es que hablaba así, siempre así, como escribía y como si estuviera siempre escribiendo y tuviera siempre a mano sus sesenta diccionarios y los infolios de los trecentistas y florentinos con sus notas al margen.

Por eso no podía ser instintivo, espontáneo, y se controlaba siempre y daba impresión de insinceridad y artificio.

Estudiaba sus frases, las elaboraba, se complacía en ellas y en su prodigiosa armonía, y después — como dijo divinamente Matilde Serao — largando las palabras, soltándolas, subrayándolas, las besaba detenidamente una por una, como si le lastimase separarse de ellas y perderlas para siempre. Nadie en el mundo ha amado las palabras con un amor casi erótico, casi sexual, como d'Annunzio. Undulna es todo un himno al encantamiento, a la ebriedad de la palabra hermosa y armoniosa. Y tenía consciencia del milagro y del embrujo; tenía la persuasión plena de brindarle, al que escuchaba, un goce infinito y exquisito. Sentimiento de presunción que nunca encontré en Carducci, que siempre se dejaba arrastrar por la pasión y exponía sus pensamientos con sinceridad y rudeza; tampoco en Páscoli que hablaba en sueños, para sí, indiferente al efecto que producía.

Ultima pincelada: el gesto. Aunque italiano y meridional, era avaro de gestos. Había aprendido de niño a dominarse también en eso; imponía una rígida disciplina a sus manos, a sus brazos. Dicen en el extranjero que los italianos hablamos con la manos. En eso no era italiano d'Annunzio. A veces descubría la vivacidad de su temperamento levantándose o sentándose de golpe con imprevista rapidez, enérgica, elástica, como impulsado por un resorte de acero, o cambiaba de posición con arranque violento.

Pero mientras hablaba, medía todos los ademanes, y sólo raras veces las manos delicadas acompañaban suavemente la palabra delineándola, perfilándola, intentando dibujarla o tal vez acariciarla en el aire. Así permanecía como orador frente a la muchedumbre y la dominaba sin artilugios ni actitudes demagógicas; la conmovía quedándose impassible, la fanatizaba sin entusiasmarse, y admiraba ver al pueblo aplaudir palabras ya caducas y fuera de uso, frases cuya exacta significación no podía comprender.

Cuando recitó *La noche de Caprera* en el teatro Argentina en Roma, estuvo parado y firme como un mármol sesenta y ocho minutos. Pálido, con los ojos casi siempre cerrados, sólo la boca se movía, sólo la voz era modulada, con afinación y facilidad; una voz clara, de manantial, con sonidos de plata en los agudos. En cada verso daba un escalofrío. Y el público llegaba hasta el deli-

rio. hasta la locura. A la salida del teatro los romanos desenganchamos los caballos del coche arrastrando su victoria hasta el hotel y millares y millares que no habían podido oírle se alborotaban en las aceras con ovaciones furibundas. Y él se dejaba arrastrar por la ola, sonriente, impasible como un emperador a lo largo de la Vía Sacra, moderno emperador del espíritu.

Tal es el hombre que ha dominado intelectualmente a la juventud de Italia por dos generaciones, intentando en vano imprimirle en la frente un marco de nobleza. Y, que, de pequeño burgués de aldea, supo levantarse por obstinación de estudio y audacia de actitudes a burlador de duquesas y princesas, a primer poeta y héroe de su patria y, en varios momentos de la historia reciente supo representarla, ser el símbolo vivo de la voluntad nacional, encerró en su puño todas las aspiraciones y las energías, el destino de su pueblo.

Nació en Pescara o en Francavilla a Mare el 12 de Marzo de 1863. Y no ahora, que ha cerrado para siempre los ojos, sino en el mismo tiempo de su existencia, se había formado alrededor del nacimiento del poeta una leyenda llena de puntos oscuros y enmarañados, que él, por manía de autorreclame y bombo, se complacía en complicar pérfidamente embrollando y barajando los datos más simples e indispensables.

Para resolver el conflicto entre Francavilla y Pescara Marinetti propuso una solución humorística: el padre era armador de bergantines... pues bien: Gabriel nació en alta mar, entre Pescara y Francavilla. D'Annunzio encontró hermoso el hallazgo y se complacía en repetir que había nacido a bordo de un velero, una noche de borrasca, navegando rumbo a la Dalmacia, presagio de la empresa del Fiume.

Aún sobre el nombre y apellido se han suscitado dudas y polémicas. Por años se dijo en Italia que Gabriel d'Annunzio era un pseudónimo y que el poeta se llamaba, con nombre más prosaico y llano, Cayetano Rapagnetta. ¿Quién difundió esta idea? Eduardo Scarfoglio durante una polémica que llevó a los dos entrañables amigos hasta un duelo.

¿Era solamente una descarada mentira, una invención para ridiculizar al adversario? No; algo había de "Rapagnetta". El padre de d'Annunzio, Francisco Pablo, era hijo natural de Antonio d'An-

nunzio y la madre, abuela de Gabriel, se llamaba, según Alberto Lombroso que se ha ocupado meticolosamente del embrollo, Lola Rapagnetta. De ahí que el padre de d'Annunzio habría llevado efectivamente, hasta su tardío reconocimiento y legitimación, el horroroso apellido burgués. Otros niegan también eso; dicen que la abuela se llamaba, en todo caso, Lola Rossalta.

El folio 890 del año 1863 del Registro de Nacimientos del Municipio de Pescara, que pasa ahora como único documento auténtico y reconocido, atestigua que el recién nacido, tercer hijo y primer varón de Francisco Pablo d'Annunzio y Luisa De Benedictis, llevado y presentado a la fuente bautismal por un Camilo Rapagnetta, evidentemente pariente de la abuela, recibió el nombre de Gabriele Hugo d'Annunzio. Conformémonos con eso, pues la cuestión es ociosa.

El padre, Francisco Pablo, viejo lobo de mar, constructor y dueño de bergantines — paranzas se llaman en el Adriático — de pesca y cabotaje, era un gigante de 1.86 de estatura, pecho y hombros formidables, pletórico e impulsivo, don Juan de aldea, como el padre Antonio, abuelo del poeta, y despilfarrador como Gabriele. En éste se habían concentrado, pues, manías o vicios hereditarios. La madre, una criatura simple, suave, resignada, tuvo que asistir impotente al derrumbe de la hacienda familiar. Especie de "mater dolorosa" a la cual el poeta profesará una gratitud y un afecto infinito, a veces olvidadizo, — eso estaba en sus costumbres — y lo más importante, le dedicará los más sinceros y tiernos de sus versos.

Fué un fenómeno curioso el que sus padres no sólo no se opusieron a los ensueños de gloria del hijo, a pesar de ser burgueses modestos y prácticos, sino que los alentaron y se sacrificaron por él. Venció de golpe, en la cuna, una batalla en la que otros hijos consumen lo mejor de sus energías. La madre, apenas lo vió, envuelto en pañales, dijo: "Has nacido un viernes de marzo; harás grandes cosas".

Hubo verdaderamente alrededor de su cuna un sentimiento de predestinación mesiánica. El padre, autoritario e iracundo con todos, bajaba y suavizaba la voz cuando se dirigía al niño y obedecía a todos sus caprichos. Tuvieron en la casa, de inmediato, fenómenos que no se explicaron; la impresión de que había nacido un

ser extraordinario, un héroe, un genio, un semidios y que la familia tenía un solo deber: facilitarle por todos los medios el desarrollo de sus prendas nativas excepcionales. En la casa de d'Annunzio, Gabriel era el milagro.

Pero yo estoy convencido de que, si el favor y la indulgencia que rodearon su adolescencia pudieron contribuir a formar su carácter, es decir, sus manías de lujo y sus caprichos, más que el atavismo biológico y los halagos de la adoración familiar formaron su espíritu y su genio el terruño y el cielo del país de Abruzzo.

Las orillas del mismo mar habían ya dado a las letras italianas Giacomo Leopardi y Giovanni Páscoli, Monti, Ariosto, Tassoni: y se ha observado, por estudios de etnografía, que los genios en general nacen en zonas de colinas, a cuyas espaldas hay montañas y al frente el mar.

La colina pide al hombre más esfuerzo que la llanura; educa la voluntad. La contemplación, por un lado, de los espectáculos impresionantes que proporcionan al género humano los cerros con sus nieves eternas, sus despeñaderos, sus tormentas y sus torrentes precipitándose de abismo en abismo; del otro lado, la furia de los vendavales y huracanes, de las olas revueltas que se deshacen en murmullo sobre la arena fina; en los días de calma, la belleza del cielo y de la tierra en sus alboradas y sus crepúsculos, todo eso desarrolla y encanta, prepara las energías en las sutilezas de la observación y los descubrimientos y el espíritu a la contemplación y a la poesía.

Y se explica que Dante y Leonardo, Miguel Angel, Maquiavello y Carducci, hayan nacido en Toscana entre el Apenino y el Tirreno y los ya nombrados y nuestro poeta en Abruzzo, o en Romaña — en la Toscana —, en fin en la otra orilla, entre el Apenino y el Adriático. Y precisamente entre Pescara, Chieti, Ortona, Pagánica, a pocas leguas de Recanati, donde nació Leopardi, con el primer soplo de la Unidad y de la Libertad, — el reino de los Borbones había sido derribado por Garibaldi de 1860 — nacieron no sólo d'Annunzio sino Francisco Pablo Tosti, rey de la canción italiana, Francisco Pablo Michetti, príncipe de la pintura impresionista, Barbella, el mejor ceramista de su tiempo, Eduardo Scarfoglio, maestro de todos los periodistas de Italia, cuyos primeros ensayos son *Papaveri*, *El proceso de Irine*, *El libro de don Chiosciotte* y que fué un verdadero escritor de raza, alabado por



G. D'ANNUNZIO, A LOS 16 AÑOS.



Carducci que nunca alabó a un vivo; y agréguese, Adolfo de Bosis, traductor de Shelley y Whitman, óptimo helenista y poeta exquisito y purísimo. Tal es el fruto, en diez años, de un trecho de territorio no más grande que Buenos Aires.

La flora del clima templado con tendencias al tropical, la prodigalidad de millares de especies, como el olivo, la magnolia, emparrados de vides y glicinas, cercos de acacias, trigo y azucena, naranjo, nopal, palmeras enanas, rosas, gardenias, jazmines: un cielo de perfumes, de olores... El viento, llegue del monte o del mar, sea garbino o griego o siroco, arremolina esencias embriagadoras de tomillo y de claveles. Y parece que trajera también desde el mar, desde el cercano oriente y el Egeo, la savia fertilizadora del ensueño de las civilizaciones, la savia que hizo surgir un milagro de encajes de mármol rosa sobre las lagunas de Venecia, la reina inimitable, que enterneció en Ravena la dureza bárbara de Teodorico y Odoacro y transplantó a Italia el arte bizantino, que levantó en Magna Grecia templos, cultura y espíritu atenienses, suavizando a Roma. Los italianos de Romaña, de Abruzzo, de Apulia, del Jónico, cuando miramos hacia Oriente, descubrimos las llamas de un fuego sagrado, el fuego que iluminó en la aurora del mundo al pueblo que inventó la belleza, que descubrió la forma, el número, el ritmo, la ley y se los enseñó a la especie; pero tan alto se encumbró, apenas nacido, que nadie más le ha alcanzado en su ápice deslumbrante; nadie, con excepción, tal vez, de nosotros, los italianos del Renacimiento.

Fué este horizonte, el que formó el cerebro de Gabriele d'Annunzio.

Dejemos ahora a nuestro héroe en sus pañales, o confiado a las hermanas Del Gado, a De Titta y a Sisti, y más tarde a las travesuras del Colegio Cicognini en Prato. Las anécdotas de las travesuras de la adolescencia, más se adaptan a una biografía novelada que a la historia y a la crítica literaria. Más útil me parece esbozar el panorama de las letras italianas en el momento en que llegará "el vencedor".

En Piemonte ya habían muerto Brofferio y Gioberti; nacían Giacosa y d'Amicis. Manzoni y el manzonismo reinaban en Milán y se imponían en toda Italia, ocupando las cátedras, la poesía po-

pular, el libro, el diario. Los últimos epígonos: Zanella, Prati, Alear-di, Massino d'Azello, Tomaso Grossi, cortaban la novela histórica según el patrón de Los Novios. La poesía debía brincar en versos breves, bailarines. La lengua era chabacana, haciendo honorable excepción Nicolás Tommaseo, verdadero pozo de erudición filológica, pero desgraciadamente sin talento. El toscano Guerrazzi, era romántico, aunque, extraña contradicción, ateo y republicano.

Pero fué en Milán donde se inició la rebeldía contra el manzonismo y el romanticismo, aunque fuera sólo con el naturalismo francés, que nosotros en Italia hemos llamado verismo y que Carducci clasificaba como la última forma del romanticismo. Un grupo que tomó el nombre de "Scapigliatura" — traducción de la palabra bohemia — acusó su derivación de Baudelaire y de Heine. Le pertenecían Icinio Targhetti, suicida, autor de un librito de versos heineanos, *Disjeta*, que tuvo bastante éxito; el pintor Emilio Praga, autor de *Tavolozza*, *Paleta*, *Penombra*, *Favole e Leggende*. *Fantasmí*; Pompeo Bettini, muerto tuberculoso a los treinta años; Arrigo Boito, músico, autor, además del libreto de su *Mefistófeles*, de un libro de versos, *Re Orso*, que pareció el santo y seña de la escuela. Agréguese Uberti, Pichetti, Fontana y otros mil. Todos escribían en una lengua que podía ser todo: alemana, inglesa, francesa, dialecto milanés, mas en la cual faltaba en absoluto algo de la lengua italiana. También aquí hay que exceptuar a Carlos Dossi, autor de *Colonia Felice*, *Desinenza in A*, *La Vita di Carlo Pisani*, *Macechie d'inchostro*, escritor correcto, estilista puro. Fué secretario particular de Crispi, escribió los discursos de la Corona del rey Humberto y pienso que lo han agregado al grupo de la "Scapigliatura" sólo porque nació en Milán.

En Nápoles con Vera y Bonghi, nacía una escuela de filosofía neohegeliana; con De Sanctis, Settembrini y Bonghi, traductor de Platón, una escuela crítica, con poco valor literario creativo. Los sicilianos Verga, Capuana, De Roberto, Pirandello, estaban en la cuna como d'Annunzio. En Toscana, muertos Giuseppe Giusti, Atto Vannucci y Gino Capponi, sostenían la dignidad de la lengua, pero sin nervio, Ferdinando Martini y Renato Fucini, el último dedicándose más a la poesía dialectal pisana.

En Bolonia — Bolonia era entonces la Sorbonne de Italia y un faro de la ciencia mundial — Terenzio Mamiani, rosminiano,

mauroniano, católico ortodoxo y ministro del rey, había colocado en la cátedra de literatura italiana en Bolonia a Giosué Carducci, autor ya de *Levia Gravia* y *Giambi ed Epodi*, notoriamente ateo, masón, pagano, y republicano. Ejemplo de una tolerancia constructiva. Con esto, Terenzio Mamiani renovaba la crítica, la historia literaria y la poesía italiana. Los dominadores de hoy, a los adversarios o los asesinan o los destierran, llamando a enseñar y escribir a lacayos y lustrabotas y después se quejan de que con este sistema no retoñen genios. Fué en Bolonia, alrededor de Carducci, en la Universidad, en los cafés Cillario y Delle Scienze y en la librería Zanichelli, que se reunieron Enrique Ponzacchi, Severino Ferrari, Giuseppe Chiarini, Enrico Neucione, Giovanni Marradi, Alfredo Oriani, Giovanni Páscoli, Domeneo Tuniati, Guido Mazzoni y muchos otros y declararon la guerra al romanticismo y a los manzonianos, no en nombre del ajenjo y de la bohemia sino en nombre del estudio severo de la lengua y de la tradición, de un concepto más amplio, natural y sano de la vida, de una especie de segundo renacimiento que se llamó neoclasicismo.

Con la entrada de las tropas italianas en Roma — 20 de septiembre de 1870 — la guerra debía levantar sus trincheras sobre todo en la nueva capital, y a la nueva capital debía abalanzarse con sólo diez y ocho años, sediento de felicidad y de vida, Gabriele d'Annunzio, a la conquista de princesas, de dinero y de gloria.



# El antiguo imperialismo romano y el neo-imperialismo italiano. Cartago - Túnez.

Por JOSE TUNTAR

Conferencia dada en el Colegio el 19 de diciembre de 1938.

La política exterior de un país está determinada por su situación geográfica y sus intereses económicos. La península apenina, cerrada a sus espaldas por la gran muralla de los Alpes, puede considerarse un puente, echado, desde norte a sur, sobre la cuenca del Mediterráneo. Sus intereses vitales y su porvenir están, pues, en ese mar y hasta que un nuevo orden social establezca, con la supresión de las clases, nuevas bases para las mutuas relaciones entre todos los pueblos del mundo, la tendencia de Italia, respectivamente de sus capas dirigentes, al dominio seguro de todo el Mediterráneo se mantendrá firme, incommovible. Esa tendencia, que tuvo su grandiosa realización en el Imperio, obra admirable de la democracia rural romana e itálica, se mantuvo viva aun en el largo período (catorce siglos) del desmembramiento y la opresión extranjera, como lo demuestran la historia de los emperadores de la Casa Sueva y el desarrollo de las repúblicas mercantiles de Venecia, Génova, Pisa, etc. Adquiere, como era de esperarse, estructura y vigor con el restablecimiento de la unidad nacional (1870) y llega al paroxismo en nuestros

días con la enunciación, en la Cámara de Diputados, de las "aspiraciones naturales" a Túnez, Córcega, Suez, etc.

¡Túnez! La línea de los imperialismos es casi siempre la misma: en la antigüedad, en la edad media y en la época del capitalismo. El paralelismo, en ese sentido, entre la antigua Roma republicana y la Italia de hoy es completo, siendo las diferencias, de forma y no de fondo, debidas a las nuevas relaciones de fuerza y poder entre los varios imperialismos rivales.

## LA UNIFICACION DE ITALIA

Con la aplastante derrota de Pirro, rey de Epiro, cerca de Benevento (275 antes de J. C.) se desvanece definitivamente el sueño de un reino epirota - ítalo - sículo, siendo en cambio un hecho consumado la unificación de Italia, desde el arroyo Macra (Spezia) y el Rubicón (Rimini) hasta el estrecho de Messina. Quedaban ahora una frente a otra Roma y Cartago. Siendo las Galias (Francia) y la península ibérica un conglomerado amorfo de tribus, sin ningún vínculo nacional o confederal entre ellas, el Senado romano, que durante toda la era republicana dirigiera la política exterior con prudencia, tesón y audacia incomparables, comprendió que la destrucción del poderío cartaginés era la premisa indispensable para el logro de la dominación absoluta del mundo mediterráneo, tanto más cuanto que el imperio de Alejandro Magno se había despedazado en seguida de la muerte de su fundador y el mundo griego propiamente dicho seguía ofreciendo el espectáculo desolador de continuas luchas entre los estados en que se encontraba dividido. Bien es cierto que ambas, Roma y Cartago, hubieran podido vivir y prosperar en paz una al lado de la otra, pero la lógica del imperialismo, aunque consiente equilibrios y treguas transitorias, es el predominio, porque así lo imponen los intereses a quienes sirve.

## CARTAGO, LA REINA DE LOS MARES

Cartago, en aquel entonces, junto con Alejandría, el más grande emporio comercial del Mediterráneo, se levantaba a pocos kilómetros de distancia de la actual Túnez y era una colonia fenicia (púnica, como la llamaban los romanos), que poco a poco se ha-

bía independizado de la madre patria (Tiro), extendiendo su influencia comercial y política sobre toda el Africa septentrional, desde Cirene a Gibraltar, sobre las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, sobre las Baleares y las costas de España. Sus navegantes y mercaderes se habían internado hasta los mares del Norte y el Báltico y en el Atlántico Sur hasta las regiones del ecuador, alcanzando, según algunos investigadores, el mismo Cabo, la punta extrema austral de África. Su constitución era aristocrático-oligárquica. Esta riquísima aristocracia había brotado del comercio y la industria de entonces, mientras que la aristocracia romana había salido de la agricultura. Los cartagineses eran los ingleses de la antigüedad y en todos los puntos principales de las rutas comerciales y marítimas establecían bases navales y factorías o agencias para el intercambio de productos con las poblaciones del interior. El punto débil de su poderío eran las fuerzas militares (flota y ejército), bien armadas, abastecidas y dirigidas, pero constituídas casi exclusivamente por mercenarios y hasta por esclavos, mientras en cambio los soldados romanos eran rudos campesinos, políticamente libres. La derrota de Cartago se debió principalmente a la inferioridad cualitativa de sus contingentes militares.

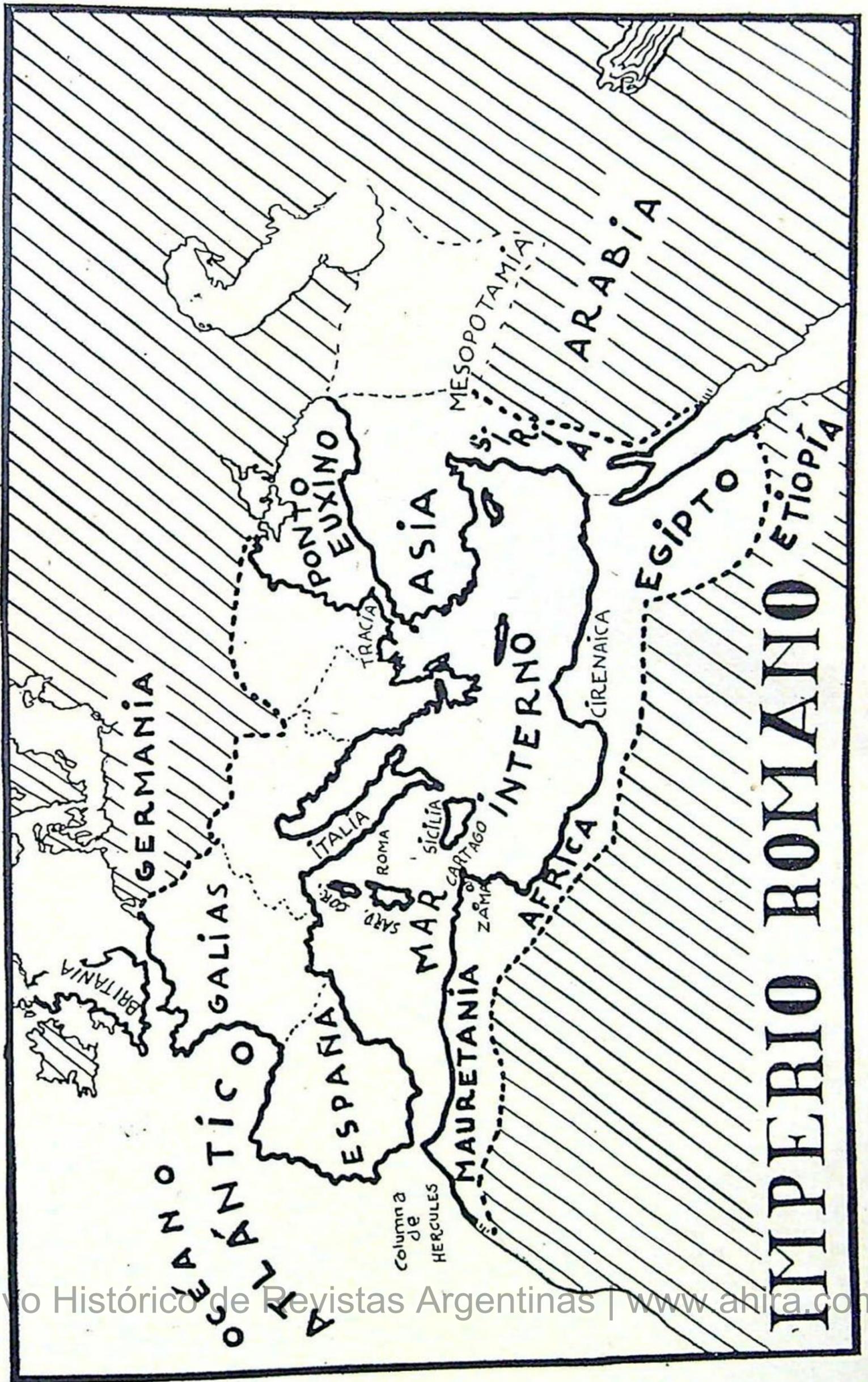
Siendo Cartago en aquel entonces dueña de la parte occidental de Sicilia, tenía en su poder el estrecho entre esa isla y la punta septentrional de Africa, donde surgía la opulenta y soberbia metrópoli fenicia. Ese estrecho (95 millas marinas de largo) constituye la verdadera llave del Mediterráneo, y la potencia que tenga en sus manos a Sicilia y a Cartago (Túnez), controla y domina el paso del Mediterráneo, convirtiendo en simples transeuntes, sujetos a su discreción y arbitrio, a los demás pueblos, aunque sean dueños de Gibraltar, Malta y Suez. Esto que era evidente en la antigüedad lo es más aún hoy, en consideración del espantoso adelanto de los instrumentos bélicos.

### LA GUERRA ENTRE ROMA Y CARTAGO

Por la posesión de esta base estratégica, terrestre y marítima al mismo tiempo, estalla una de las guerras más largas y gigantescas de la historia. El epílogo era de un alcance formidable: el dominio del Mundo mediterráneo. El duelo mortal entre las dos grandes po-

tencias del Mediterráneo dura casi ciento veinte años (264-146 antes de J. C.) y termina con la destrucción de Cartago. Los hechos más sobresalientes de esa terrible contienda interimperialista son: la destrucción de la flota cartaginesa (260), siendo ésta la primera vez que los romanos participaban en un combate naval; la toma de Sagunto, después de ocho meses de sitio, por los cartagineses al mando de Aníbal (219); el paso de los Alpes por Aníbal en el otoño del año 218; la batalla de Cannas (Pullas) en 216, sufriendo aquí los romanos la más grave derrota que registra su historia; la expugnación de Siracusa por los romanos (212), encontrando en esta ocasión la muerte Arquímedes, el más grande físico de la antigüedad; Roma envía a África un fuerte ejército mandado por su mejor general, Cornelio Escipión el Mayor; en 202 Aníbal es derrotado por Escipión en los campos de Zama, al sur de Cartago; Roma impone la paz... cartaginesa. En el año 150 el Senado romano impone a los cartagineses la salida de su ciudad para establecerse en un lugar distante 15 kilómetros del mar. A esta pretensión monstruosa, que significaba la muerte no sólo civil, sino también material, los cartagineses contestaron con una defensa heroica y desesperada que se prolongó por más de tres años; sólo en julio del año 146 el cónsul Cornelio Escipión, denominado más tarde Africano el Menor, logró expugnar la ciudad, la que fué completamente arrasada. En septiembre del mismo año el cónsul Mumio destruía a Corinto, último baluarte de la libertad helénica.

La gran aldea romana había salido triunfante sobre la magnífica y opulenta metrópoli fenicia y la democracia rural itálica se había mostrado superior a la aristocracia mercantil púnica. El Imperio estaba virtualmente ya hecho. Desaparecida Cartago, la empresa de llevar las fronteras de la dominación romana hasta la Bretaña (Inglaterra), el Atlántico, Marruecos, el Sahara, el Nilo, el Eufrates, el Mar Negro, el Danubio y el Rin, se volverá relativamente fácil. Los campesinos y proletarios romano-itálicos llevaron así a cabo una tarea realmente colosal. ¿Bajo cuáles lemas y promesas? Las sóliticas de todos los tiempos y de todos los países: más tierras para los campesinos, más trabajo para los artesanos, defensa del suelo patrio, de los altares y tumbas de los antepasados, el prestigio y el honor de la patria, etc., etc. ¿Y cuáles fueron los



resultados finales? La ruina completa del campesinado itálico, un enorme desarrollo del latifundio y el consiguiente establecimiento de la economía esclavista. Y cuando Julio César, el gran dictador demócrata, se propuso, mediante una radical reforma agraria y constitucional, asentar el Imperio sobre las fuerzas realmente productoras, destruyendo las raíces del poder económico y político de los grandes terratenientes, los puñales de la aristocracia le demostraron que los tiempos de la democracia campesina romana habían pasado para siempre. Opinión plenamente compartida por su sobrino Augusto, fundador del primer estado totalitario.

### EL CONGRESO DE BERLIN

En el año 476, después de J. C., el Imperio romano de occidente se derrumba. Italia se vuelve una expresión geográfica, y durante catorce siglos pugnan por su posesión, parcial o total, todos los imperialismo europeos. La revolución francesa despierta también al pueblo italiano de su milenario letargo y la conclusión de una larga serie de conspiraciones, revueltas, guerras y hábiles manejos diplomáticos es la entrada en Roma de las tropas de Victor Manuel II (20 de Septiembre de 1870) a consecuencia de la derrota francesa en Sédan. Apenas restablecida la unidad nacional del país, los estadistas italianos dirigen, desde luego, su mirada al "mare nostrum", el Mediterráneo, pero encuentran radicadas firmemente en él a dos grandes potencias: Francia e Inglaterra, la primera ya en posesión de Argel (desde 1830) y la segunda, dueña de los principales puntos estratégicos para la defensa de la ruta imperial a la India (Gibraltar, Malta, Chipre y, desde 1875, Suez). La primera ocasión que se presenta a la diplomacia italiana para la enunciación de las "aspiraciones naturales", como diría Ciano, es el Congreso de Berlín (1878), convocado a raíz de la guerra ruso-turca. Bismarck, para enemistar profundamente entre sí a Francia e Italia, ofrece a ésta la ocupación de Túnez, mientras Inglaterra le hace vislumbrar la posibilidad de no oponerse a una eventual ocupación de Egipto. Benedetto Cairoli, a la sazón jefe del gobierno italiano y delegado al Congreso, rechaza ambas proposiciones, afirmando luego, a su regreso, que Italia podía estar satisfecha, porque era la única potencia que había salido de aquel mer-

cado "con las manos vacías, pero limpias". La actitud de Cairoli fué a su tiempo muy criticada, pero ahora, a sesenta años de aquellas negociaciones, resulta explicable. La ocupación de Túnez hubiera provocado también la intervención de Gran Bretaña, cuya política, en lo que concierne al Mediterráneo, fué constantemente, hasta ahora, impedir que el estrecho entre Sicilia y Túnez fuese dominado por una sola potencia. En cuanto a Egipto, su invasión hubiera provocado una guerra larga y dispendiosa con Turquía, guerra para la cual Italia, recién unificada, no estaba preparada ni económica, ni militarmente, como se tuvo la prueba algunos años más tarde en Etiopía (Adua, 1896).

En 1881 Francia asume el protectorado sobre Túnez y esto con el consentimiento del príncipe de Bismarck, quien obra así impulsado por dos propósitos: separar por un largo período a las dos potencias latinas y distraer al mismo tiempo el pensamiento y la atención de Francia de las dos provincias perdidas (Alsacia y Lorena) hacia la constitución de un gran imperio colonial en África. Apenas ocupada Túnez, Francia empieza la construcción de una formidable base naval en Bizerta, al noroeste de la capital tunequina, mientras Inglaterra un año antes, bajo el pretexto de proteger al jedive contra una rebelión militar, había asumido la "administración" de Egipto, convertida más tarde en un verdadero "protectorado". El embotellamiento de Italia en "su" mar — la "prisión" de la que discurría en un diario porteño hace poco Orazio Pedrazzi, uno de los intérpretes más calificados de Mussolini — era así completo. Como reacción, Italia entra en la Triple Alianza junto con Alemania y Austria-Hungría (1882).

### LA POLITICA DE FRANCISCO CRISPI

En 1887 asume la jefatura del gobierno italiano Francesco Crispi, un viejo republicano pasado al servicio de la monarquía. Crispi puede considerarse como el padre espiritual del neo-imperialismo italiano. Piensa, y rectamente desde el punto de vista de la expansión imperialista, que el porvenir de Italia está en África, en Túnez, considerada como prolongación geográfica y económica de la península apenina. Empero, para eso había que enfrentarse con Francia y Gran Bretaña. Crispi comprende que una acción de fren-

te es de imposible realización y que, por consiguiente, se debía elegir un camino indirecto, trasero. Roma antigua pudo dar directamente en el blanco (Cartago), porque en aquel entonces no tenía en el Mediterráneo ningún competidor temible, con excepción de la metrópoli fenicia; la Roma de los Saboya debía necesariamente elegir otro camino para alcanzar el mismo fin. En eso solamente se distinguen las dos Romas: en la diversidad del camino y de las etapas impuestas por las relaciones de fuerza entre las tres potencias rivales: Gran Bretaña, Francia, Italia. Pero la finalidad última es la misma: Cartago para el imperialismo romano, Túnez para el imperialismo italiano. La ruta indirecta, trasera, delineada por Crispi, era la siguiente: Etiopía, Egipto, Libia (Cirenaica y Tripolitania), Túnez y, alcanzada ésta, Argel y Marruecos. Y tras de todo esto, como manzana madura, el restaurado Imperio Romano. La primera etapa era, como se ve, la conquista de Etiopía, y Crispi envía la primera expedición militar contra el Negus, expedición que termina con el tremendo desastre de Abba Garima (1896), al cual contribuyeron también las dos rivales, Francia e Inglaterra, que estaban muy bien informadas acerca de los planes ulteriores de Crispi. Este, fracasado su gran plan, tiene que retirarse para siempre de la vida política.

### LA OCUPACION DE LA LIBIA

Empero, sería grave error creer que se abandonara definitivamente la línea imperialista trazada por el estadista palermitano, de ascendencia, sea dicho de paso, albanés. La clase dominante italiana comprendió que para cualquier empresa de expansión imperialista era imprescindible la previa consolidación económica y militar del país. Y mientras tanto, apoyados en el instrumento de la Triple Alianza y la creciente amistad con Inglaterra, sacar las mejores ventajas posibles de las divergencias y conflictos que estallaran en otras partes. Esta etapa de consolidación y preparación lleva el nombre de Giovanni Giolitti, el estadista piomontés que, aunque respetando escrupulosamente las formas constitucionales y parlamentarias, gobernó, se puede afirmar, dictatorialmente al país por el espacio de más de diez años. Siguiendo esa prudente línea política, Italia obtiene en la Conferencia de Algeciras (1906),

convocada a raíz del conflicto entre Alemania y Francia acerca de Marruecos, el reconocimiento de que la Libia pertenece a su esfera de influencia. En conformidad con esto, cuando en 1911 el conflicto entre Alemania y Francia resulta arreglado con mutuas concesiones (el protectorado francés sobre Marruecos y cesión a Alemania de gran parte del Camerum francés), Italia se anexa la Libia (Tripolitania y Cirenaica), un desierto de arena, con excepción de una angosta faja a lo largo de la costa y algunos oasis en el interior, pero excelente base de operaciones sea hacia el este, Egipto (Inglaterra), sea hacia el oeste, Túnez (Francia). Y como resultado de la guerra estallada con Turquía a consecuencia de la susodicha anexión, Italia se instala en Rodas y el Dodecaneso (Mar Egeo), convertidos actualmente en una poderosa base naval y aérea.

### LA GUERRA MUNDIAL

El estallido de la Gran Guerra (1914) no encuentra a los círculos dirigentes italianos en una línea común. La fracción nacionalista y los restos de la tradición crispiña piden la inmediata intervención al lado de Austria y Alemania, los aliados durante 32 años, mientras que el gobierno, presidido entonces por el conservador Salandra, proclama la neutralidad armada, reservándose ponerse del lado de la Entente o de los Aliados según las concesiones que una y otros le ofrecieran como resultado de las negociaciones a entablarse. Empero, la verdad es que la neutralidad proclamada constituía el primer paso hacia la intervención al lado de Francia e Inglaterra, cuya presión en Roma iba haciéndose cada día más fuerte y amenazadora. Entre los sostenedores más encarnizados de la causa de la Entente contábase Benito Mussolini. Finalmente, por el pacto de Londres (abril 1915), el gobierno italiano declarábase dispuesto a entrar en guerra al lado de Francia e Inglaterra, en contra de los antiguos aliados. El anuncio oficial se hizo el 23 de mayo, luego de haber sido vencida la oposición de Giolitti y de la mayoría de la Cámara de Diputados y del Senado. El viejo estadista piemontés estimaba que las garantías y concesiones hechas por París y Londres eran insuficientes y que, por tanto, debíase proseguir las negociaciones aplazándose la intervención,

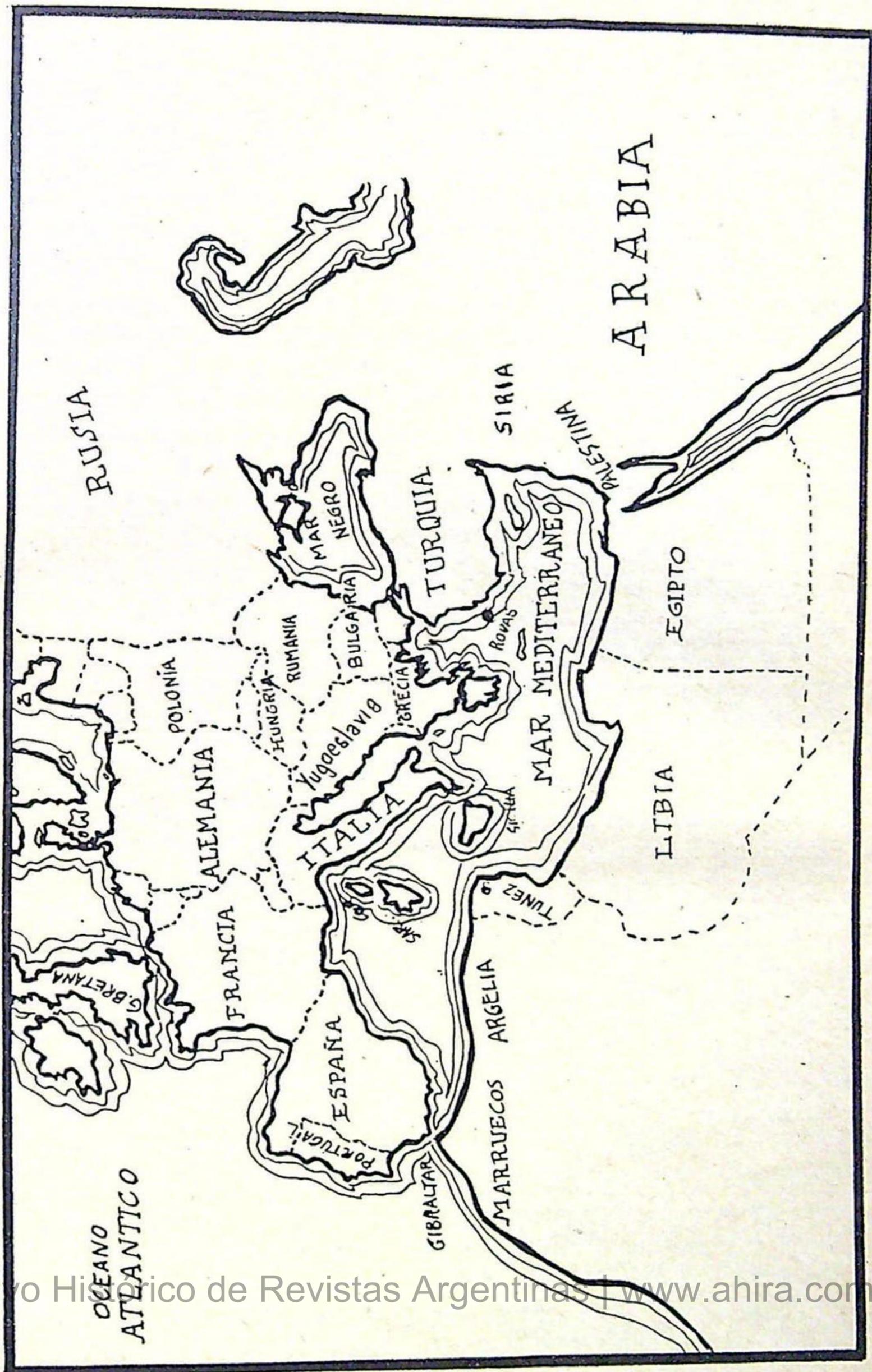
en una dirección u otra, hasta un momento más favorable para los intereses italianos.

El epílogo es conocido: Italia recibió el Trentino, el Tirol meridional, la Venecia Julia, la ciudad de Zara y un islote en Dalmacia, asignándose todo el inmenso botín colonial a Inglaterra y Francia. Para mayor exactitud diremos que a raíz de ulteriores negociaciones, Italia vió ampliados sus desiertos líbico y somalí. La frase amarga de "colectora de desiertos", pronunciada hace no mucho por Mussolini, uno de los hombres más responsables por la imprevisión y la ligereza con que Italia había sido arrojada en la hoguera de la gran guerra, resume en forma lapidaria el fracaso completo sufrido por el imperialismo italiano en lo que se refiere a sus aspiraciones africanas y asiáticas (Anatolia). El viejo Giolitti, por su parte, pudo tomarse un pequeño, pero merecido desquite cuando, siendo otra vez jefe del gobierno, contestó, en una sesión de la Cámara en Julio de 1921, una interrupción de Mussolini en los siguientes términos: "Honorable Mussolini, si se pudiera volver a las "radiosas" jornadas de mayo 1915, yo asumiría la misma actitud de entonces, ¿y usted?". Garantizo que si algún diputado hubiera en aquel instante propuesto un voto de aprobación a la política aconsejada por Giolitti en aquel histórico mes, toda la Cámara, incluso los cuarenta diputados fascistas, habrían respondido afirmativamente.

### EL FASCISMO EN EL PODER

El fascismo en el poder (octubre 1922), retoma la línea imperialista de Francesco Crispi. Pero, antes necesita una derrota para comprender, como lo comprendieran sus antecesores después del desastre de Abba Garima (Adua), la necesidad de prepararse bien para tamañas empresas. En setiembre de 1923 Mussolini ordena la ocupación de Corfú, la isla griega que, fortificada, aseguraría desde el este el control del Jonio, privando a la flota inglesa de todo punto de apoyo en la zona entre el Bajo Adriático y la Grecia meridional (Peloponeso). Una enérgica amenaza inglesa lo obligó a evacuar apresuradamente la isla.\*

\* Cuando en abril de 1939 la Italia fascista ocupó a Albania, Mussolini proyectaba repetir el golpe de 1923. Pero Inglaterra frustró otra vez el plan enviando a las aguas de Corfú una poderosa escuadra.



Los hechos sucesivos están en la memoria de todos. Reducidos los trabajadores italianos a la condición de ilotas por el "bluff" — uno de los más espectaculares de la historia — de la legislación corporativa (la "Carta del trabajo"), toda la economía se estructura con miras a la guerra imperialista. Faltándole a Italia las cantidades necesarias de materias primas (carbón, hierro, petróleo, etc.), para el colosal armamento que la guerra moderna requiere, el fascismo precisaba reducir al mínimo posible el costo de producción de las mercaderías, porque sólo así éstas podían competir en los mercados internacionales y obtener las divisas necesarias para la adquisición, en proporciones cada vez más crecientes, de los elementos indispensables para la producción bélica. Empero, el solo renglón pasible de reducciones era, para cualquiera que conozca la estructura del industrialismo italiano, el de los salarios y sueldos. Para eso era imprescindible la destrucción completa del vigoroso movimiento obrero y campesino, el más fuerte después del alemán. Y así se hizo. El fascismo, desde el punto de vista social, es esto y nada más que esto. Si a ese cuadro añadimos los tributos que han alcanzado límites realmente sorprendentes y las confiscaciones que ya han empezado, no pudiéndose exprimir más recursos de la potencialidad contributiva ordinaria de la nación, tendremos la visión exacta de la situación a que ha llevado un imperialismo desenfrenado a un país relativamente pobre.

### LA INVASION DE ETIOPIA

Convertido todo el país en una maquinaria guerrera, Mussolini debe obrar, so pena del colapso y el derrumbe general de toda la economía. Y empezó justamente allí donde había empezado Francesco Crispi: en Abisinia (1935). Sometida ésta en su mayor parte, se revela el verdadero designio de la empresa: convertir a Etiopía en una base de operaciones contra el Sudán y Egipto (Gran Bretaña). En Libia se termina entretanto la carretera estratégica desde la frontera de Egipto a la de Túnez. Estallada la rebelión de los generales españoles, previa la promesa de ayuda de parte de los dos estados totalitarios, la Italia fascista se instala en las Baleares e invade a España con divisiones de tropas regulares, poderosamente pertrechadas. Se constituye el eje Roma-Berlín (retorno a

la política ultragermanófila de Crispi). En Trípoli Mussolini se autoproclama "protector del Islam" y, de acuerdo con Hitler, fomenta la revuelta en Palestina y el movimiento panárabe en Egipto, Siria, Túnez, Argel. Entretanto Hitler, sin derramar una sola gota de sangre, se anexa a Austria, llevando así a Alemania al Brennero y a sólo 80 Km. de Trieste, el gran puerto italiano en el Adriático, y arranca los Sudeten a Checoslovaquia, reduciéndola, horriblemente mutilada, a su vasalla. Y el empuje no se detiene: ya se habla de la Ucrania. Es justamente en ese momento cuando se lanza el grito de ¡TÚNEZ!. La función de "colector de desiertos" debe terminar de una vez. Pertinax tiene razón al escribir que todo cuanto el fascismo italiano emprendió desde el año 1935 (invasión de Etiopía) hasta ahora, no fué más que la preparación para instalarse en Túnez.

Huelga decir que el lema es el mismo que tanto suceso tuvo, gracias a la actitud de las democracias occidentales, respecto a Checoslovaquia: en Túnez hay una minoría de 94.000 italianos que deben ser "liberados" de la opresión francesa. Pero, el caso es que no se puede "redimir" a esa minoría sin convertir al mismo tiempo en oprimidos a 108.000 franceses y a 58.000 judíos. ¿Y los 2.336.000 musulmanes, entre árabes y bereberes? Estos no cuentan: para el "protector del Islam" ellos pertenecen a la categoría de los seres inferiores, de los infrahombres.

### ¿QUE REPRESENTA TÚNEZ?

¿Qué significa Túnez en manos de la Italia fascista? La conquista a breve plazo, además de toda la región homónima (2.600.000 habitantes), de Argel (6.900.000), de Marruecos (5.400.000): es decir, la pérdida para Francia de todo su Imperio colonial nordafricano. La ulterior ocupación del Sudán y de Egipto sería, en este caso, una empresa de niños. La posesión del estrecho Sicilia-Túnez traería así consigo la expulsión del Mediterráneo de Francia y Gran Bretaña, convirtiéndolas en simples transeuntes. La ruta imperial a la India por el Mediterráneo destinada a ser cortada en cualquier momento. La obra del gran Disraeli completamente deshecha.

Se comprenden, pues, la alarma suscitada en Francia y la consi-

guiente declaración: "el gobierno francés quiere que el de Italia sepa que, aunque ello signifique la guerra, el gobierno de Roma no obtendrá nunca una pulgada de Túnez, Djibouti, Córcega, ni de ninguna otra parte del Imperio francés." Chamberlain, por otra parte, se vió obligado a declarar que "el mantenimiento de su "statu quo" en el Mediterráneo, previsto en el pacto ítalo-inglés, abarca también a los puntos reclamados por la Italia fascista". Y el señor Garvín, el conocido periodista ultraconservador inglés, manifiesta en "The Observer" "que cualquier atentado de parte de Italia para realizar sus aspiraciones contra Túnez, equivaldría, sin duda, a una guerra mundial". Un segundo Munich parecería pues, excludido, estando esta vez en juego intereses vitales de las dos grandes potencias occidentales.

¡Una Europa central, desde el mar del Norte y el Báltico al mar Negro completamente nazificada! ¡Un Mediterráneo, desde Gibraltar al canal de Suez y los Dardanelos, totalmente fascistizado! Esto significa Túnez en manos de la Italia fascista. La posición de quienes no desean que se apague por muchas generaciones la antorcha de la libertad humana, no puede, en estos trascendentales momentos, ser dudosa.

# Introducción al empirismo radical a base de la Lógica moderna

Por HANS A. LINDEMANN

Ultimos capítulos del curso dictado en el Colegio  
en Octubre de 1938.

V

## LOS FUNDAMENTOS EPISTEMOLOGICOS DE LA PSICOLOGIA

(EL PROBLEMA PSICO-FISICO Y EL PROBLEMA DE LA  
COMPRESION DE LA PSIQUIS AJENA)

Las ciencias exactas de la física-química y la ciencia de la biología tratan de averiguar las leyes fundamentales del mundo anorgánico y de la vida orgánica. En mis conferencias anteriores he tratado de llegar hasta el fondo epistemológico de los conceptos que los hombres han construido para interpretar todos los datos que la práctica de la vida y la del experimento nos suministran para el análisis de los fenómenos naturales del mundo exterior que nos revelan nuestros sentidos. Hemos seguido el camino de estas ciencias y hemos tratado de dar una idea general de la construcción teórica de los fundamentos de aquellas ciencias objetivas. En el examen de sus bases casi nunca tomábamos en cuenta que ningún investigador de los fenómenos naturales se asemeja a otro. A pesar de la individualidad absoluta de cada hombre en el mundo, todos los individuos trabajan más o menos de la misma manera y llegan a resultados idénticos que forman en su conjunto el impre-

sionante edificio conceptual de las ciencias naturales objetivas que es igual para todos los seres humanos, independientemente de los idiomas diferentes que se usan en describir aquellos fenómenos. No puede ser de otro modo porque una gran parte de aquellas verdades están escritas en símbolos matemáticos. La matemática es el simbolismo, el idioma absolutamente universal y uniforme en el mundo.

Acabamos de decir que a pesar de esta universalidad de las ciencias citadas ningún investigador científico es igual a otro, ni siquiera el mismo investigador hace sus observaciones todos los días bajo las mismas condiciones, pues aún durante su trabajo está supeditado siempre a estados diferentes de su mente. Un día estará triste y pesimista, otro alegre y optimista. Preocupaciones de carácter diferente le acompañan en todo tiempo aunque sea en un estado inconsciente, en fin, la corriente de su vida interior se extiende constantemente y a veces sólo una voluntad férrea y un carácter constante adquirido por una larga práctica y una labor sistemática de toda la vida le aseguran el dominio absoluto de los sentimientos y de los deseos particulares, condición indispensable para cualquier investigación objetiva.

Veamos pues que se puede dejar a un lado casi toda la vida interior propia de los hombres cuando se trata de comprender la función de las ciencias naturales. Muy diferente es empero la situación cuando nos acercamos a las ciencias espirituales, a la historia y a las ciencias puramente sociológicas. En todas estas ciencias la vida interior, el mundo de los sentimientos, de las voliciones y de los llamados valores objetivos de los hombres y con ellos los fines humanos juegan un papel preponderante. La base de todos estos fenómenos es la ciencia de la psicología. La psicología quiere, en pocas palabras, averiguar también las leyes invariables de todos los fenómenos de la vida interior del hombre, que acompañan nuestra vida cotidiana y que tienen a veces una fuerza irresistible en nuestros sentimientos y acciones. Por eso, la psicología quiere hacer "objetivos" todos los fenómenos de la vida subjetiva que teníamos que dejar a un lado cuando hablábamos de ciencias naturales.

Antes de entrar de lleno en esta materia, tenemos que familiarizarnos un poco más con esta nueva clase de fenómenos y tratar de determinar su posición entre los demás fenómenos naturales ya

considerados en nuestras conferencias anteriores. De todas partes de afuera y de adentro de nuestro cuerpo emanan constantemente irritaciones y estímulos que generan en nosotros sentimientos, imágenes y pensamientos. Sentimientos y voliciones, tensiones y relajamientos acompañan constantemente la corriente de nuestra vida interior. Ya nos podemos figurar que todos estos fenómenos tienen una complejidad mucho mayor que los de las ciencias exactas y de las ciencias biológicas. Por eso la mayoría de los conceptos psicológicos será aún mucho más vaga que aquellos de las otras ciencias. Tenemos que tratar de analizar en la psicología, mucho más todavía que en las ciencias biológicas, los procesos configuracionales totales por medio de otros parecidos de menor complejidad, para alcanzar primero pronósticos en forma global sin que sea posible aplicar a todos estos fenómenos los mismos conceptos o conceptos parecidos de las demás ciencias.

En ninguna de las ciencias humanas la falta de una base epistemológica segura ha hecho más estragos funestos que en la psicología. En la psicología tenemos un fenómeno curioso. A pesar de la enorme cantidad de hechos psicológicos que se han elaborado y que ya están llenando miles de páginas en los grandes compendios de la psicología, como por ejemplo en la nueva edición de la gran obra enciclopédica de la Psicología de Georges Dumas, esta ciencia no tiene todavía una base epistemológica segura reconocida por todos o a lo menos por la mayor parte de los psicólogos destacados del mundo. Para ilustrar este hecho quiero únicamente mencionar que en Norte América, donde la investigación psicológica está muy difundida desde los tiempos de Titchener y William James, han aparecido en los últimos años dos libros enciclopédicos muy interesantes. El primero se titula *Psychologies of 1925* y el otro *Psychologies of 1930*. En estos libros los psicólogos más importantes del mundo han tratado de colocar los fundamentos de la Psicología moderna, sin haber podido alcanzar su fin.

La intención del editor de estas enciclopedias, Murchison, era el de publicar un nuevo tomo cada cinco años, pero desistió de este plan porque la última publicación había demostrado que no había ni remotamente una posibilidad de llegar a una unión permanente de todos los puntos de vista posibles. Hasta la fecha nos vemos frente a varias psicologías que se entrecruzan, se combaten o se en-

tienden sólo en parte sin poder llegar a una concordancia epistemológica absoluta.

Por eso trataremos ahora de establecer una base segura de esta disciplina dentro del sistema de las ciencias consideradas hasta ahora. Descartes, el padre de la filosofía moderna, ha dividido por una muralla casi infranqueable toda la naturaleza. Esto ha sido muy funesto para la ciencia. Hasta nuestros días la separación absoluta de la "res extensa" (lo extendido) de Descartes, de su "res cogitans" (lo que sólo se piensa), ha impedido ver los fenómenos psicológicos en clara luz. El gran filósofo inglés A. N. Whitehead habla por eso en sus libros repetidas veces de la "bifurcation of nature" (bifurcación de la naturaleza), que hizo Descartes y que ha ejercido una influencia tan funesta sobre la ciencia europea en los últimos trescientos años. Esta posición básica de Descartes subsiste todavía entre la mayoría de los psicólogos aunque generalmente se la quiere disimular porque en vez de hablar del cuerpo y del alma, como sustancias diferentes, se habla en la psicología, desde el tiempo de Fechner, más bien del paralelismo psico-físico. Seguramente suena más científico el hablar de un paralelismo de dos procesos diferentes en vez de oponer al alma el cuerpo, pero la posición fundamental es la misma.

Ahora bien: si miramos la situación inicial epistemológica de todas las ciencias con ojo crítico, tenemos que decir que todos los acontecimientos de nuestro mundo exterior e interior que experimentamos, son al mismo tiempo psíquicos y físicos, según el punto de vista bajo el cual lo consideramos. Siempre que hablamos del cuerpo y del alma o de acontecimientos paralelos estamos duplicando los fenómenos. Una vez consideramos los acontecimientos como si pasasen fuera de nuestro cuerpo, la otra vez como si sus imágenes estuvieran en el alma o en la psiquis. Pero estas imágenes no son otra cosa que las "species intelligibiles" de los escolásticos, las que el gran escolástico inglés William Occam ya ha querido cortar con su famosa navaja de afeitar (se habla en los libros ingleses en este caso del principio de "Occam's razor"). Fueron Ernesto Mach y el filósofo alemán Avenarius quienes, por primera vez subrayaron esta duplicación arbitraria que realizan casi todos los psicólogos. Aquella duplicación de los fenómenos emana del antiguo realismo ingenuo que jamás se puede mantener. Mach dijo con

razón en su Análisis de las sensaciones: "En la esfera de mi conciencia todos los objetos tienen al mismo tiempo un carácter físico, y psíquico. Cuando averiguamos como un objeto "A" depende de otro objeto "B" entonces practicamos física, pero cuando averiguamos como un objeto "A" depende de un cambio de nuestros sentidos corporales o de nuestro sistema nervioso central, entonces practicamos psicología". W. Wundt, el fundador de la psicología experimental, ya estaba muy cerca de reconocer este punto de vista único para solucionar el problema psico-físico, pero la psicología de la asociación, que en su tiempo reinaba todavía absolutamente, le impidió ver claramente. Wundt mantenía por eso entre otras cosas también el concepto de una causalidad psíquica propia. Esta causalidad psíquica propia en el sentido metafísico resulta, sin embargo insostenible.

La causalidad es, según expusimos en una conferencia anterior, la dependencia funcional de procesos, en cuyo estudio se debe distinguir entre una ley universal y leyes particulares. Estas últimas pueden regir entre procesos muy complejos como, por ejemplo, entre estímulos globales de nuestro sistema nervioso y entre reacciones de todo nuestro cuerpo, entre estímulos parciales de nuestros sentidos y entre procesos sentimentales que se desarrollan en nuestro cuerpo, entre estímulos corporales interiores y entre nuestros pensamientos que indican procesos cerebrales, etc., etc.

Tan fundamental como el problema psico-físico que acabamos de dilucidar en su primera fase es el otro problema básico de la psicología que ha perturbado mucho a los psicólogos norteamericanos. Este es el problema de la comprensión de la psiquis ajena, o la cuestión de cómo podemos verificar los procesos psíquicos ajenos. En Norte América ha surgido una gran escuela nueva que ha desarrollado un sistema psicológico nuevo que se llama "Behaviorismo". Estos psicólogos, el más destacado entre los cuales es J. B. Watson, autor del libro "Psychology from the standpoint of a behaviorist", razonan en la forma siguiente: Siempre será imposible saber exactamente lo que sienta y piense otro individuo, porque jamás sabremos lo que pasa en su interior; por eso toda la ciencia de la psicología como ha sido practicada hasta ahora no vale nada. Lo único que podemos estudiar en adelante es el "behaviour", esto es el comportamiento del hombre, de la misma manera como

estudiamos solamente la conducta de los animales en la psicología de los mismos. No podemos tomar en cuenta lo que nos dicen los hombres de sus procesos interiores, de sus pensamientos, sentimientos, voliciones, etc. Sólo describiendo y estudiando las leyes de la conducta humana podemos llegar a una psicología absolutamente objetiva que no nos induzca a contradicciones y equivocaciones. En esta nueva psicología se considera el idioma sólo como una señal simple, igual que en la psicología de los animales. Esta doctrina está también muy difundida entre los positivistas modernos. Aun un pensador extremo del círculo vienés, Rodolfo Carnap (ahora en Chicago) ha empleado esta doctrina radical para su edificio de la construcción lógica del mundo, pero este edificio es una construcción demasiado artificial y tiene defectos fundamentales y muy serios. Otros psicólogos de varios países han demostrado con gran razón que los behavioristas están usando, a pesar de su programa radical, muchos conceptos de la psicología corriente que quieren evitar y aun les es imposible evitarlos. Entre otros lo ha demostrado muy bien W. Köhler en su libro "Gestaltpsychology". Por eso toda esta cuestión precisa una crítica severa cuyos rasgos principales expondré a continuación porque facilitan a los conceptos psicológicos su base natural. En este punto nos encontramos en el centro de todas las dificultades. Si queremos poner fin a las divergencias epistemológicas de los psicólogos tenemos que tratar de llegar hasta el fondo único de los conceptos puramente psicológicos que se están usando en todas las diferentes disciplinas psicológicas. Sólo de esta manera conseguiremos el marco general en el cual caben todas las psicologías diferentes que los investigadores han elaborado en el curso de los años.

Una vez por todas tenemos que afirmar que en ningún caso ni en la vida cotidiana ni en las ciencias naturales y tampoco en la psicología sabemos directamente lo que siente y experimenta otra persona. Cuando, por ejemplo, dos personas miran a un árbol o una casa o un paisaje cualquiera, la una no puede menos que tener una sensación diferente de la otra, puesto que su posición en el espacio no es la misma y siempre verá todas las cosas desde su perspectiva personal, sin tomar en consideración que su agudeza y su perspicacia es diferente de la otra. A pesar de estas diferencias individuales podemos construir conceptos fijos y podemos llegar a

ciencias objetivas. Para eliminar las diferencias cualitativas entre los hombres diferentes reemplazamos en las ciencias exactas todas las cualidades por cantidades como lo hemos visto en nuestra conferencia sobre el problema de la causalidad. Más aun: a pesar de las diferencias individuales de los hombres, sabemos por experiencia que cada persona normal tiene sensaciones parecidas si se la coloca en la misma situación empírica. Por eso, si queremos verificar lo que nos dice un hombre tenemos que ponernos en la misma situación del hombre que nos refiere sus sensaciones. La base de todos los conceptos de nuestros idiomas es el hecho empírico de que los hombres normales tengan en iguales situaciones sensaciones parecidas. Por eso, por ejemplo, se precisa tener fantasía para entender una obra de arte, porque una persona debe ser capaz de experimentar, cuando menos en su fantasía, las mismas sensaciones que el artista cuando escribió una obra literaria, de lo contrario no la comprenderá. Si no fuera así no podríamos tener ni conceptos ni idiomas, ni sería posible que los hombres se entendiesen mediante señales y conceptos idiomáticos. Esto es así porque todos los procesos orgánicos humanos están reglados por leyes invariables, sólo la complejidad de estas leyes es diferente en los individuos diferentes o mejor dicho la complicación de los procesos vitales reglados por leyes es diferente en cada uno de los individuos. Todos los conceptos psicológicos que describen estados interiores de los hombres tienen por eso en principio la misma base al igual que los conceptos de los objetos que nos circundan. Siempre que un hombre quiere entender a otro hombre y quiere verificar lo que éste ha dicho, tiene que ponerse en la misma situación del que habla para tener las mismas sensaciones. Por eso, como ya dijimos, ninguna persona puede entender una obra literaria de gran sutileza si no está a la altura del autor, esto es, si su vida interior no tiene más o menos la misma madurez, si su práctica de la vida no está a la misma altura que la del escritor. Por eso mismo un buen escritor tiene que pintar y representar todo el ambiente de los personajes principales de su obra, pues sólo entrando en el mismo ambiente de las personas representadas podemos ver y reaccionar en la fantasía tal como reaccionan ellas. Sólo de este modo la obra de arte nos puede llegar con la misma vida concentrada y palpitante que está encerrada en ella y enriquecer de este modo nuestros pensamientos y senti-

mientos. Por eso usamos los conceptos puramente psicológicos como por ejemplo, cólera, enfado, fastidio, miedo, esperanza, amor, etc., legítimamente junto con los conceptos del mundo de los objetos físicos, pues cuando una persona nos habla, por ejemplo, de su cólera o de su amor sólo puede precisar e individualizar su narración si nos cuenta todas las circunstancias que han originado su cólera o su amor y si nos dice cuáles han sido las reacciones exteriores y las acciones que resultaron de estos estados interiores suyos. Por eso los conceptos de los objetos físicos, lo mismo que los conceptos de nuestros sentimientos, voliciones, etc., esto es de nuestra vida interior, tienen la misma base epistemológica en la vida práctica de los hombres, pues como queda dicho, hombres en situaciones parecidas realizan experiencias parecidas. Si tal no ocurre, su organización biológica es diferente. En este caso podemos determinar más tarde las diferencias orgánicas que han motivado en una persona anormal la diferencia en sus percepciones. Por ejemplo, se sabe que una persona que sufre de discromatopsia tiene sensaciones de colores muy diferentes de una persona normal. Por medio de un exámen médico se puede verificar la discromatopsia en aquella persona y explicar de este modo las sensaciones diferentes que experimenta. No negamos que el procedimiento de la verificación de los objetos físicos del mundo es mucho más fácil que la verificación de procesos interiores de los hombres. Por esta misma razón se emplea en la psicología experimental una clase especial de experimentos para precisar procesos psíquicos fundamentales que se llaman en alemán 'Deutungsexperimente', esto es experimentos de interpretación (según el psicólogo J. Lindsworsky). En esta clase de experimentos se crean situaciones artificiales en el laboratorio psicológico y se deja pasar muchas personas por las situaciones creadas artificialmente. Cada persona tiene que registrar exactamente lo que ha pensado y sentido al pasar por esas situaciones. El conjunto de los protocolos de las personas que han participado en los experimentos da entonces la base para la averiguación y el análisis posterior de los estados psíquicos experimentados por las personas diferentes. Se entiende que es mucho más difícil describir y explicar estos procesos interiores que los procesos en el mundo físico, porque son de una complejidad enorme. Tenemos que contentarnos en la mayoría de los casos con registrar solamente las ten-

dencias generales, esto es las leyes globales, que rigen entre diferentes hechos globales en estos procesos interiores.

Ahora bien: estos procesos interiores que nos revelan nuestros sentimientos, voliciones y reacciones internas solamente pueden ser diagnosticados indirectamente de la misma manera como un médico diagnostica una enfermedad basándose en ciertas señales corporales o dolores que experimenta una persona enferma. El filósofo E. Husserl ya observó muy bien en sus "Logische Untersuchungen" que no se debe confundir la contraposición que se hace entre la percepción exterior y la percepción interior, que según él no tiene importancia epistemológica alguna, con la distinción que se debe hacer entre una percepción adecuada y una percepción inadecuada. Husserl dice, por ejemplo, que la muela hueca es la percepción y significación adecuada del dolor de muela que una persona siente. Algunas veces sentimos el dolor de muela en un diente sano y sólo el dentista sabe localizar la fuente exacta del dolor. En el mundo psíquico en la mayoría de los casos no nos es posible encontrar las fuentes objetivas de las sensaciones que emanan de nuestro sistema nervioso, porque los procesos nerviosos son tan complicados que a pesar de un saber enorme, que ya tenemos, carecemos todavía de un saber funcional exacto para procesos definidos que sentimos como un malestar global o parcial de nuestro sistema nervioso. Mucho más difícil que en la medicina es el diagnóstico en la psicología. Tenemos que confesar que en la psicología conocemos solamente en forma muy global el funcionamiento del sistema nervioso correspondiente a ciertos procesos psicológicos. Muchos fisiólogos modernos están ya desesperando de encontrar jamás los procesos parciales fisiológicos que corresponden exactamente a la vida interior del hombre y se conforman con investigar sólo la vida fisiológica sin tomar en cuenta las sensaciones interiores del hombre que corresponden a estos procesos. Por esta misma razón la psicoterapia de hoy día, tiene que trabajar con conceptos globales muy vagos como veremos más tarde, sin que nos sea posible precisar exactamente los procesos nerviosos correspondientes. Iguales dificultades encuentra la psiquiatría de nuestros días. A pesar de todas estas dificultades no es lícito hablar en la psicología del alma o del espíritu como si estos conceptos fueran nombres de sustancias. Los conceptos psíquicos globales y generales no significan otra cosa que

procesos experimentados directamente y que son señas de procesos en primer lugar cerebrales sin que fuera posible en la mayoría de los casos localizar completamente estos procesos. Las dificultades a este respecto son enormes. Hoy día usamos ya una cantidad siempre creciente de aparatos especiales para localizar estos procesos. Por ejemplo, confeccionamos curvas de respiración, de presión de la sangre, cardiogramas, radiografías, curvas de tensiones eléctricas de las células, etc., etc., sin que haya sido posible conseguir resultados unívocos para los fenómenos en cuestión.

Resumiendo ahora los resultados de nuestras averiguaciones alcanzados hasta ahora diremos: La base intersubjetiva de los conceptos puramente psíquicos está tan firmemente asegurada como la base de los conceptos físicos y de las ciencias naturales en general. Todo lo que percibimos en nuestro mundo exterior e interior tiene desde el principio el carácter de una seña o de una señal de objetos que sólo por la práctica de la vida adquieren el carácter definitivo del objeto determinado. Los fenómenos que están fuera de nuestro organismo se dejan precisar con relativa facilidad, pero en cuanto a los procesos que se desarrollan en el interior de nuestro cuerpo, especialmente en el sistema nervioso, resulta sumamente difícil penetrar hasta el objeto cerebral y corporal de los procesos que sentimos directamente como sus señales. Todos los sentimientos, los pensamientos y las voliciones no son más que señas de estos procesos interiores. Conceptos como espíritu, alma, voluntad, etc., son conceptos globales y universales para los procesos que hoy día sólo podemos localizar globalmente en el sistema nervioso orgánico. No obstante podemos describir estas señas de procesos orgánicos por medio de nuestro idioma fenomenal psicológico, junto con los procesos exteriores de los objetos físicos, pues todos los procesos interiores cuyas señales sentimos directamente nos llevan a reacciones abiertas idiomáticas y a reacciones que llamamos actos de voluntad, etc. Por eso podemos estudiar a lo menos globalmente, el conjunto de estos diferentes procesos, directamente en la psicología por medio de experimentos en nuestros laboratorios psicológicos. Una gran parte de las reacciones y experiencias más sutiles está contenida en la vida cotidiana, en las obras de arte y en la vida social. Toda la historia de la psicología nos demuestra cuales han sido los medios de los sabios para localizar poco a poco estos procesos

psíquicos, como empezaron con teorías primitivas mecánicas y como poco a poco se han dado cuenta de toda la complejidad dinámica de estos procesos.

Hemos visto que el llamado problema psico-físico así como el problema de la comprensión de la vida psíquica ajena son pseudo-problemas. Estos problemas desaparecen cuando analizamos bien el fondo epistemológico de los conceptos puramente psicológicos.

El problema de la vida psíquica ajena tiene aparte de su faz epistemológica, una faz práctica, pues en la vida cotidiana es prácticamente muy difícil verificar procesos psíquicos ajenos. Mientras es relativamente fácil verificar procesos físicos, pues por lo común, podemos ver directamente por nuestros ojos lo que describimos, muchas veces es sumamente difícil saber si todo lo que nos revela una persona de sus sentimientos, voliciones y fines, etc., corresponde a lo que siente verdaderamente, o si en otras palabras la persona nos quiere engañar. Por eso empleamos para la verificación de procesos psíquicos en principio los mismos procedimientos prácticos que usamos en el diagnóstico de una enfermedad. Se pueden distinguir tres métodos diferentes para el diagnóstico: 1) La persona puede decirnos directamente lo que siente. Por ejemplo, el enfermo cuenta al médico sus sufrimientos. 2) El médico y el psicólogo pueden observar síntomas. El psicólogo observa, por ejemplo, las reacciones corporales de los individuos y las acciones de ellas. Si las acciones no coinciden con las palabras se dice generalmente que la persona ha mentado. 3) Se puede tratar de ponerse por obra de la fantasía en la misma situación de la persona que nos habla de un estado psíquico observando al mismo tiempo su conducta total. Esto es lo que se llama entender a una persona por medio de la intuición. En este caso se trata de crear en sí mismo un estado parecido, muy complejo, al estado en que se encuentra la otra persona. El filósofo M. Scheler dijo por eso que se puede verificar de esta manera directamente los procesos psíquicos de una persona. Pero esto no es verdad, sólo se la entiende mejor, porque se asemeja en lo más posible el propio estado interior al estado interior ajeno. La intuición es por eso una facultad muy importante para el psicólogo lo mismo que para un médico y también para toda persona que quiere gozar intensamente una obra de arte.

Para completar todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre la posición básica de la psicología vamos a echar una mirada sobre los métodos diferentes que se han elaborado en las psicologías más importantes.

La primera escuela experimental que estaba todavía bajo la influencia de la psicología asociacionista clásica de los empiristas ingleses, trataba de explicar los fenómenos psíquicos por los elementos primitivos psíquicos que se buscaba de preparar y observar por medio de experimentos adecuados. La escuela de Wundt en Leibzig y los trabajos norteamericanos de Titchener y su escuela son modelos de esta clase de trabajos. Se trataba de explicar el funcionamiento de los diferentes sentidos humanos, se consideraba la acción de la memoria y buscaba en todas partes de penetrar hasta los elementos psíquicos y las leyes que rigen estos elementos y que no eran otra cosa que las famosas leyes de asociación. Esta clase de psicología experimental dominaba absolutamente hasta el principio de nuestro siglo. Hoy día el asociacionismo es rechazado casi por todos los psicólogos modernos por su mecánica simplista que falsifica el dinamismo complicado de nuestra vida interior. La esterilidad del asociacionismo clásico ha motivado dos reacciones diferentes. La primera fué la de los psicólogos del pensar, esto es la escuela de Würzburg, que descubrió las diferentes "tendencias" del "alma", como se decía, que no se podían explicar por medio de la asociación clásica. Las "tendencias" de los psicólogos de la escuela de Würzburg tenían en muchos casos un carácter vitalicio, pues como no se podía solucionar el problema psico-físico se mantenía el paralelismo psico-físico y no se sabía como clasificar estas nuevas "tendencias" observadas. La segunda reacción contra el asociacionismo fué la de W. Dilthey.

Dilthey consintió también en la esterilidad de la psicología asociacionista y dijo que sólo sirve para procesos primitivos. Para procesos psíquicos más sutiles no le bastaba la psicología experimental de su época y por eso creó una psicología nueva que llamaba psicología comprensiva o psicología de las ciencias espirituales. No puedo entrar de lleno en la crítica de la posición en Dilthey, quien era un pensador que hasta hace poco gozaba en Alemania de una reputación filosófica absolutamente exagerada. Dilthey era un hombre muy culto, pero más bien un hombre estético que un pensa-

dor exacto; sus razonamientos son a veces no sólo muy vagos sino hasta contradictorios. Como no se podían explicar todavía los fenómenos de la vida psíquica profunda como nos los revelan la literatura y el arte, Dilthey creía que su nueva psicología que no era otra cosa que una descripción y clasificación preliminar de los fenómenos psíquicos profundos, sería una cosa en principio nueva, para la que se necesitaría una psicología nueva. Pero su psicología es una psicología fenomenal que en su caso —y esto es su único mérito— ampliaba el material de investigación estudiando en primer lugar el material de la literatura alemana del pasado.

Un método nuevo de estudiar los fenómenos psicológicos sólo lo han encontrado los psicólogos de la "Gestalt" o de la configuración. Del concepto de la "Gestalt" o de la configuración ya hablamos ampliamente en nuestra conferencia sobre los fundamentos de la biología, lo mismo tendríamos que repetir aquí. Los fundadores de esta escuela berlinesa son: Wertheimer, Kohler y Koffka. Estos psicólogos tratan de penetrar hasta el objeto fisiológico mismo y de aplicar en principio a los procesos cerebrales los mismos conceptos de la física-química. En vez de una mecánica esteril como ha sido desarrollada por los asociacionistas, quieren desarrollar una psicología dinámica psico-física. No nos queda tiempo para entrar de lleno en los trabajos de esta escuela que tiene una revista propia que se llama "Psychologische Forschung", donde se publican los interesantísimos resultados de sus trabajos.

Quedan por mencionar todavía los trabajos importantísimos de los psicólogos rusos, especialmente los de Pawlow y de Bekhterev, de fama mundial. Estos trabajos tienen más bien un carácter puramente fisiológico, especialmente la reflexología de este último. En general se ha atribuído demasiado valor al concepto del reflejo de estos psicólogos que no es otra cosa que la antigua asociación en un disfraz nuevo. El behaviorismo de los norteamericanos que ya hemos mencionado, tiene mucho de común con la reflejología de los rusos.

No podemos ocuparnos más detenidamente con las psicologías diferentes que han sido creadas por los investigadores; todas las corrientes diferentes caben en el marco epistemológico general que hemos delineado. Al último sólo queremos decir todavía algo sobre el psico-análisis de Freud y la psicología individual de A. Adler.

El psico-análisis de Siegmund Freud queda casi exclusivamente en la esfera fenomenal de los acaecimientos psíquicos directamente experimentados. Como no conocemos hoy día suficientemente los procesos cerebrales que corresponden a la vida psíquica, Freud no podía tomarlos en consideración. El psico-análisis trata por eso de interpretar adecuadamente las señales que suben de la profundidad de la psiquis y que nos revelan el mecanismo de los procesos conscientes e inconscientes. Este mecanismo psíquico fué descrito al principio más bien en el sentido de la antigua psicología asociacionista, pero poco a poco se llegó también en esta ciencia a una concepción dinámica de los procesos. El psico-análisis quiere en primer lugar explorar los procesos inconscientes del hombre, esto es los procesos que se desarrollan en el yo profundo, en el sistema vegetativo, la sede de los instintos naturales. Errores y engaños espontáneos y los sueños nocturnos suministran el material de interpretación para los procesos inconscientes al analizador, quien entiende el valor simbólico de los errores espontáneos y de las imágenes de los sueños. En primer lugar es el sueño que nos presenta un escenario completo donde los instintos más profundos del hombre desarrollan su labor y crean las imágenes de los sueños. Estas imágenes son disfraces que representan la realización imaginativa de todos los deseos secretos inconscientes de los instintos. Estos deseos inconscientes no pueden tomar cuerpo en la vida consciente y social porque la moral reinante y la vida social con su censura han domesticado hasta cierto grado al hombre y sus instintos; pero no del todo, pues están escondidos en el inconsciente y por eso sólo aparecen en el escenario mental de los sueños. Estos instintos escondidos quieren llenar sus fines, satisfacer sus apetitos amorales cuando la censura del cerebro no trabaja, y llenan por eso con su vida fantástica simbólica nuestros sueños. El analizante tiene que aprender primero el arte de entender el simbolismo de los sueños, que está lleno de disfraces, de regresiones a estados primitivos de la infancia, de deseos infantiles, etc. De este modo se puede llegar hasta el fondo de una neurosis y en parte también hasta el fondo de una psicosis que es tan difícil de aclarar. Es claro que Freud tenía que hacer al principio muchas veces una hipótesis arriesgada que más tarde fué modificada. Pero cada vez se entendía mejor la dinámica de la vida subconsciente que está gobernada en primer lugar por las

dos corrientes de instintos globales, el de la conservación de sí mismo y el instinto sexual. Es muy característico que el psico-análisis estudiara primero casi exclusivamente el instinto sexual en todas sus ramificaciones, porque la nueva disciplina estaba basada en el estudio de las neurosis y en especial de la histérica y es sabido que en esta enfermedad el instinto sexual desviado juega el papel preponderante. Es claro que se llega a resultados prácticos en el estudio de estos procesos fundamentales sólo cuando es posible seguir el desenvolvimiento genérico del instinto sexual desde la infancia, pues el desarrollo normal de la libido está sometido a duras pruebas y a desvíos en el mundo social con su moral fija que debe domar y hasta suprimir desde la infancia este instinto poderoso del hombre. Mucho más tarde el psico-análisis se dedicaba también a la exploración sistemática del instinto de la conservación de sí mismo. El instinto de la agresión y el yo-ideal con su censura severa fueron descubiertos y elaborados dentro del margen de la teoría psicoanalítica que se ha extendido poco a poco sobre todas las esferas de la vida y que hoy día seguramente representa la psicología de profundidad más vasta que poseemos sobre una base científica. Es claro que en esta ciencia tan difícil, que no puede menos que trabajar a veces con conceptos muy vagos, muchas veces se llegará todavía a un rechazo de una u otra hipótesis anticuada para ciertos fenómenos menos explorados.

La otra psicología de profundidad o más bien psicoterapia es la psicología individual de Alfredo Adler. Esta psicología no tiene la misma seriedad metódica que la de Freud. Adler es mucho más vago todavía; él quiere averiguar el ideal de vida de cada persona y cree que toda la vida psíquica profunda consiste en nada más que en un disturbio de la línea de conducta personal que una persona ya está desarrollando desde la infancia. También Adler considera dos corrientes diferentes en la vida instintiva, una está representada por el sentimiento de la personalidad ideal propia, la otra por el sentimiento de la comunidad social. La neurosis es nada más, según Adler, que una perturbación del sentimiento vital con su ideal personal. Adler quiere en primer lugar sacar a luz y hacer consciente el estilo individual, el ideal personal de cada individuo. La tendencia de la psicología individual es por eso final. La observación causal está casi eliminada y reemplazada por la investi-

gación final. Por eso esta psicología queda más en la superficie y no llega hasta la profundidad analítica del psico-análisis de Freud.

El tiempo no me permite entrar más detenidamente en todas estas materias. Lo más importante que he querido demostrar en esta conferencia es que también la psicología en todas sus ramificaciones tiene su lugar natural fijo entre las demás ciencias. Junto con las demás ciencias fundamentales que hemos considerado en otras conferencias agota todos los datos empíricos de la naturaleza. La psicología tiene una posición tan excepcional porque en esta ciencia la misma persona no puede estudiar el objeto real de sus propios procesos psíquicos, esto es el propio proceso nervioso del cerebro. No sabemos si se podrá subsanar este inconveniente en siglos futuros por medio de aparatos registradores de procesos vitales de toda especie.

Los procesos psíquicos se desarrollan a la par de todos los demás procesos de los fenómenos que observamos y se compenetrán mutuamente. Tratamos de comprender y de explicar todos estos procesos por medio de simbolismos muy diferentes. En la psicología tenemos que trabajar forzosamente con conceptos relativamente vagos. Los procesos psico-físicos son los procesos más importantes para el hombre. Sólo a base de estos procesos se desarrollan en nuestro interior los pensamientos, los sentimientos y las voliciones; sólo por medio de ellos trabaja nuestra práctica de la vida y nuestro saber simbólico idiomático. Sólo por medio de ellos exploramos los fenómenos del mundo, creamos ambientes sociales, seguimos nuestros fines diferentes, establecemos normas de conducta y creamos valores humanos de carácter muy diferente.

¿Qué carácter tienen estas normas y valores? ¿Entrará en función en los valores una nueva categoría de leyes? Muchas veces los filósofos han sostenido esta opinión. De todos modos estamos todavía frente a una gran cantidad de nuevos problemas que han perturbado a la humanidad en alto grado y que han dado origen a las luchas más encarnizadas. Trataremos en nuestra próxima conferencia de dilucidar una vez por todas también el fondo de todos estos problemas.

## VI

## LA GENESIS DE LOS VALORES ABSOLUTOS AUTONOMOS Y EL PROBLEMA DEL LIBRE ALBEDRIO

En las conferencias anteriores hemos tratado de elaborar el carácter fundamental del proceso comprensivo humano. Todo nuestro saber está basado sobre un proceso singular de influencia mutua entre la práctica de la vida, ampliada por la práctica científica en nuestros laboratorios y los diferentes sistemas de simbolismo de los distintos idiomas, incluso la matemática, el simbolismo humano más poderoso. Una jerarquía de ciencias —tanto más exactas cuanto más avance el tiempo— se levanta encima de las ciencias fundamentales de la física-química, la biología y la psicología y una técnica aplicada a base de aquellas ciencias ha transformado todas las culturas avanzadas de la tierra.

Las averiguaciones del análisis filosófico cuyos resultados han sido expuestos globalmente en las conferencias anteriores forman el fundamento de una filosofía que entiende bajo el concepto filosófico la disciplina universal de los grandes filósofos clásicos. La filosofía o amor a la sabiduría tiene que ocuparse en primer lugar de las bases del saber humano cuyas fuentes eternas serán siempre las ciencias exactas. Comprender el fondo epistemológico de las ciencias exactas y también el de la biología y de la psicología significa la primera etapa de la labor filosófica, pero no abarca de ninguna manera la totalidad de los problemas filosóficos. Con los problemas básicos estamos solamente en el vestíbulo de la disciplina filosófica. Por importantes que sean los problemas fundamentales de las ciencias básicas del saber humano, siempre se han considerado como preguntas verdaderamente filosóficas las que se ocupan del destino del hombre, sus voliciones y fines, esto es, de los valores eternos de la humanidad, con los fundamentos de la historia humana, el derecho y las organizaciones sociológicas.

Kant mismo nos confiesa en el preámbulo de su "Crítica de la razón pura" que tenía que destruir primero el dogmático saber

metafísico humano para ganar terreno firme para poner los fundamentos de una ética científica y las bases seguras de una fe religiosa que resistiera al racionalismo filosófico. Las leyes de la moral, el libre albedrío y la fe religiosa eran para Kant hechos tan seguros como los fenómenos del mundo físico y encontró —como diríamos hoy día— que aquellos hechos seguros no se pueden explicar mediante los conceptos y las leyes de las demás ciencias. Por eso Kant tenía que subdividir la razón humana en una razón teórica y una razón práctica, una subdivisión que resultó fatal para todo su sistema filosófico.

Observamos que en ninguna parte de los sistemas filosóficos del pasado y del presente hay más opiniones divididas, más discrepancias que en la filosofía de los valores humanos. Es verdaderamente sorprendente que todavía no haya sido posible a la humanidad poner un fundamento filosófico seguro a base de una crítica severa para las ciencias de los valores humanos absolutos. Los diferentes pensadores no han encontrado nunca una definición unívoca y una explicación definitiva para ellos y todavía encontramos entre los pensadores de todas las naciones divergencias fundamentales entre los métodos mismos de tratar todas estas cuestiones.

La mayoría de los pensadores ha mantenido siempre la opinión de que se pueden encontrar categorías absolutas de valores, ideas absolutas de la razón que se pueden elaborar por la razón misma o por medio de la intuición y que todos los demás valores humanos son nada más que los valores ideales o idealizados absolutos en un estado embrionario. Los filósofos empiristas empero trataban de descubrir valores únicos, por ejemplo, leyes únicas de la moral de la misma manera que se descubren las leyes naturales y han mantenido una moral epicúrea o una moral estoica o una moral de la compasión o una moral del deber según las inclinaciones personales de los diferentes pensadores. Pero se ve desde un principio que muchos sistemas moralistas son absolutamente contradictorios y que no hay en ninguna parte una medida natural con la que se pueda medir el valor absoluto de las éticas diferentes.

El tiempo no nos permite entrar en una polémica de la filosofía de los valores de los diferentes pensadores, una tarea que nos llevaría muy lejos y abarcaría casi toda la historia de la filo-

sofía desde los tiempos de los griegos hasta nuestros días. Por eso nos restringiremos en adelante de exponer nuestra propia filosofía de los valores que trata de elaborar por primera vez las leyes empíricas invariables para todos los fenómenos de valorización humana. Es nuestra convicción firme, que estas leyes, la base de todos los diferentes tipos de los valores humanos, deben abrazar al mismo tiempo los valores religiosos diferentes, las morales de diferente tipo, los estilos diferentes en las artes y las organizaciones sociológicas fundamentales. Esta base empírica es la única posible si tomamos en cuenta nuestras averiguaciones lógicas y epistemológicas y los resultados de las ciencias biológicas y fisiológicas más avanzadas.

Para llegar hasta el fondo de la valorización humana se debe tomar en cuenta el total de la organización del sistema orgánico humano. Tenemos que ocuparnos de los rasgos característicos del organismo humano que puedan determinar los diferentes valores. Hay que tratar de demostrar como las religiones diferentes, las éticas de las diferentes agrupaciones humanas, los estilos artísticos tan variados y las organizaciones sociológicas han desarrollado poco a poco las posibilidades típicas que emanan de la organización total, especialmente cerebral del género humano. Estos tipos elaborados son tipos ideales unívocos que representan las leyes básicas del organismo humano en sus diferentes estados de valorización. Estos tipos de los valores nunca se realizan en toda su pureza teórica en la vida empírica de los pueblos y de las naciones, sino que se desarrollan junto con factores del ambiente geográfico y social que son muy variados en la tierra. Mezclas de razas y de culturas diferentes hacen nacer valores muy variados y siempre surgirán nuevos fenómenos sociales y nuevos valores nacionales de transición.

A pesar de los factores empíricos muy diferentes que tienen su base en el ambiente geográfico, etnológico y económico de los diferentes pueblos y naciones será posible diferenciar y distinguir una vez por todas varios tipos fundamentales de valores en diferentes estados de desarrollo que permiten clasificar todos los valores y organizaciones sociológicos bajo estos tipos que representan las leyes fundamentales que gobiernan la vida instintiva y vegetativa humana complementada por el trabajo siempre creciente del

encephalon o cerebro o razón humana que poco a poco gana una influencia siempre creciente sobre los instintos, a pesar del hecho histórico de que las épocas de cultura intelectual están interrumpidas siempre de nuevo por épocas de una vida más bien instintiva o de predominio de los instintos fuertes sobre la razón.

El perfume único y original de cada cultura es el resultado del proceso dinámico de la socialización de los pueblos a base de la estructura típica de su carácter que se desarrolla siempre en un ambiente natural muy variado según la tierra y la vida económica del pueblo en cuestión. Por eso nunca puede haber valores absolutos autónomos únicos para todos los pueblos del mundo a pesar de que hay valores que son más sólidos que otros que prometen una duración más larga y una cultura más espiritual, más humana, en el sentido clásico de la palabra, que otros, según veremos más tarde. Sólo puede haber valores relativos típicos de carácter muy diferente que tienen todos el mismo derecho a desarrollar su fuerza natural en la vida de los pueblos. Únicamente podemos preguntarnos cuáles serán los valores de una transcendencia mayor, cuáles abarcan las tendencias vitales de los hombres en un grado más alto y cuáles de los valores serán los que libren al hombre de las pesadillas de la vida y le permitan desarrollar mejor todas sus fuerzas materiales y espirituales y cuáles son las que prometen una duración mayor y una estabilidad más fuerte y duradera.

Después de estas consideraciones preliminares entremos ahora en el estudio del sistema orgánico del hombre mismo, para elaborar los rasgos principales de su vida interior.

Cada percepción y cada apercepción, representación y acción del hombre están acompañadas de sentimientos muy diferenciados. El estudio del funcionamiento de la voluntad humana subraya con razón que la voluntad precisa de un motivo para realizarse. La acción humana puede tener un motivo racional o emanar directamente de sentimientos profundos o de los instintos vitales. El motivo verdadero de una acción puede esconderse. El hombre cree, por ejemplo, muchas veces que una acción suya es puramente altruista mientras que en verdad sigue casi exclusivamente sus fines puramente egoístas. Para que un motivo cualquiera determine una acción se precisa el consentimiento interior del hombre activo, pero sólo la acción ya empezada llega al fin determinado, pues no to-

das nuestras resoluciones interiores cuajarán en acciones, a veces el curso de la vida misma las está desviando o suprimiendo.

Cada acción puede tener el fin de alejar un disgusto cualquiera o de apaciguar los menesteres, por ejemplo, de matar el hambre o de seguir un fin temporal y personal cualquiera o de realizar algún valor autónomo o trabajar para su realización. Aquí encontramos ahora el concepto del "valor". Qué significa en el fondo la palabra "valor", seguramente es un concepto bastante vago y se lo emplea en sentido diferente. En la lógica y en la matemática se habla de valores constantes en contraposición de los variables. En este caso sólo se trata de valores simbólicos puros. Hablamos también de valores económicos, valores de la bolsa o valores para el uso general. Estos valores tienen "valor" sólo porque nos sirven para allanar nuestros menesteres, son medios para llegar a fines definidos de cualquier naturaleza. Solamente los apreciamos hasta donde pueden servir a un fin determinado; los llamamos valores positivos y llamamos sin valores las cosas que no nos sirven para cualquier cosa porque no pueden llenar ningún deseo nuestro. Al lado de estos valores diferentes hay algunos que apreciamos solo porque sí, se puede decir que tienen para nosotros un valor intrínseco. ¿Qué quiere decir esto? Estos valores —nosotros los llamaremos en adelante valores autónomos— tienen una naturaleza singular, pues tienen un colorido sentimental muy especial. Son valores que tienen una influencia directa sobre casi todas nuestras acciones. Estos valores son como polos de fuerza que determinan nuestras acciones en situaciones críticas de la vida, forman el carácter y la personalidad. Una vez que conozcamos el sistema de valores autónomos de un hombre, ya conocemos lo más importante de su personalidad. Pero hay que observar que los valores conscientes de una personalidad en la mayoría de los casos no bastan para apreciarla, porque los valores autónomos se esconden muchas veces. Sólo el curso de la vida práctica de un hombre nos revela al fin cuáles han sido los valores autónomos verdaderos (los fines verdaderos) que han guiado en el fondo sus acciones más importantes.

Pero eso no es todo. Hay que hacer una diferencia muy importante entre dos clases de valores autónomos, pues hay que saber que cualquier objeto, cualquier deseo puede adquirir en una persona el carácter de un valor autónomo. Por ejemplo, para un ava-

re los valores de dinero y los valores puramente materiales tienen a veces el único carácter de valores autónomos.

Cualquier deseo o cualquier fin tiene un carácter de valor autónomo para una persona, siempre cuando este valor está presente en su mente y cuando está subordinando la mayoría de sus actividades a este fin determinado. Los valores más altos de la humanidad tienen por eso además de su autonomía un carácter especial. Los valores autónomos más altos que pronto vamos a caracterizar, los llamaremos en adelante los valores autónomos absolutos. Estos valores son portadores de sentimientos muy especiales que llenan toda la personalidad con su esplendor y muchas veces son su apoyo principal en la vida y le dan una tranquilidad y un reposo absolutos. Estos valores más altos siempre reivindicán una generalidad absoluta para la sociedad humana. Esta sociedad puede comprender un círculo determinado de hombres, puede comprender a una nación, a toda la humanidad o aún a todos los seres orgánicos y por último a todo el universo como, por ejemplo, el concepto general de Dios. Cuanto más generalidad tenga un valor autónomo absoluto en tanto más alto grado es estimado, más vasto, más complejo es su valor absoluto. El hombre adquiere su personalidad, su formación y carácter en primer lugar en la lucha por los valores autónomos absolutamente propios. El joven quiere realizar nuevos valores, combate a veces los valores absolutos autónomos de sus padres. Sólo en este combate por los valores autónomos absolutos propios se forma una gran personalidad.

Será nuestra tarea primordial la de analizar los diferentes valores autónomos absolutos y averiguar cuales son las posibilidades orgánicas típicas que determinan su carácter principal.

Todos los valores son formaciones diferentes de gran complejidad y que tienen un gran radio de acción por su unidad vigorosa que está asegurada por factores que emanan de la vida sentimental e instintiva. Cada sistema orgánico es un sistema cuasi-estacionario de gran estabilidad con una fuerza potencial muy grande. La fuerza principal del organismo está constituida por los instintos que tienen su sede en el sistema vegetativo del organismo. El cerebro es solamente un distribuidor de energía y un centro de resistencia general. La afectividad, el yo-profundo, está en el palaencephalon, en el sistema vegetativo que está opuesto hasta cierto grado al apar-

to registrador del cerebro. Se ha dicho también que lo que se llama "alma" está en la espina dorsal y que el cerebro es sólo un órgano auxiliar del "anima", esto es de los sentimientos, instintos y voliciones que emanan del palaencephalon. Todos los afectos, los sentimientos, el temple, la disposición y la volición, no obstante ello, pasan por el cerebro. Los nervios del cerebro entran en la espina dorsal y en el sistema vegetativo. Del cerebro pasan emanaciones al cerebro intermedio o thalamus, pero del cerebro mismo no se puede influenciar directamente la vida afectiva, sólo se puede hacer esto por imágenes interiores o por nuevas apercepciones. Se cree que en el fondo del thalamus, en el hypothalamus, están concentradas todas las funciones vegetativas. Sólo hace poco se ha reconocido el papel importante que juega el sistema vegetativo en la vida psíquica sentimental. Los norteamericanos y los franceses han dedicado atención especial a estos fenómenos. Los trabajos de Walter B. Cannon y otros, nos han revelado muchos detalles. El parasimpático y los nervios del sistema vegetativo son los nervios reguladores más importantes de los sentimientos que están combinados con las glándulas con secreción interior, que refuerzan o debilitan o aún producen gran parte de la vida instintiva y sentimental. Hoy en día sólo tenemos un conocimiento general del funcionamiento de esta parte del organismo, no podemos todavía localizar exactamente los sentimientos y los instintos. Al contrario, son más bien procesos dinámicos que abarcan toda la dinámica del organismo. Un cambio del ritmo de la esfera vegetativa puede tener consecuencias enormes para la vida sentimental del hombre. Qué influencia funesta tiene, por ejemplo, una angina pectoris sobre todo el sentir de un hombre afectado por la enfermedad. Un cambio en el ritmo del sistema vegetativo se observa en las etapas diferentes de una sola vida. El director de nuestra personalidad está en estos centros vitales, pero este director se esconde, su carácter sólo aparece en los sentimientos personales y en las acciones del hombre.

Los valores autónomos absolutos están realizados en nuestras culturas objetivas en la religión, la ética, el arte, en la forma de la organización de la sociedad y en las leyes de los estados diferentes. Muchas veces algunos de estos valores sólo forman barreras infranqueables para algunas personas, condiciones duras, parecidas

al ambiente natural geográfico del campo de acción. En el fondo una gran parte —sino la mayor parte— de los hombres sólo sigue sus aspiraciones egoistas. No obstante eso, la mayoría de las personas acepta algunos valores absolutos, rechaza otros y algunos tratan de levantar nuevos valores absolutos como, por ejemplo, a veces algunos partidos en la lucha política. Por medio de la lucha por los valores autónomos absolutos se desarrolla también el carácter positivo de una nación.

Se entiende también que en el desarrollo de los valores autónomos absolutos entran intereses muy reales de carácter económico, pero estos jamás son los únicos factores como enseñaba el materialismo histórico dogmático. Muchos factores básicos de los valores vienen de la estructura étnica de las naciones, del fondo de la mezcla de razas, de los factores de la sustancia hereditaria que está determinada por la constelación de los genes en el cromosoma humano. Un factor muy importante es también el "training", esto es la educación de la juventud. Jamás se puede alterar del todo el carácter ingénito de un joven pero se puede eliminar muchas irregularidades por medio de una educación física y moral adecuadas. Más fuerte que todo training es la influencia que tiene la inspiración o más bien la inserción de nuevos valores absolutos autónomos en los jóvenes. Por eso tiene el estado un interés tan grande en la educación de la juventud. Tiene forzosamente que vigilar para que se imprima en la juventud a tiempo los valores autónomos absolutos de la comunidad para que ésta mantenga intangibles sus rasgos principales de generación a generación. La inserción de nuevos valores absolutos se puede observar mejor en todos los actos de conversión religiosa de una persona. En la conversión religiosa se trata de imprimir en la mente del converso nuevos valores autónomos absolutos. Esto se consigue por medio de un culto especial, por medio de la retórica acompañada de música y de actos simbólicos. Si se consigue implantar en el palaencephalon mismo estos nuevos valores, repitiendo a menudo este acto de implantación, toda la personalidad sigue por sí misma a las nuevas categorías implantadas. Todas las doctrinas modernas: comunistas, fascistas, raciales y muchas otras, tienen un carácter semi-religioso. Actos públicos de gran trascendencia siempre renovados tratan de afirmar de vez en cuando el fervor que emana de cada implantación

de nuevos valores en el cerebro humano. La psicología moderna de las masas nos ha revelado las leyes que gobiernan todos estos procesos. Los valores autónomos absolutos implantados en el fondo del sistema vegetativo tienen una fuerza explosiva de mayor trascendencia que los explosivos materiales. Todas las guerras religiosas y semireligiosas, las más sangrientas de la historia humana, tienen su origen en este fenómeno de la implantación de nuevos valores autónomos absolutos en los organismos humanos. Basta recordar el origen del mahometismo y su fuerza explosiva rápida que lo ha empujado sobre la mitad del mundo. La cristianización de Europa tiene su motivo en el hecho de que los valores religiosos nuevos eran de una complejidad tan grande y eran tan sublimes que penetraron como ningún otro valor humano todo el ser del hombre renovándolo desde la profundidad de su ser. No podemos ocuparnos aquí in extenso de la dinámica de los diferentes valores religiosos de la historia de la humanidad como nos la ha revelado la psicología religiosa ya profundizada enormemente en este siglo.

Toda la dinámica de los valores humanos tiene como base la dinámica psico-física del organismo. Sabemos que los sentimientos se especializan y se sutilizan a medida que crece el cerebro frontal. Sólo el perro muestra claramente que siente amor y odio, alegría y tristeza, el conejo y la rata no muestran ningún síntoma de estos sentimientos. A pesar de que ciertos animales superiores ya tienen sentimientos especializados están reaccionando más o menos mecánicamente a estímulos bien definidos, siguen como el niño casi exclusivamente el juego de sus deseos, están reaccionando de tal manera que tratan de llegar cuanto antes a un nuevo estado cuasi-estacionario una vez que la reacción espontánea se haya agotado. Sólo con el desarrollo del idioma con conceptos significativos vemos que el cerebro alcanza su desarrollo máximo. Con este desarrollo seres orgánicos podían concebir motivos y fines concretos para acciones de voluntad legítima. Con el idioma se desarrolla también la vida sentimental especializada. La reacción más genuina del hombre que demuestra el pleno desarrollo del cerebro y de la vida sentimental es la risa que sólo tiene el hombre. El reír significa la victoria humana sobre todos los demás organismos que sólo siguen a sus sentimientos relativamente embrionarios. Sólo el hombre tiene el reír del liberamiento, del sentimiento de la libertad humana.

El hombre que ríe se siente libre. Aquí encaramos por primera vez el concepto de la libertad. Este concepto ha sido siempre la "cruce philosophorum", que ha hecho tantos estragos en la filosofía y en la vida de la humanidad. Hasta hoy en día podemos leer en libros filosóficos serios que jamás será posible a los hombres solucionar del todo el problema del libre albedrío a pesar de que ya fué David Hume quien ha removido la mayor parte de las dificultades con que tropieza este problema.

¿Qué quiere decir la palabra "libertad"? Esto es ¿cuándo usamos esta palabra? Libertad se deriva del concepto libre como el bien o el mal se derivan de los conceptos bueno y malo. El contraste del ser libre es el ser no libre; el siervo, por ejemplo, no es libre. También decimos que cierto hombre no es libre de hacer tal o cual cosa porque su vinculación especial no le permite tal cosa. La vinculación es pues, el contraste de la libertad. De ninguna manera se puede decir —como se hace muchas veces— que el contraste de la libertad es la ley, pues el contraste de la ley es la contingencia y contingencia y libertad son cosas muy distintas. Contingencia jamás es libertad. Estar libre quiere decir siempre, que uno puede reaccionar libremente según su deseo, que no está impedido por ningún estímulo especial que le impida accionar. La prisión, por ejemplo, pone una barrera a un hombre, éste ya no puede más reaccionar libremente, sólo tiene libertad de reaccionar dentro del cuarto estrecho de su prisión. No ser libre significa siempre no poder reaccionar según su deseo, estar incluido en ciertas condiciones infraqueables. Pero como todos los organismos están incluidos en las condiciones de su vida orgánica, ningún organismo es absolutamente libre, esto es que no se puede hablar jamás de libertad absoluta del organismo. La libertad más grande del hombre que es posible, está adentro en su cerebro, pues podemos operar libremente con los conceptos de nuestros idiomas. Como estos conceptos pueden representar todos los fenómenos del mundo podemos combinar libremente en la fantasía todos los acontecimientos de la realidad práctica. El poeta es por eso el prototipo del hombre libre y por eso ha tenido siempre el artista el sentido más agudo de la libertad. La libertad del pensamiento humano da al hombre genial a veces esta embriaguez, este enajenamiento de la libertad absoluta. El punto central del problema del libre albedrío estriba ahora en

la cuestión de si es posible explicar el manejo libre de los conceptos idiomáticos por medio de las leyes elaboradas que rigen en todo el organismo humano. Creemos que esto es posible. La base de las operaciones lógicas idiomáticas es el cerebro humano. El cerebro humano es como un tablero enorme donde se efectúan constantemente comunicaciones entre los millares de células del sistema ganglionario. Constantemente encontramos en el cerebro reacciones químicas y tensiones eléctricas que tratan de llegar siempre de nuevo a un equilibrio cuasi-estacionario. Del centro del organismo que está en la absorción nutritiva, en el corazón, en la respiración, etc., emanan constantemente reacciones químicas y eléctricas que se reparten por todo el organismo. El centro de las funciones vegetativas con sus instintos está en el sistema vegetativo y tendrá probablemente su centro en el hipothalamus. Ahí está el yo-profundo que no está tranquilo ni un momento y se desarrolla constantemente. El yo-consciente que muchas veces está en oposición al yo-profundo está en el cerebro. Tampoco éste es siempre el mismo, pues es nada más que un nudo de todas las corrientes de los acontecimientos orgánicos.

El yo de una personalidad no es una sustancia, es algo como el centro de una llama que se mueve en el viento. El yo del hombre también puede partirse como se puede observar en algunos casos patológicos. Cuando un estímulo cualquiera de parte de uno de nuestros sentidos llega al cerebro, éste reacciona, el estímulo se extiende, se forma una tensión en un grupo de las células ganglionarias, éstas están inervando otras células.

Imágenes, pensamientos y combinaciones de conceptos se forman espontáneamente. Todos estos procesos se desarrollan conforme a la capacidad del cerebro, conforme a la realidad práctica adquirida por el cerebro durante el curso de su vida. En un genio o en un cerebro poderoso de gran vitalidad, estos procesos tienen gran alcance, desarrollan procesos siempre más complejos, procesos de una adaptación de los instintos vitales a la realidad y a los valores autónomos y autónomos absolutos muy complejos y poderosos. De esta manera surge del interior de un hombre genial una obra de arte o una nueva teoría científica o un sistema filosófico. Las reglas lógicas y la gramática de un idioma han sido adquiri-

dos por el hombre desde su infancia. Lo mismo se puede decir de la facultad de pensar, de combinar conceptos, etc.

Todo esto es training, parecido al training de los sports. El uso de nuestros miembros corporales, la perfección deportiva han sido adquiridos también por la práctica, lo mismo que el arte de pensar y el arte de crear obras de arte y de ciencia. En el ejercicio físico del organismo todos los procesos orgánicos se desarrollan también conforme a las leyes naturales que están reglando las funciones orgánicas. Es claro que todos estos procesos son de una complejidad enorme que hoy sólo podemos descifrar y explicar muy superficialmente. La libertad del hombre consiste en nada más que en dejar desarrollarse tranquilamente todos estos procesos en su interior. Un gran pensador sólo puede alcanzar su capacidad máxima cuando ha adquirido una realidad práctica y teórica muy vasta y cuando se encuentra en un estado de tranquilidad interior. Si está movido por pasiones entonces está encadenado por sus instintos y por sus sentimientos que le tiran a un lado, a un fin especial, y su labor tendrá el sello de sus instintos y pasiones no dominados del todo.

Un individuo que comete un crimen en un estado de sobreexcitación es castigado menos severamente que un criminal que ha perpetrado su crimen en un estado tranquilo que le debía haber dejado tiempo para reflexionar sobre el crimen que iba a cometer. En este último caso el criminal tampoco estaba libre, pues su naturaleza criminal que recibió tal vez de la sustancia hereditaria de sus padres le empujó a cierto crimen, o las malas costumbres adquiridas por mala educación o por malos amigos le empujaron a sus fechorías. No obstante eso la justicia le castiga muy severo, pues el estado debe exigir que en cada hombre, cuando tiene tiempo de reflexionar, los valores autónomos absolutos del estado estén radicados tan firmemente en su cerebro que se hagan camino en sus pensamientos y en sus costumbres cuando reacciona. Esto se llama tener responsabilidad en sus acciones. Cuando un hombre no la tiene, esto es cuando no posee el training mínimo exigido por la sociedad será eliminado de ella. Se trata entonces de implantar en su interior mediante el castigo los valores deseados por la sociedad, lo que generalmente es imposible. Al contrario en mu-

chos países el sistema correccional es tan deficiente que el criminal sale de la prisión más criminal de lo que ha sido antes.

En vista de lo que averiguamos hasta ahora se ve que a pesar de que el organismo humano está reglado por leyes que elaboramos poco a poco con creciente exactitud, el individuo se puede sentir libre. Su libertad mayor consiste en reaccionar libremente según las necesidades de su organismo incluso el cerebro, esto es de su vida interior. La libertad más grande la siente el hombre cuando no está encadenado por sus pasiones y cuando le ha sido posible domar o más bien domesticar sus instintos vitales, especialmente su instinto sexual que es el que ocasiona los estragos más fuertes en la vida del hombre bajo formas muy diferentes, muchas veces patológicas. Del instinto sexual patológico han emanado los crímenes más grandes de la humanidad pero también debemos a tal instinto las obras de arte de suprema genialidad.

El prototipo del hombre libre ha sido desde la antigüedad el filósofo. Esto tiene una razón muy profunda. En el anhelo de penetrar hasta el fondo de todos los fenómenos del mundo y de evitar conceptos vagos y metafísicos el filósofo se libra de los prejuicios que no son otra cosa que cadenas que el hombre arrastra durante toda su vida. El filósofo aprende a conocer el mundo y su propia personalidad. Conoce sus propias flaquezas y las de los hombres en general y aprende a tomarlas en consideración.

Por el hecho de que el hombre tiene la facultad de combinar conceptos y de pensar, se levantó por encima de cualquier otro ser orgánico. Pero aunque el hombre se haya levantado tan por encima de todos los demás seres que sólo pueden seguir a los estímulos diferentes de sus sentidos y a sus instintos, tenía que pagar esta altura con deficiencias y desventajas muy graves. Pues por medio del idioma el hombre alcanzó poco a poco una consciencia de su estado precario en este mundo. Con la consciencia viva de su poder espiritual creció también la consciencia de la debilidad humana; de su vulnerabilidad y del destino que espera a cada ser orgánico. Todo eso motivaba ya desde un principio —tan pronto como el hombre pudo ejercer su capacidad de pensar— el anhelo de un nuevo encadenamiento que pudiese darle un sostén firme en esta tierra tan llena de cambios y peligros. Precisaba ligaduras que afirmasen su posición en la tierra y que diesen un sostén firme a sus sentimien-

tos más sutiles. Necesitaba nudos de cristalización para su vida interior, que no comprendía, y las sociedades necesitaban leyes para su organización. De todos estos factores surgieron los valores autónomos absolutos. Estos valores son siempre factores de socialización de los hombres y se han desarrollado sobre la base natural de las condiciones de la vida. Por eso tienen estos valores una complejidad muy grande. Sólo considerando todos los datos que entran en estos procesos de la valorización podemos entender y explicar la dinámica de los valores. Por eso es tan importante de desarrollar una sociología general, pues sólo el conjunto de todos los factores del ambiente natural y de los factores que emanan de la constitución psico-física del hombre pueden explicar los fenómenos de la valorización. Los factores más importantes en estos procesos de socialización son los que tienen su base en el organismo humano. Pues el hombre mismo, su constitución psico-física, determina el ritmo de estos procesos, el cambio constante de los valores que observamos en todas las civilizaciones y culturas. Ahí está el fundamento de la nueva tipología de los valores. Los diferentes tipos de los valores podemos compararlos muy bien con los tipos diferentes de ciertos árboles. Ningún árbol es igual a otro como ningún hombre es igual a su semejante. No obstante hay sólo ciertas variedades de especies y clases de árboles y hombres. El desarrollo típico de un árbol depende también del suelo y del clima. El roble o el pino de una semilla europea tiene otro carácter en América. Lo mismo podemos decir de las culturas y valores humanos. Todos los valores y las culturas humanas tienen su perfume único, su configuración especial, pues todas tienen su ambiente único y especial debido a las condiciones geográficas y etnológicas de su ambiente. Sin embargo, podemos clasificar todos los valores y las culturas por medio de las leyes características vitales que rigen el organismo humano.

Ahora bien: la unidad orgánica primitiva de la humanidad es la familia monógama. La etnología moderna ha elaborado por primera vez la organización sociológica fundamental de la especie humana. La cultura más primitiva que conocemos es la de los cazadores y recogedores primitivos de plantas silvestres de alimentación. Los indios de la Tierra del Fuego, los Pigmeos de África y otros son los últimos restos de estas culturas más primitivas que

conocemos. Estas culturas representan una sociología orgánica de una armonía natural. El sistema orgánico del hombre vive todavía en armonía natural con su ambiente. Hombre y mujer tienen más o menos el mismo derecho, el hombre predomina muy poco. La religión primitiva está en armonía con este estado. Se conoce generalmente un padre espiritual único que quiere al hombre y que está en armonía con él. No existe todavía una organización firme de la sociedad. Sólo para el tiempo de las fiestas, de la iniciación de los jóvenes de ambos sexos se elige un cacique que sólo tiene función de dirigir las ceremonias pero que no ejerce autoridad absoluta.

Un estado más avanzado de la socialización ya especializada representa el cazador totemístico. Esta cultura que ha especializado por primera vez la caza de los animales superiores ha dejado atrás la armonía natural de la cultura primitiva. Es una cultura puramente masculina. El hombre con su deseo de dominar tiene ya la prepotencia absoluta. El derecho del padre se desarrolla. Ya se está organizando el clan y la tribu; se conocen artesanos y el arte primitivo y se forman organizaciones de mozos de igual edad. La organización de la tribu ya ejerce su tendencia disolvente sobre la familia aislada. Los masculinos están separados de las femeninas, iniciaciones particulares de los jóvenes con circuncisión de práctica y ya encontramos degeneraciones sexuales como la pederastia. Otro aspecto tiene la segunda ola de civilización que pasó por toda la tierra. Es la cultura del derecho de la mujer, son las culturas de las plantaciones primitivas. Parece que la mujer ha descubierto el arte de cultivar plantas alimenticias. La posesión de la tierra está unida por primera vez con esta cultura, así que las mujeres han sido las primeras poseedoras de la tierra.

En estas culturas predomina la mujer en absoluto, a veces encontramos gineocracia absoluta. El efecto del predominio de la mujer es un relajamiento general de la organización humana. La mujer no puede organizar, esto es al contrario la característica de la cultura totemística que es una cultura de tensión cerebral, del predominio de la voluntad y de las fuerzas físicas. La cultura del derecho de la mujer es una cultura de relajamiento, de la creencia en las ánimas y de la veneración de los antepasados, de cazadores de cabezas, de la danza mística y del camanismo. Los hombres reaccionan contra esta cultura por medio de clubs de hombres que poco

a poco ganan una influencia política. Estos dos círculos de cultura, el totemismo y el matriarcado tienen varios estados de desarrollo y se mezclan más tarde. El tercer círculo de cultura especializada es el de los criadores de ganado, los nómades. Esta cultura ha conservado mucho de la armonía natural de las culturas más primitivas. La familia de la cultura primitiva se ha ampliado en esta cultura y llega a formar la familia patriarcal que comprende varias generaciones. En general reina la monogamia. La mujer trabaja en la tienda de campaña y el hombre sólo cuida los animales o no hace nada. En este círculo de cultura encontramos el prototipo del hombre libre vagante. El hombre sólo trabaja si no puede alcanzar lo que necesita por medio de robos. De este círculo de cultura salen más tarde los conquistadores que se apoderan de las otras culturas ya mezcladas esclavizándolas. De la mezcla de las tres culturas superiores que acabamos de estudiar emanan las grandes culturas históricas que conocemos en Babilonia, en Egipto, en India, en China y en la América precolombiana. Las culturas altas históricas tienen siempre como base la explotación del hombre por otros hombres que son nómadas o piratas de los mares. Cuando los nómadas domaron el caballo (más o menos alrededor de 4.000 antes de Cristo) alcanzaron el máximo de su poder. Más o menos desde el año 2.000 antes de Cristo y en parte ya antes de este tiempo salieron en grandes masas de Asia y conquistaron casi todas las demás culturas.

En la cultura más primitiva y en los tres círculos de las culturas básicas ya encontramos toda la jerarquía de las posibilidades orgánicas de los diferentes valores autónomos absolutos del hombre. Dos instintos fuertes dominan al hombre: el instinto de la dominación, del dominio absoluto del yo poderoso, del sistema animal cerebral en tensión constante forma una corriente de cultura especial; la segunda corriente está formada por el relajamiento general del organismo humano. En esta última dominan los centros vegetativos con preponderancia del instinto sexual vegetativo de procreación y de fecundidad. El tercer tipo posible es el de la armonía que ya estaba realizada en forma ingenua en las culturas más primitivas y que dominaba todavía relativamente en las culturas de los nómadas.

En las altas culturas históricas han sido realizados estos tres

tipos bajo formas especializadas muy diferentes. Veremos que todos los valores humanos pueden ser diferenciados y clasificados según estas tres categorías fundamentales. Pero esto no es todo. Los tres tipos enunciados tienen estados de desarrollo muy diferentes. Veremos que en el curso de la historia humana todos los valores pasan por diferentes etapas de desarrollo. Todos los valores tienen en el principio más bien carácter de sustancias, son más bien categorías sustancializadas y más o menos mecánicas. Sólo poco a poco los valores se están dinamizando. Los procesos orgánicos se profundizan y una dinámica de valores siempre más poderosos se desarrolla paulatinamente. No obstante eso podemos observar en el proceso histórico también muchos factores de retroceso. Muchas veces no se puede conservar un nivel relativo de civilización que ya había sido alcanzado. Poco a poco se va degenerando y destruyendo, entumeciéndose y pasmándose y a veces una nación llega otra vez a una etapa más primitiva que ya había superado mucho tiempo atrás.

El carácter propio y único de cada cultura típica está, no obstante los factores orgánicos del hombre, basado también —como ya dijimos varias veces— en el ambiente especial geográfico y étnico, en su historia particular y en la mezcla muy especial de las culturas básicas de cuya mezcla ha resultado la cultura alta. Sólo la sociología y la historia de cada cultura pueden explicar del todo el fenómeno único que representa cada sociedad humana.

La elaboración de los tres tipos de los valores y culturas humanos en sus estados muy diferentes de dinamización debe ser ahora nuestra tarea próxima. Sólo si dejamos pasar por nuestra mente el esquema de las culturas principales de la humanidad veremos que nuestra tipología está fundada y puede explicar por primera vez el ritmo de la vida sociológica e histórica del género humano.

La segunda parte de mi libro: "Welbgeschehen und Welterkenntnis" está dedicado a las etapas diferentes del desarrollo de los valores. Sólo en una serie de varias conferencias podríamos desarrollar todo el cuadro de las diferentes culturas y resolver al fin también todas las cuestiones que están relacionadas con lo que se ha llamado siempre la filosofía de la historia, la filosofía del derecho positivo y del así llamado derecho natural. Todas estas cuestiones tenemos que dejar para otra ocasión. Quiero concluir esta

conferencia sólo con un esquema muy general que forma la base de sus averiguaciones posteriores.

Ya veremos que los valores de tensión y de dominación rigen generalmente en el mundo del oeste, esto es en Asia menor y en las culturas europeas y norteamericanas, mientras que las culturas específicas de relajamiento son las culturas específicas de la India y de la China. Rusia tiene una posición más bien intermedia. Los países del Mediterráneo representan empero los tipos genuinos de las culturas armoniosas. La gloria de la Grecia antigua reside en el hecho de que en esta península chica encontramos por primera vez en la historia humana una cultura alta genuina armoniosa, cuyo esplendor todavía llena nuestra vida y nos da las sensaciones y los ideales más altos del humanismo puro, la ansia eterna de cada hombre culto. Roma ha adoptado más tarde esta cultura y la ha ampliado. Del Mediterráneo se ha extendido la idea de la cultura armoniosa al norte. Está a la base de la emancipación del burgués francés de la revolución, ha pasado los océanos y ha echado raíz en América como por ejemplo, en la Argentina con su faz de cultura latina. El poderío y la gloria de la religión cristiana radica en el hecho de que esta religión es la de la armonía del amor, que ha sublimado y regenerado la humanidad a pesar de los muchos retrocesos y pasmas dogmáticos que se puede observar en su desarrollo.

Tendríamos que considerar ahora todos los valores humanos bajo la faz de nuestras categorías típicas de valorización en todo su desarrollo orgánico de varias etapas. Veríamos el desarrollo de las religiones, de las morales diferentes, de las sociedades humanas y de los estilos de arte que reflejan todo el proceso dinámico del desarrollo típico de la humanidad. Una vez elaborada esta tipología de fondo podemos también determinar la posición de la Argentina en este proceso general y hacer conjeturas sobre el desarrollo futuro de las naciones y la tarea propia de los hombres, su posición única y propia dentro del desarrollo general de nuestro planeta que habitamos en el sistema solar que es el nuestro.

# El problema de las becas de perfeccionamiento

(Continuación)

Por B. A. HOUSSAY

## BECAS DE PERFECCIONAMIENTO

Este es el grupo de becas más importante que se debe instituir para contribuir al progreso del país. Sólo se deben acordar estas bolsas de viaje a los hombres que por su actuación hayan demostrado su predilección por el estudio y la investigación científica en la materia que desean perfeccionar, y que parezcan promesas de que serán "leaders", dirigentes o conductores en la enseñanza superior o en la investigación o en el progreso técnico; con especial consideración a que sus conocimientos sean beneficiosos para el bien público y que no serán aplicados principalmente a la explotación de industrias comerciales u ocupaciones profesionales particulares.

Los candidatos deberán ser de preferencia argentinos, aceptándose sólo a los extranjeros que se hayan formado aquí y que estén completamente asimilados e identificados con el país. Se debe ser severo en esta apreciación, pues no debemos crear quistes o islotes de minorías no asimiladas.

La edad mejor es entre los 22 y los 35 años. Los becados no deben partir demasiado jóvenes, pues no han adquirido todavía la preparación previa indispensable, y entonces utilizarían el tiempo de su beca aprendiendo cosas elementales; además, para demostrar su vocación y probar su capacidad, necesitan algún tiempo de trabajo desde su graduación. No deben tener tampoco demasiados años, porque entonces el espíritu es menos plástico y suelen haber adquirido con firmeza hábitos defectuosos de razonamiento y técnica que resultaría difícil desarraigar.

Los candidatos deben haber realizado y completado estudios superiores en el país y demostrado vocación y capacidad. Excepcionalmente podrán becarse personas que no hayan seguido carreras, pero que realizan descubrimientos originales y tienen instrucción superior.

La vocación desinteresada por conocer o investigar en las ciencias puras o aplicadas se reconocerá por la labor previa y no por afirmaciones entusiastas. La capacidad de trabajo por la laboriosidad, espíritu de orden, aptitud para terminar lo empezado. Las cualidades más importantes que deben decidir la elección son, además de las precedentes, la originalidad, el espíritu crítico, la calidad de la información científica, la dedicación exclusiva a la materia de la beca y la probabilidad de mantenerla al regreso.

Los trabajos científicos de los candidatos no serán juzgados por el número o el peso de los libros y la suntuosidad de la impresión y las figuras, como desgraciadamente se hace todavía a menudo. Se apreciará en ellos la originalidad, la precisión y claridad del razonamiento, el rigor del método, la laboriosidad ordenada y eficaz. Esto puede apreciarse en dos como en 20 o en 200 páginas.

En un país nuevo y en formación es un mérito digno de estimarse la capacidad de realización. Necesitamos hombres tenaces que den el ejemplo de su laboriosidad y que venzan los obstáculos que la inercia o la incomprensión acumulan ante los que luchan por el progreso científico de su país. Es necesaria mucha abnegación, paciencia y serenidad para luchar sin descanso y sin desánimo ante los errores y las trabas que crean la ignorancia y la vanidad de los que creen dirigir bien sin saber que carecen de los conocimientos que exige la hora presente.

Los candidatos deben ser, presentados o apoyados por profesores o directores de institutos o laboratorios que los hayan dirigido en sus trabajos. Es condición indispensable que el candidato o quienes lo presenten certifiquen que a su vuelta tendrá un sitio de trabajo en una institución oficial o de beneficio público en la materia de su beca, o en otra, que le permita desarrollar su capacidad y aplicar los conocimientos adquiridos. No es posible malgastar el tiempo de los jóvenes y el dinero de las fundaciones enviando a estudiar, por ejemplo, una materia científica a un joven que luego ejercerá una especialidad profesional de casa en casa y nunca más trabajará en el tema de su beca.

La salud de los becados debe certificarse por exámenes médicos serios, procurando evitar la pérdida de tiempo y dinero o el fracaso total. La vacunación antitífica es exigida imperativamente por la Fundación Rockefeller, desde que les llegó un becado nuestro con tifoidea. La vacunación antivariólica y la búsqueda prolija de tuberculosis pulmonar activa deben realizarse en todos los casos.

Los becados deben demostrar ante jueces competentes e imparciales el conocimiento del idioma que deberán hablar y escuchar en el país donde usufructuarán la bolsa, así como poder leer los idiomas necesarios para su estudio. La falta de conocimiento de las lenguas ha hecho perder tiempo o malogrado a varias personas. Si no saben el idioma se los acoge sin interés, por lo que se desmoralizan y no progresan.

Las becas deben darse por un año, para un solo sitio, no debiendo hacer cambios sin anuencia de las comisiones de vigilancia. Si los progresos del candidato lo hacen indispensable podrán prorrogarse por un año más, pero no por un tercero.

La elección del lugar debe decidirse por la comisión que otorga la beca, teniendo presentes los pedidos del candidato y su representante, así como los informes recogidos. Hay que enviar a los becados a trabajar con profesores capaces y activos, que se ocuparán del becado. Es mejor a veces un investigador joven en plena producción que un hombre afamado pero que está declinando o distraído por demasiadas obligaciones.

La mejor forma de vigilar a los becados es por medio de inspectores viajeros, de preparación y con aptitudes para tomar contacto íntimo con los becados y con los profesores que los dirigen. Pero si esto no puede hacerse con plenas garantías, es preciso exigir informes cuatrimestrales de la actuación de los becados. Además, es muy conveniente mantener correspondencia epistolar mensual para ver cómo reaccionan y se adaptan al nuevo ambiente, aconsejarlos, ayudarlos en sus inconvenientes y aprovechar de sus observaciones, que suelen ser interesantes.

Conviene abrir una inscripción para temas libres, pues es imposible conocer todos los postulantes o materias disponibles, y de este modo se pueden elegir buenos candidatos. Pero en ciertos casos es preciso llamar a inscripción para una materia determinada, porque está atrasada y debe estimularse, aunque los aspirantes tengan menos títulos o antecedentes por haberles faltado los sitios o los maestros para formarse debidamente.

Las becas deben instituirse con criterio nacional, para candidatos de toda la República; pero como debe estimularse en especial a los sitios más estancados o menos dotados, es necesario crear becas especiales para ellos. A un candidato que trabaja en un laboratorio pobre del interior no le sería posible competir con éxito con un miembro de un laboratorio más activo y mejor dotado de Buenos Aires o La Plata, en lo que se refiere a títulos y trabajos. Pero como precisamente debe ayudarse al adelanto de los lugares menos favorecidos, sería preciso instituir becas especialmente destinadas a las zonas universitarias o culturales que exijan una ayuda más urgente.

Las comisiones que dirigen las becas solicitarán la admisión de los becados, las exenciones de derechos, las franquicias o rebajas posibles. Además solicitarán informes periódicos de los profesores con quienes trabajen los becados, para estar al tanto de su conducta, dedicación y aprovechamiento.

El monto de las becas se decidirá, dentro de un límite máximo, teniendo en cuenta en cada caso el costo de la vida en el lugar donde deberá residir el becado, así como los recursos con que éste cuenta.

Los becados deberán dedicar todo su tiempo al propósito para el cual se les acordó la beca, sin poder dedicarse a otras tareas, lucrativas o no.

Las becas serán declaradas caducas, sin derecho a indemnización pecuniaria, suspendiendo "ipso facto" el pago de las cuotas o mensualidades y repatriando inmediatamente, en caso de falta de dedicación o de aprovechamiento, o cuando exista mala conducta o infracción a las disposiciones reglamentarias.

Un sistema de becas debe funcionar en condiciones de elevada moralidad. Debe haber justicia severa en la elección de los becados, sin recomendaciones ni favoritismos. Es muy grave dar malos ejemplos o tendencias viciosas a los jóvenes, desmoralizándolos o corrompiéndolos. Hay que educarlos en la confianza de poder escalar posiciones por el trabajo serio, disciplinado y original, y no enseñarles a buscar caudillos que los ayuden a ascensos transitorios hasta posiciones aun no merecidas.

#### AYUDA A LOS BECADOS A SU REGRESO

La competencia adquirida por el becado debe ser utilizada a su vuelta y deben proporcionársele ocasiones de desarrollar su capacidad. Para ello es indispensable concederles un lugar de trabajo, con los instrumentos, material necesario y bibliografía, y sobre todo con tranquilidad y contracción mental. No es posible obtener éxitos si la angustia económica o la incompreensión o las dificultades intranquilizan al investigador u hombre de laboratorio.

Por esta razón es necesario que antes de enviar los becados se tengan garantías satisfactorias de que a su vuelta tendrán un sitio de trabajo adecuado, en tareas de enseñanza o investigación.

En algunos casos será necesario concederles becas internas, a su vuelta al país, para que en algunos meses se aclimaten a su nuevo ambiente y comiencen a desarrollar sus aptitudes.

Las instituciones que otorguen las becas deben aconsejarlos a su retorno, así como hacer las gestiones que crean necesarias para que las autoridades oficiales o universitarias concedan los sueldos, laboratorios y material necesario.

Es indispensable dar sueldos modestos, pero suficientes para que los investigadores puedan vivir. En contra de lo que se dice, ni la miseria ni la riqueza engendran sabios; éstos lo son, a pesar de la miseria o de la riqueza. Es necesario concederles lo suficiente para vivir con sobriedad, pero sin angustias; deben poder casarse y dar comida y educación a sus hijos. Sería una selección al revés, y hasta inhumano, condenar a los hombres intelectualmente más descolantes a que no puedan tener hijos.

En los países más adelantados las posiciones y las cátedras se obtienen por la originalidad demostrada en los descubrimientos, por la capacidad de organizar y realizar bien en forma persistente y progresiva, por la aptitud de formar discípulos sobresalientes. No se tiene en cuenta el brillo de las recitaciones o elucubraciones que entre nosotros se decoran con el nombre pomposo de conferencias. Tampoco varían el número y el peso en kilogramos de lo que suele llamarse trabajos, ni vale la antigüedad rutinaria.

Sólo cuando se comprenda que la ciencia es creación y capacidad de acción original, nuestras universidades alcanzarán el nivel de las de los grandes países.

### BECAS INTERNAS

Hay varios tipos de becas internas que son útiles en nuestro país. Primero las ya citadas, para que los que disfrutaron de una beca externa puedan a su vuelta adaptarse, desarrollar sus conocimientos y enseñar lo aprendido.

Otra clase de becas internas son las que se conceden en condición "full time", para perfeccionar sus conocimientos en institutos de esta ciudad, pero en el mismo país. Esto vale especialmente para el caso en que dicha materia no esté bien adelantada en la primera de dichas ciudades.

En algunos casos las becas internas pueden otorgarse para trabajar en la misma ciudad, pero también con dedicación exclusiva en laboratorios o institutos que pueden dar enseñanzas especializadas. Estas becas pueden ser, principalmente, para dirigentes de investigaciones, pero es a veces útil darlas a técnicos especiales, que tan útiles son como auxiliares.

### BECAS PARA DIRIGENTES Y HOMBRES YA FORMADOS

De los dirigentes depende que los jóvenes adelanten bien o se estancuen o se formen viciosamente. Pero como el poder suele estar en manos de hombres ya hechos, acostumbrados a creer que la situación presente es la mejor posible, no siempre comprenden la grave responsabilidad de hacer progresar a los jóvenes para superar el momento actual. Nada hay más satisfactorio que guiar a los jóvenes; este sentimiento de paternidad intelectual tiene grandeza moral y es fuente del progreso de las ciencias y del país. Por los discípulos se mide al maestro, como se aprecia al árbol por sus frutos.

Desgraciadamente, no todos comprenden su responsabilidad de ayudar a los jóvenes y darles buenos ejemplos y enseñanza. Muchos no afrontan estos problemas porque los ignoran, por eso conviene instruir-

los y estimularios para despertar sus dotes dormidas y sus buenas intenciones no aprovechadas.

No es fácil por medio del razonamiento alcanzar a convencer a los hombres de edad, ya estancados. No lo siguen con atención, porque están convencidos de que conocen bien los problemas o porque no comprenden claramente lo que se les dice.

Pero hay un método que permite hacer progresar a los estancados o equivocados. Consiste en ponerlos en contacto con instituciones modelo. A su retorno volverán entusiasmados, con el deseo de imitarlas y de mejorar lo nuestro. Para las personas de edad es mejor desarrollar su espíritu de emulación y el deseo de imitar lo bueno; es menos eficaz querer convencerlos con razones.

Considero que sería importante implantar en nuestro país el sistema del reposo sabático que rige en algunas de las más grandes universidades de los Estados Unidos. Cada siete años los profesores tienen el derecho a una licencia por un año entero, para dedicarlo a viajes de estudio o a aprender nuevos métodos o a investigar puntos especializados. Vendrán estimulados, con deseo de imitar o superar lo que hayan visto; en los viajes por el extranjero se exalta el amor a la patria, el afán de hacerla adelantar, el interés por estimular a los jóvenes y formar discípulos capaces.

(Concluirá)

## LOS LIBROS

**LUIS JUAN GUERRERO — "PSICOLOGIA".** Editorial Losada S. A. Buenos Aires. — 382 páginas. — El manual de "Psicología" por Luis Juan Guerrero ofrece a los alumnos de los establecimientos secundarios, un texto que reúne todo el material necesario para responder al programa vigente en dichos establecimientos. Dicho material ha sido reunido y distribuido en forma tal, que los problemas más complejos — muchos de ellos tratados esquemáticamente debido a su complejidad, como lo dice el mismo autor en la advertencia — se tornan claros y al alcance de la preparación de los alumnos. Cabe señalar que se trata del texto que hacía falta. Se aleja por completo de la línea clásica seguida por casi todos los manuales; los temas son tratados en forma directa, desbrozados de las inútiles exposiciones de teorías que dificultan al alumno la visión directa del fenómeno psíquico.

Por medio de este manual el alumno puede llegar a un conocimiento preciso de la Psicología y sus problemas, a quien el Dr. Guerrero define "como la ciencia que estudia los fenómenos concientes y que procura comprender su sentido y su finalidad, es decir su dirección prospectiva". Como consecuencia de esta definición, al tratar el debatido problema del método, sostiene que "hoy tendemos hacia una Psicología que unifique la inspección interior de la conciencia y la observación exterior del comportamiento, que describa con pulcritud los fenómenos psíquicos, pero que también intente explicarlos, que aproveche para ello los aportes de las demás ciencias y que procure llegar, por esos múltiples procedimientos, a una comprensión integral de la vida psíquica, desde sus motivos iniciales hasta sus últimas orientaciones".

Un aire verdaderamente psicológico se respira en este manual y su autor lo deja bien sentado al afirmar que "en la medida de lo posible, la explicación debiera ser exclusivamente psicológica, pues de esta manera la Psicología se afirma con una ciencia empírica y autónoma".

Los distintos problemas están presentados de acuerdo a las más recientes investigaciones psicológicas, expuestos con claridad, elegancia y un estricto sentido didáctico. A pesar de la complejidad de muchos de los asuntos, estos están al alcance de los alumnos al mismo tiempo que los obliga a una tarea intelectual alta y seria.

Sin embargo, de vez en cuando, el autor parece olvidar que el manual está destinado para el uso de los alumnos de los colegios secundarios, como sucede por ejemplo cuando recomienda "Bases de la evo-

lución psíquica, Introducción a la Psicología Infantil" de K. Koffka como una obra "al alcance de todos los lectores". ¿Incluye el autor entre estos lectores a los alumnos para quienes el libro está destinado?

Pero lo que hace de este texto un verdadero guía, es el hecho de presentar a la Psicología con todos sus problemas, como una ciencia madura, independiente, que avanza firmemente hacia un brillante desarrollo ulterior. No solamente se trata de un manual que se adapta a los programas de estudio y que ofrece al alumno una visión directa de los problemas psicológicos, sino que ha de servir, en no pocos casos, de orientación a aquellos profesores para quienes la enseñanza se ha hecho rutina y que han olvidado que deben remozar los conocimientos adquiridos en la época de su graduación.

Así parece indicarlo la amplia bibliografía que aparece en el libro y la nota que acompaña a la bibliografía especial, que en ningún momento creemos esté toda ella destinada para consulta de los alumnos.

Ni divagaciones ni concesiones de ningún género hay en este libro del Dr. Guerrero, apoyado en la mejor información y en una real capacidad para la exposición clara, precisa, didáctica.

**Teodora Efrón.**

## COLABORADORES DE ESTE NUMERO



**ALICIA ORTIZ.**— Nacida en Buenos Aires. Profesora de Enseñanza Secundaria en la especialidad Castellano y Literatura. Ha publicado una monografía sobre "Turgueniev" en la revista del Colegio (1936). Ha colaborado en algunas revistas y periódicos con breves notas, comentarios de libros y traducciones. Actualmente tiene en preparación un extenso trabajo sobre la situación de la mujer, —problema social que particularmente la ha inquietado—, observada a través de la novela rusa clásica y contemporánea.



**JOSE TUNTAR.** — Nació en Visinada, pequeña ciudad de la Venecia Julia, perteneciente entonces a Austria-Hungría. Cursó estudios secundarios en el gimnasio de Capo d'Istria, y luego física y matemáticas en la universidad de Graz. Muy joven, ingresó en el movimiento socialista y a los 24 años dirigió, por algún tiempo, el órgano del partido — "Il lavoratore" —, editado en Trieste. Anexada a Italia la Venecia Julia, como consecuencia de la Gran Guerra, la circunscripción de Goritzia lo eligió diputado (1921), en cuyo cargo se señaló por su vigorosa oposición al fascismo. Hasta el congreso de Livorno (enero de 1921), había sido miembro de la dirección del Partido socialista italiano. El triunfo del fascismo lo arrojó de su patria, radicándose entonces en la Argentina. Ha dado un curso en el Colegio (1934) sobre "Las luchas sociales en la antigua Roma" y tradujo y anotó el conocido libro de Leon Bloch del mismo título (1935). Colabora o ha colaborado en varios diarios argentinos.

## EN FAVOR DE LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES

Un gran número de artistas, escritores, hombres de ciencia, profesores y universitarios españoles se halla actualmente en los campos de concentración de refugiados, en los Pirineos, en situación apremiante. El peligro de muerte, incluso, gravita sobre muchos de ellos. Otros se encuentran en las ciudades de Francia soportando privaciones e imposibilitados, en consecuencia, para realizar su obra. Ante esta situación, sus colegas argentinos, no podemos permanecer indiferentes y por eso hemos constituido la "Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles", cuyo único propósito consiste en allegar los fondos necesarios para liberarlos de los campos de concentración, socorrer a los que se encuentran en Francia y proporcionarles los medios necesarios para que se trasladen a los países donde les sea posible reanudar su vida y su trabajo.

"Acudimos, pues, a nuestros compatriotas pidiéndoles que contribuyan pecuniariamente al cumplimiento de este deber de humanidad."

Tal es el llamado que hemos recibido, prestigiado por numerosas y destacadas firmas. Los donativos pueden remitirse a nombre del tesorero, Sr. Luis Reissig, a Cangallo 1372, 1er. piso.

INDICE DEL VOLUMEN XIV  
OCTUBRE/1938 A MARZO/1939

	Pág.
AWSCHALOM Max. — Yodatometría: II. ....	799
BARREIRO José P. — La Argentina que soñó Sarmiento ....	625
CAILLET BOIS Ricardo R. — La propaganda revolucionaria en el Interior: formación de los núcleos revolucionarios ....	833
DORFMAN Adolfo. — Evolución de la economía industrial argentina: IV .....	749
V. ....	869
VI. ....	1067
DUDGEON Patrick O. — El apogeo del Renacimiento inglés: el reinado de Isabel: VI .....	921
GIUSTI Roberto F. — Sarmiento, escritor .....	655
HENRIQUEZ UREÑA Pedro. — Cultura española .....	861
IMBELLONI José. — Atlántida, de Platón a Wegener: III-V ..	999
LINDEMANN Hans A. — Introducción al empirismo radical a base de la Lógica moderna: II .....	733
III-IV .....	965
V-VI .....	1235
MARIANI Mario. — D'Annunzio en el cuadro de la literatura contemporánea: I. ....	945
II. ....	1207
ORTIZ Alicia. — El realismo en la literatura rusa contemporánea: I. ....	1169
PARDAL Ramón. — A propósito de una afección tumoral en un cráneo indígena de Mendoza .....	1143
PONCE Anibal. — La vejez de Sarmiento .....	679
PUCCIARELLI Eugenio. — En el umbral de la filosofía .....	691
REISSIG Luis. — Actualización de Sarmiento .....	671
ROMERO BREST Jorge. — Itinerario del arte plástico occidental .....	703
SILONE Ignazio. — Sobre algunas condiciones particulares que en nuestra época han hecho posible el fascismo y el nacional socialismo, y que todavía favorecen su persistencia y su propagación .....	1047
TUNTAR José. — El antiguo imperialismo romano y el neo-imperialismo italiano. Cartago-Túnez .....	1221